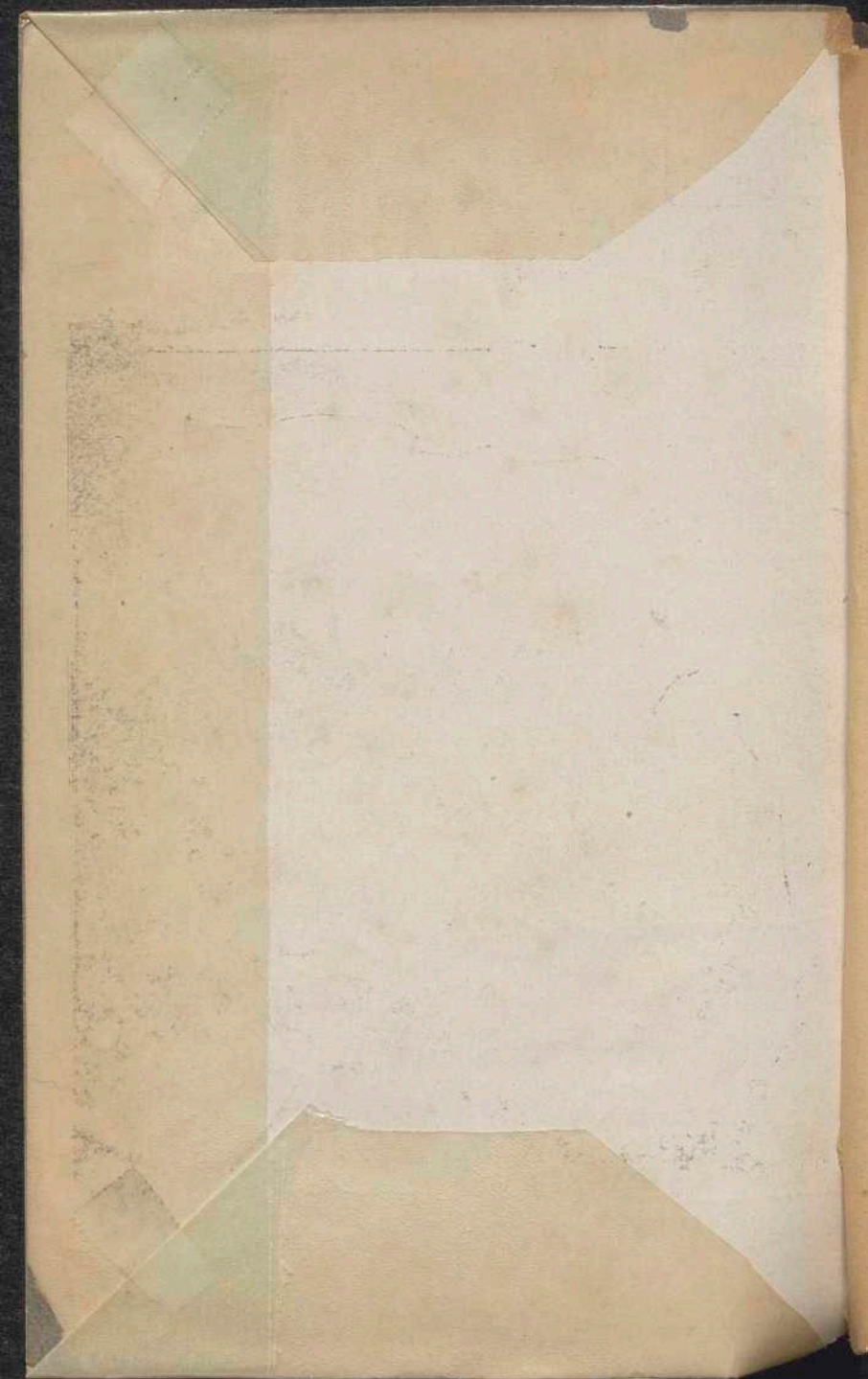


I. A.

CASA EDITORIAL
LEZAR
BARCELONA

ARTE DE BUSCAR MARIDO





860-3
ALF
art

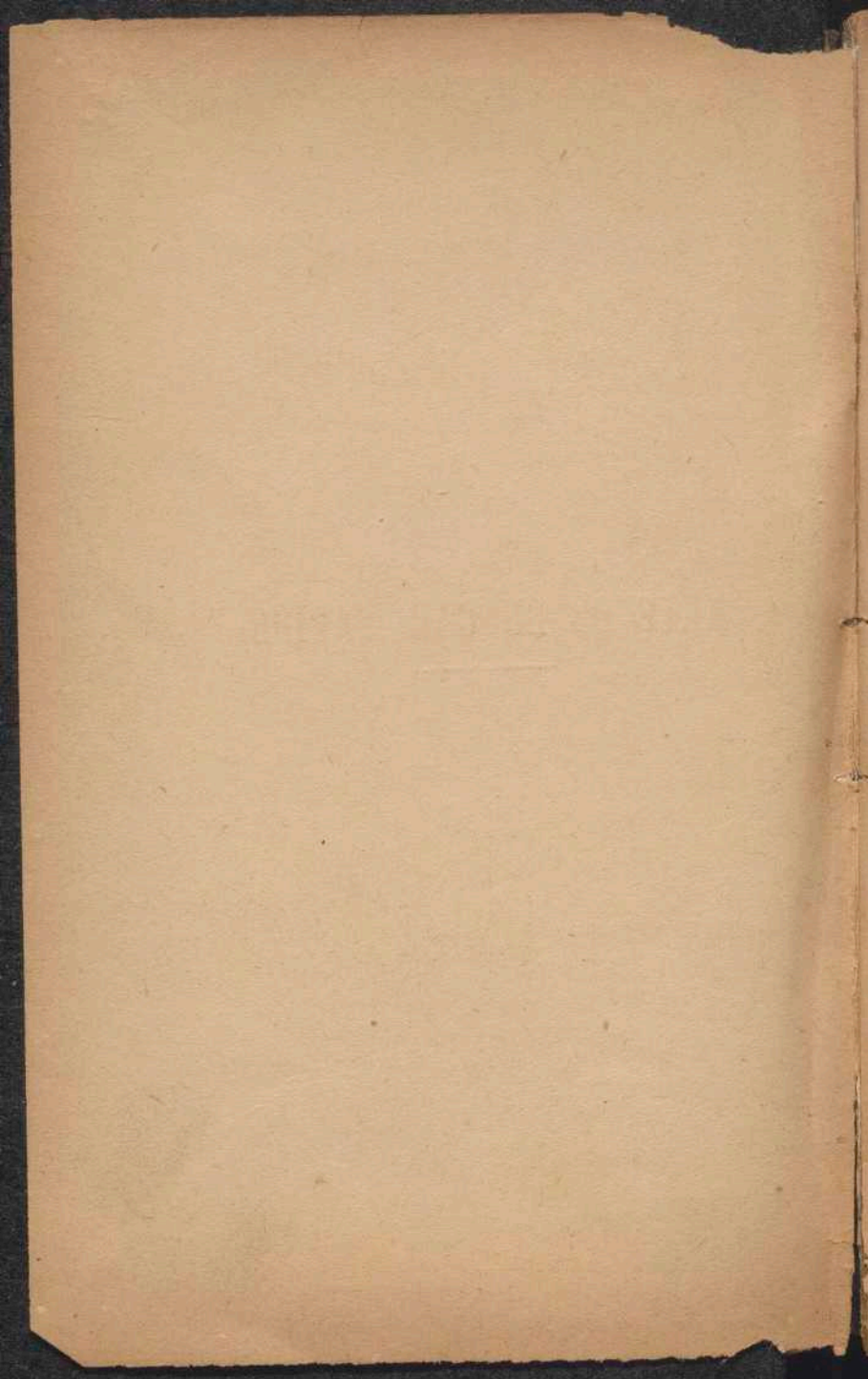
ARTE DE BUSCAR MARIDO

INSTITUTO ESTUDIOS RIOJANOS



10015029329

R.26781



ARTE DE BUSCAR MARIDO

NOVELA ORIGINAL.

POR

== I. A. ==



CASA EDITORIAL LEZCANO
Jesús, 10
BARCELONA

N. TOMMASI
Casa Editora
Lavalle, 1127 - BUENOS AIRES

INSTITUTO DE ESTUDIOS ARGENTINOS

BIBLIOTECA



Arte de buscar marido

I

Acabaron las clases del curso y se hacían los preparativos para la distribución de premios en el convento de Santa Catalina, donde las Hermanas habían montado un colegio á la alta escuela.

Las colegialas, locas de alegría ante la perspectiva que se les presentaba de la libertad de todo el verano, no se cansaban de hacer diabluras y estaban como rebaño sin pastor. Por todas partes se oían risas musicales y sonoras, á las que hacían las Hermanas vigilantes oídos de mercader, ya que consideraban convenientísimo que las alumnas llevasen una buena impresión del colegio y no estuviesen muy reacias para volver.

El colegio de Santa Catalina era de los más favorecidos de la corte.

Las familias poderosas y las que querían pasar por gentes de buen tono, mandaban á él á sus hijas, pues era fama que sólo allí podía recibirse una educación conveniente y esmerada.

Había alumnas desde siete á dieciocho años, y las Hernanas ponían gran empeño en atiborrarlas de generalidades. Así, á los seis ú ocho años de colegio, sabían nociones de gramática, de aritmética, de dibujo, de geografía, algunas labores, mucha doctrina, y cuatro ó cinco piezas al piano aprendidas á fuerza de constancia, y que algunas tocaban bien, salvo contadísimos tropezones.

A más de todo ésto, en el colegio de Santa Catalina enseñaban francés, y, dicho sea en honra y gloria de las Hermanas, esto era lo único que se aprendía con cierta profundidad, porque siendo ellas francesas en su mayoría, desde el día en que las alumnas entraban en el colegio no había posibilidad de hablar en otra lengua.

Era, pues, un orgullo para los padres tener á las hijas en un colegio donde enseñaban *idiomas*, (y decían *idiomas* aunque solo enseñasen francés) y de donde las niñas salían soberanamente sabias y, sobre todo, profundamente religiosas.

No queremos dejar de decir, para no faltar á la verdad en nada, que al tal colegio le ocurría precisamente lo contrario que á Figaro, porque así como Figaro era superior á su reputación, la reputación del colegio resultaba infinitamente superior á sus méritos, que eran bien escasos como queda anotado.

A la hora en que penetramos en Santa Catalina, las muchachas juegan y alborotan como bandada de gorriones al amanecer.

La alegría es extraordinaria y ya sabemos por qué.

Entre el bullicioso ejambre, que corretea alborozado las vereditas del jardín, destácase un grupo que parece no tomar parte en ningún juego, ni participar de la alegría general.

Lo forman cuatro de las más talluditas, quiza las cuatro que tienen motivos para estar más alegres, porque saben que van á salir de aquel encierro para no volver más á él.

Deben hablar de algo muy interesante á juzgar por la animación con que discuten.

—No, no,—dice una morena que no tendrá más de dieciséis años;—lo que afirma Carlota no está bien. Yo escuché una conversación el verano pasado entre dos jóvenes, oculta en el pabelloncito de un invernadero que hay en mi

jardín, y por lo que ellos, decían cálculo cuál debe ser el verdadero procedimiento, sobre todo, el de resultados más positivos.

Antes de proseguir, será conveniente que conozcan mis lectores, siquiera sea á grandes rasgos, á las cuatro niñas.

Empecemos por la que ha hablado.

Es una morena traviesa, de grandes ojos negros, muy vivos y llenos de picardía. Su tipo en conjunto es el de una chiquilla grande, aunque fijándose bien, se comprende que está uno ante una mujer hecha y derecha, y que sólo puede tomarse por una niña por el uniforme de colegiala que generalmente hace muy poco favor.

Llámase Pepita Alcover, es de familia rica é influyente y ha cumplido los dieciséis años. De imaginación viva, que le ha valido no pocos castigos, parece de las mujeres predestinadas á volver locos á los hombres.

Carlota Bago, ya tiene dieciocho años. No es muy bonita, pero el conjunto de sus facciones es encantador. Sus ojos azules, claros y serenos están á ratos adormecidos; sus cabellos rubios caen en armoniosa cascada sobre sus hombros, formando un marco delicioso á su ca-

ra blanca, con alburas de leche, ligeramente sonrosada, á veces, y casi siempre pálida.

Las grandes ojeras parecen agrandar sus ojos y darle un tinte de melancolía infinita, y un algo misterioso y atrayente de esfinge.

Es delgada y alta, muy semejante á una de esas vírgenes pálidas de que tanto nos hablan los modernistas.

Su carácter corresponde á su figura; es por naturaleza romántica y soñadora y para ella no hay mundo mejor que el de la poesía.

Por su gusto viviría siempre en un eterno poema, y no concibe otros amores que los verdaderamente heroicos y grandes. Agreguemos á ésto, que está enamorada de todos los héroes de novela, y ha leído muchas, y podrá tenerse una idea aproximada de Carlota Bago.

Como ultimo detalle diré que la familia de Carlota, si bien está en una posición desahogada, no nada en la abundancia, ni puede pasar por rica.

Araceli de Luca, es otra de las cuatro niñas que forman la reunión; es un verdadero ángel de bondad, bonita y elegante, á pesar del uniforme, distinguida y aristocrática.

Siendo la que más sabe de todas, es la que menos lo manifiesta, y teniendo una fortuna

de las más respetables del reino, no habla nunca por temor á humillar á alguna de sus amigas ó despertar envidias.

Dulce y afable, siente gran simpatía hacia Carlota Bago, de la cual es entrañable amiga, hasta el punto de que todos los veranos va á pasar á su casa algunos días para tener el pretexto de llevársela á veranear y hacerle disfrutar de las comodidades que proporcionan los bienes de fortuna.

Sus padres, los condes de Luca, acostumbrados á darle gusto á Araceli, consintieron el primer año en aquel capricho por complacerla, pero también supo captarse las simpatías de los viejos condes, que éstos, cuando iban al colegio á visitar á Araceli no dejaban de llevar entre los regalitos de su hija, alguno destinado á Carlota.

Esta amistad con gentes aristocráticas contribuyó mucho á aumentar el romanticismo de la señorita Bago, que ya soñaba con el príncipe encantado de los cuentos.

La otra era la duquesita de Petri, altiva y orgullosa, menos rica que Carlota, pues realmente no tenía otros bienes que los de su ilustre apellido y los de sus pergaminos, que no le servían sino para llevar la cabeza muy alta y

hablar con orgullo de sus castillos, y de una sirvienta vieja, una doncella y un viejo mayordomo, á quienes llamaba con cierto empaque *mis vasallos*.

Había leído las novelas de Walter Scott y, tal vez, en ellas había aprendido la descripción que de *sus* castillos hacía, porque en realidad, el duque de Petri, su padre, sólo era dueño de una casa solariega, enclavada en una de las provincias del norte.

Estas son las cuatro muchachas á quienes hemos sorprendido en animada conversación, mientras las demás juegan, felices y llenas de alegría porque saben que el domingo, después de la fiesta del reparto de premios, marcharán á sus casas á pasar agradables y tranquilos los meses de vacaciones.

Las cuatro se despedían aquel año del colegio para no volver á él, y habíanse enfrascado en una conversación interesantísima y digna de ser conocida.

El tema se prestaba á ser discutido acaloradamente y todas aportaron sus facultades oratorias sin conseguir ponerse de acuerdo.

La duquesita de Petri fué la que provocó la cuestión, diciendo:

—Vamos á salir de un colegio, donde hemos

pasado nuestra niñez y los primeros años de nuestra juventud sin que nadie nos enseñe el difícilísimo arte de buscar marido, y bien sabe Dios que buena falta nos hace en estos tiempos en que el perfecto estado de la mujer es el matrimonio.

Las palabras de la duquesita de Petri provocaron una verdadera algazara. Primero todas rieron de buena gana, pero Carlota, poniéndose seria, aseguró que en realidad la duquesita tenía razón, y que puesto que nadie se había ocupado de mostrarles el verdadero camino de la vida, porque aquellas pobres hermanas nada sabían de cosas del mundo, á ellas les tocaba discutir primero y llevar á la práctica después, cuál era el verdadero arte de buscar marido.

Lo que las primorosas muchachas dijeron reviste tal importancia en la vida social de la mujer, que no vacilamos en darlo á conocer por ser materia digna de reflexión y de estudio.



II

Es un error lamentable de educación alejar á la juventud de cuanto más tarde ha de constituir para ella la verdadera vida.

Generalmente créese pecaminoso lo que no puede ser más natural, y nos hacen vivir desde la infancia en un continuo error en asuntos que son tan trascendentales para la vida como la vida misma.

Estoy muy lejos de aconsejar que se explique á los niños lo que más tarde han de saber sin explicación de ningún género; pero se incurre en una grave equivocación queriendo explicar los hechos naturales de una manera misteriosa.

No creo, por ejemplo, que haya pecado alguno en la maternidad, y sin embargo, en las familias parece considerarse como una impureza que no debe conocer la infancia. Así, á un niño le traen sus hermanitos de París, haciendo un

verdadero misterio de lo que no puede ser más natural, y, digámoslo de una vez, más inocente.

Si desde pequeños supiéramos que es la cosa más lógica del mundo que las mujeres paran y críen, y que al unirse la mujer al hombre lo hace por una necesidad fisiológica, por un mandamiento de la naturaleza, que tiende á la procreación fatalmente, es indudable que tendríamos desde pequeños una idea más elevada y más pura del amor, y más ventajosa del matrimonio.

Pero dejemos este tema, que daría de sí lo bastante para escribir un libro extenso, y volvamos á nuestras apreciables colegialas, que si no creen ya que los niños los traen de una fábrica extranjera acreditada, están todavía en otros errores de los que sólo puede librarlas el instinto, que, á la postre, resulta siempre el gran maestro.

—Ya se acabó la vida de colegio, había dicho la duquesita de Petri. Ahora entraremos en una vida nueva donde habrá que sortear no pocas dificultades.

—¿Y por qué?—preguntó la condesa de Luca.—¿Qué dificultades en la vida pueden presentársenos?

—Más de las que te figuras: en primer lugar, seremos presentadas en sociedad, y ésto no deja de tener sus inconvenientes.

—Pues yo, no le veo ninguno; al contrario, creo que empieza para nosotros la verdadera vida.

—Según como lo entiendas.

—Es muy sencillo—agregó la de Petri—hasta ahora, allí donde nos presentaban, no dejábamos de ser unas colegialas, sin representación de ningún género. Las cosas más serias y más formales tomaban en nuestros labios cierto carácter pueril; éramos en una palabra, consideradas como chiquillas; pero desde ahora las cosas varían.

La graciosa y pizpireta Pepita Alcover se echó á reir.

—Chica, chica,—dijo,—pareces una persona mayor.

—El asunto no se puede tomar á broma,—agregó la señorita de Bago;—Herminia tiene razón; ya hemos pasado de la infancia y creo que debemos dejar de ser infantiles.

Sonriente, encantadora y dulce, Araceli de Luca manifestó que no estaba conforme.

—Nada tan encantador y tan atrayente como la niñez,—dijo.—Yo os aseguro que debiéramos

pedir á Dios no salir de esta edad en que las penas son infinitamente menos que las alegrías.

Y continuó hablando como una vieja que conoce á la perfección que nada hay tan puro ni tan alegre como la infancia, libre de toda clase de preocupaciones, sin tener que pensar muy en serio en los azares del porvenir.

Pepita Alcover acabó por lanzar una cargada sonora que hizo volver la cabeza á una bandada de niñas que pasaba corriendo cerca del grupo:

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó después.—Araceli habla como una vieja llena de desengaños, pero apuesto todos mis juguetes y algo más á que no siente lo que dice. Con seguridad que es de nosotras la que desea más ardientemente dejar de jugar con las muñecas para dedicarse á cosas más serias.

—¿Y qué?

—Primeramente á los novios, y más tarde á los matrimonios.

En el fondo todas pensaban lo mismo; todas deseaban más ó menos vagamente amar y ser amadas, y sentían inquietudes inexplicables de espíritu.

Más de una vez habían envidiado á esas se-

ñoras jóvenes que van á paseo orgullosas y felices, luciendo un ama de cría, robusta y vestida con elegancia, que lleva en sus poderosos brazos un niño gordo y saludable como los querubines de Murillo. En muchísimos casos se habían preguntado: ¿Cuándo iré yo así, y seré como esa mujer que tiene cara de ser tan dichosa?

En una reunión de niñas inocentes, basta que una sea más atrevida ó más traviesa que las demás, para que las conversaciones superficiales lleguen á ser serias.

Pepita Alcover acababa de tocar en la lla-ga, y con sus palabras acababa de poner sobre el tapete una cuestión palpitante.

Ingenuamente confesaron todas que la traviesa niña tenía razón, que ya estaban hartas de jugar con las muñecas y que al salir del colegio debían romper con el pasado, para divertirse en el presente sin dejar de mirar hacia el porvenir.

La cosa era tanto más fácil cuanto que no teniendo graves ocupaciones en que pensar, podían dedicar todo su tiempo á tender las redes del encanto y conquistar al mundo entero.

Entonces fué cuando la duquesita de Petri se

Arte buscar marido.—2

lamentó de que no las hubieran enseñado nada del arte de buscar marido en aquel colegio.

Carlota Bago, entornando lánguidamente sus ojos azules, habló entonces con voz arrulladora.

—¡Oh!—dijo,—no nos enseñaron nada de eso, porque son cosas que vienen con la edad y que son facilísimas, por ser instintivas.

—¿Y cómo te las arreglarás tú para buscar marido?—preguntó Pepita.

Carlota cerró los ojos como para concentrar su pensamiento, y con voz dulce y suave agregó:

—Es una cosa bien sencilla. En primer lugar conviene salir á la calle, frecuentar los teatros y reuniones. La que menos de nosotras, tendrá entonces una corte de adoradores, más ó menos reducida. ¿No lo creéis así?

—En efecto, así será,—repuso la de Luca ingenuamente. —Carlota y yo, sólo en las temporadas, bastante cortas, que hemos estado juntas, ya teníamos quienes nos hiciesen la rueda.

—Pues bien,—continuó la de Bago—una vez conseguido esto, ya está todo ganado.

—¿Cómo?—preguntó Herminia.

—En primer lugar, teniendo corte, como la tendremos, no le queda á una que hacer más

que elegir entre todos á aquél cuyo carácter se avenga mejor con el nuestro. Se le hace objeto de preferencia, se le mira tierna y melancólicamente haciéndole comprender que es correspondido, y al saberse amado, se considerará el hombre más feliz de la tierra.

Araceli aprobaba haciendo señales afirmativas con la cabeza, pero Pepita Alcover protestó según hemos visto en el capítulo primero.

Para ella, Carlota no estaba en lo firme; no era precisamente aquél el procedimiento para conseguir resultados positivos, era mejor otro, y ella lo sabía por haber oído una conversación en el ¡abelloncito de un invernadero de su jardín.

La altiva Herminia, duquesita de Petri, tampoco estaba conforme con lo que afirmaba Carlota y así lo manifestó.

—Procedamos con orden,—dijo Araceli de Luca—la Alcover dice que conoce el verdadero procedimiento para rendir á los hombres. ¿No es así, Pepita?

—Efectivamente, eso he dicho, y aunque no puedo calificarlo de infalible por no haber tenido ocasión de llevarlo á la práctica, me parece que es infinitamente mejor que el iniciado por Carlota.

—Explicate.

Pepita Alcover púsose seria como un orador que medita un discurso sensacional; sus amigas se dispusieron á oír.

—Sabed,—empezó diciendo,—que lo que voy á decir, es fruto de la observación, ó mejor expresado, de la curiosidad. El verano anterior, después de una gran cena que dieron mis padres para celebrar el aniversario diecisiete de su matrimonio, los convidados pasaron al jardín á respirar el aire puro.

«Yo, contra mi costumbre, estaba aquella noche triste: indudablemente mi tristeza tenía por causa el que todos los invitados se contentaron con llamarme bonita, conforme iban entrando, sin ocuparse después de mí, como si fuese una chiquilla con la cual no se puede conversar de nada serio.

Entre los invitados había dos jóvenes de veinte á veinticinco años: uno llamado Rafael, alto, moreno, muy guapo, muy decidor, uno de esos tipos elegantes que una vez vistos no vuelven á olvidarse y se nos aparecen luego en nuestros sueños.

«Yo hubiera querido que Rafael me ofreciese su brazo, que fuese mi caballero y que me llenase el oído de piropos delicados.

Recordaba, que al entrar mi padre, me presentó á él y que Rafael, inclinándose sonriente, dijo con voz llena, bien timbrada y armoniosa:

—En realidad, amigo Alcover, tiene usted aquí un lindísimo capullo, destinado, sin duda, á hacer languidecer de amor á cuantos jóvenes tengan el honor de visitar esta casa.

«Debí ponerme como la grana, porque sentí arder mis mejillas, y torpemente le dí las gracias por su galantería.

«Después, nada; no volvió á acercarse á mí, ni á dirigirme la palabra, ni á mirarme siquiera.

«Podéis creer que desde entonces experimenté deseos de verle rendido á mis pies para hacerle pagar el poco caso que de mí hacía.

—¿Y lo conseguiste?— Preguntó la duquesita de Petri.

—No pude, pero he de confesar que por entonces no tenía yo ideas de emprender una campaña que sin duda se interrumpiría con mi vuelta al colegio; pero de aquí en adelante será otra cosa, y poco he de poder si no me salgo con la mía.

Carlota y Araceli escuchaban á Pepita llenas

de la emoción que produce la curiosidad llevada á su más alto grado.

Estaban, no obstante impacientes porque con aquel preámbulo, la de Alcover parecía haber huído de la cuestión.

—Todo eso está muy bien, dijo por fin la de Luca,—pero no veo que tenga relación alguna con lo que hablábamos.

—Precisamente,—repuso Pepita,—á ello voy. Sentaba algunos antecedentes, para ir á parar á la conversación que como ya os dije oí de boca de esos jóvenes.

«Rafael es un calavera de buena especie, y digo de buena especie, porque no es jugador ni borracho, pero sí bastante enamorado.

«Deseaba yo saber cómo pensaba aquel individuo y procuré espiar durante la noche sus pasos.

«Esto me era tanto más fácil cuanto que el jardín de mi casa está lleno de bosquecillos y de pabellones y yo lo conozco palmo á palmo.

«Un hada protectora me favoreció indudablemente aquella noche.

«Ya llevábamos bastante rato en el jardín cuando ví que Rafael, muy cogido del brazo del otro joven y hablando animadamente, entraba en uno de los pabellones, como si quisie-

ra huir de cuanto pudiera distraerle en su conversación.

«Rápida como el rayo, cruzó por mi imaginación la idea de escuchar lo que hablaban y me dirigí sigilosamente al pabellón, ocultándome entre los macizos de evónibus.

«Sin grandes dificultades logré lo que me proponía, colocándome en sitio donde pudiera ver y oír sin ser vista.

«Hablaban de amores. El amigo de Rafael, otro muchacho elegante y guapo, conde de Sotomayor, se quejaba de la señora B. (perdonad que no diga su nombre) á quien asediaba hacía mucho tiempo y de la cual solía recibir más desprecios que halagos.

—Sin embargo, sé positivamente que te quiere,—afirmó Rafael.

—Pues lo disimula.

—Has adivinado; las mujeres que conocen un poco el mundo, saben muy bien la volubilidad de nuestros corazones. A una niña puede engañarse, pero á una mujer como la señora B. es difícil. Le gusta mucho verte enamorado y rendido revolotear á su alrededor y no quiere perderte por una imprudencia ó por una debilidad excesiva.

—Pero con su conducta acabará por perder-

me para siempre,—objetó Sotomayor.

—No lo creas.

—¿Que no?

—Estoy en el secreto, amigo mío; la señora de B. sabe que te perderá para siempre una vez que haya cedido á tu deseo; es calculista, te ama y no quiere dejar de dominar en tu corazón, al que las dificultades apasionan cada vez más. Por eso te da esperanzas, aunque procura no hacerlas realidades.

—¿Luego, se burla de mí?

—Te digo que no.

—Entonces no lo entiendo.

—Te quiere sencillamente, pero conoce el corazón humano y eso es todo. Y como es muy lista acabará por amarrarte bien al carro de su triunfo de modo que no puedas desligarte de ella en la vida.

—Pero, si no deseo otra cosa,—dijo Sotomayor;—si quiero ser su esclavo; ser suyo, exclusivamente suyo.

—Con la condición de que ella te demuestre palpablemente su amor,—agregó sonriendo Rafael.

—Naturalmente.

—¿Quieres alcanzar los favores de la señora B.?

—¿Y tú me lo preguntas? ¿Tú que sabes que estoy loco por ella?

—Bien; pues voy á darte un consejo.

—Escucho.

—Sigue el procedimiento de ella.

—¿Cuál?

—Es muy sencillo: el de no dar á conocer tan á las claras tus sentimientos.

—Eso no es posible.

—Entonces, no hablemos más del asunto.

—Al contrario, hablemos,—dijo vivamente Sotomayor.—¿Qué harías tú en mi caso?

—Pues mira: á partir de esta misma noche, vete alejando discretamente de ella; pero sin cometer ninguna grosería, pues esas no suelen perdonarlas nunca las mujeres. Estarás con ella, atento y frío, y hablarás animadamente con otra, procurando aparecer enamorado.

—Eso será romper de una vez.

—¿Has roto tú con ella porque habla con otros?

—No.

—Pues está seguro de que esta añagaza hará que la señora B., creyendo que te pierde, se acerque á tí mucho más de lo que está y ceda á tus deseos.

Sotomayor reflexionó un rato; después le-

vantó la cabeza sonriente y feliz, como el que acaba de vislumbrar la dicha y dijo:

—Gracias, Rafael; me has dado un buen consejo que nunca te agradeceré bastante.

«Selevantaron, — acabó diciendo Pepita Alcover,—y ya no oí más, pero me parece que con lo oído había bastante para sacar de aquella conversación una consecuencia provechosa.

—¿Y qué consecuencia es esa?

—De que á los hombres hay que tratarlos con cierto despego si quiere una conseguir dominarlos.

La condesita de Luca y Carlota no estaban de acuerdo con el procedimiento.

Herminia lo admitía si bien con ciertas modificaciones. Sobre todo encontraba el peligro de que si se tropezaba con un hombre tan largo como Rafael, podía reirse de cualquier muchacha, obligándola á confesar por celos lo que antes no hubiese querido confesar por cariño.

—En ese caso,—dijo la de Alcover,—puesto que no ignoramos esa añagaza, que hemos llegado á conocer gracias á la conversación que escuché oculta, el peligro cesa para nosotras.

—¿Cómo?—preguntó la duquesita de Petri.

—De una manera muy sencilla; no manifestando celos, ayudándole al contrario, para fa-

cilitarle la conquista, por lo menos aparentemente.

—Poco tardaremos en probarlo, dijo la duquesita de Petri.—Acordemos darnos conocimiento de nuestras conquistas, explicando el procedimiento de que nos valgamos para alcanzarlas.

Pepita Alcover propuso:

—Puesto que ya quedamos libres de colegio, os invito á las tres á pasar los meses de Agosto y Septiembre en una casa de campo, donde, según costumbre se reunirá lo más selecto de nuestra sociedad.

—¿Estará Rafael,—preguntó la duquesita.

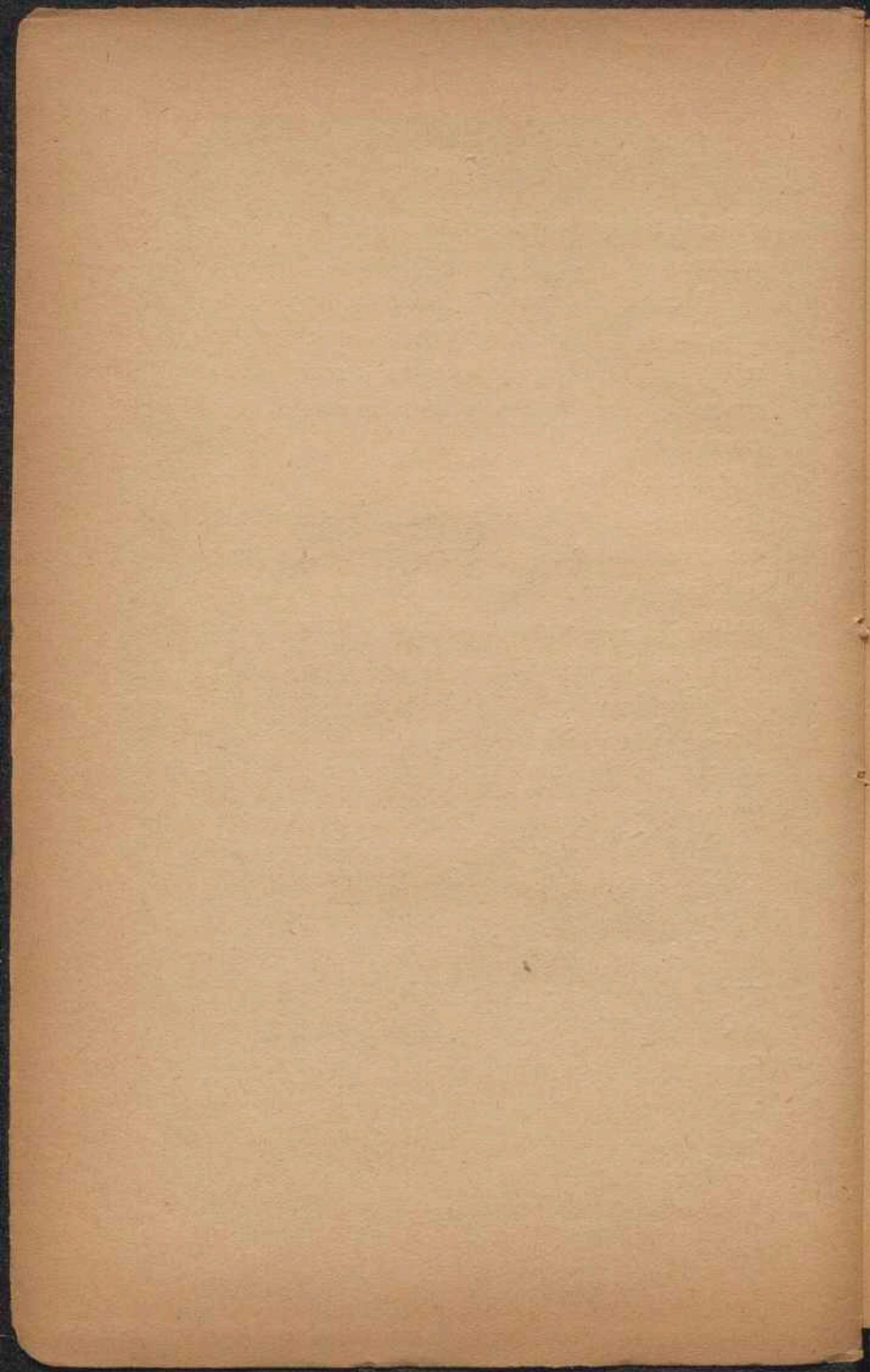
—Sí, Rafael, Sotomayor y otros muchos con los cuales podremos ensayar nuestros procedimientos.

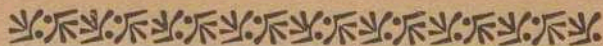
—Y la primera que encuentre marido,—agregó Carlota,—aquella será la de más talento.

—Justo.

—Y habrá de hacérsele un regalo estupendo —añadió Araceli.

Quedaron de acuerdo, Pepita Alcover se encargaba de conseguir que las dejaran pasar los dos meses dichos juntas, y todas quedaron en estudiar el mejor procedimiento de buscar marido.





III

Pepita Alcover consiguió lo que se proponía.

A primeros de Agosto se hallaron reunidas en Biarritz las cuatro colegialas.

Araceli de Luca llevó consigo á Carlota Bago; la duquesita de Petri pudo convencer á su padre y obligarle á hacer un gasto superior á sus fuerzas y que le haría vivir en forzosa economía durante el invierno; más tenía la esperanza de poder casar pronto á Herminia con algún noble que no estuviese tan arruinado como él, y daba por bien empleado su sacrificio.

Por eso aceptó con gusto la proposición que le hizo Pepita Alcover de que dejase á Herminia en su compañía y marchase allá donde le conviniese, y se volvió sólo y triste á su vieja casa solariega, sintiendo más que nunca sus extravíos juveniles, que le dejaron en situación tan poco holgada, precisamente en los momentos en que hubiese querido ser poderoso.

so para que su hija brillara según su hermosura y talento, que para el viejo duque eran incomparables.

El conde de Luca prometió llevar á su hija y á Carlota á la posesión de Alcover el día quince de Agosto, no haciéndolo antes porque quería que las jóvenes acompañasen á la condesa á un viaje á Lourdes que tenían proyectado.

La traviesa morena y Herminia se alegraron, sin saber por qué, de esta circunstancia que las permitiría estar en el campo siendo las únicas muchachas casaderas, entre tantos jóvenes como esperaban ver reunidos.

Los días transcurrieron apaciblemente.

El viaje á la quinta de Alcover se hizo sin novedad.

Las veladas en el amplio jardín eran deliciosas. En casa de Alcover se reunían todos los nobles y ricachos del contorno; sus fiestas se habían hecho célebres; las excursiones por la montaña resultaban magníficas.

La señora de Alcover, joven y bonita, adorable sobre toda ponderación, supo rodearse de amigas simpáticas y alegres como ella, y esto sólo, llevaba á la quinta á diario lo más selecto de la sociedad, y tal influencia llegó á tener

su hermosa quinta, que en pocos años fueron construídas en los alrededores gran número de hotelitos donde la gente aristocrática iba á pasar los últimos meses del verano.

Como el duque de Petri vivía alejado en su casa solariega, ocultando con toda la dignidad posible lo precario de su situación, Herminia no era conocida por los aristócratas elegantes que se reunían en la quinta de Alcover, y durante los primeros días fué objeto de la curiosidad general.

Los más viejos recordaron las aventuras del duque de Petri, su vida desordenada, su orgullo, que obligándole á querer representar el papel de un soberano de la moda, le había hundido en la miseria que le empujó hacia la casa solariega de sus mayores, de donde no había vuelto á salir hasta aquel verano, para pasar unos días en Biarritz, donde sólo había visitado á la familia de Alcover.

Se contaba que la duquesa, su mujer, había sufrido mucho á causa de las calaveradas de su marido, ocupado siempre en seguir bailarinas y cantantes, y pasando el tiempo que no empleaba en aventuras amorosas, sentado á las mesas de juego, donde ansioso de equilibrar su fortuna iba perdiéndola rápidamente.

El drama íntimo que se había desarrollado calladamente en casa de los duques de Petri, llevando al sepulcro a la duquesa, fué el tema de las conversaciones durante los primeros días.

La historia corrió de boca en oído, y aunque Herminia nada escuchaba porque siempre hablaban aprovechando sus ausencias, llegó á comprender que era objeto de la atención general, y sentíase mortificada al ver que la miraban como compadeciéndola.

En efecto, la compadecían.

Todos lamentaban que la duquesita de Petri, rubia, arrogante, digna de figurar en los salones y ser honra de la clase, se viese reducida por el envilecimiento del duque á vivir como avergonzada, oculta en el más lejano rincón del reino.

Contra lo que la misma Herminia creía, la resurrección de la vieja historia de los duques de Petri iba rodeándola de una aureola de martirio y simpatía que le era muy favorable.

Los muchachos se acercaban á ella y la trataban con cariñosa deferencia rodeándola de galantes cuidados.

Pero en el que hizo más impresión el conocimiento de aquella desdicha heroicamente so-

brellevada fué en el conde de Sotomayor, que aunque dado á conquistas amorosas era muy celoso de la dignidad de la nobleza y criticaba duramente á cuantos con su conducta contribuían á restarle brillo.

Sotomayor, figurábase á la linda duquesita de Petri, sola y abandonada á la muerte del viejo duque, sin recursos para vivir con desahogo y teniendo que ocultarse á las miradas de las gentes, si no era que la necesidad le obligaba á aceptar como marido al primer patán que se presentase, ansioso de lucir en sus tarjetas un noble blasón.

Aquello, que él consideraba como la peor de las indignidades, como un borrón que mancharía sin duda alguna á toda la nobleza del orbe, le traía fuera de sí.

Muchas noches pensó en que siendo rico, poderoso y noble, nadie más llamado que él á salir en socorro de la duquesita arruinada.

Y desde que empezó á pensar en estas cosas el joven Sotomayor se dijo que no podía convenirle nada tanto como una alianza con los duques de Petri, de antiguo abolengo y de nobleza limpia.

Se propuso estudiar a Herminia y no le dis-

Arte buscar marido.—3

gustó la altivez mal disimulada de su carácter. La orgullosa altivez debía, sin duda alguna ser patrimonio de aquella familia, cuyos varones fuertes y aguerridos habían luchado heroicamente en las Cruzadas llevando al escudo de los de Petri una aureola de gloriosa caballeridad.

Halagóle también al de Sotomayor la majestad de reina conque Herminia recibía los homenajes de la gente joven; y decidió después de estas observaciones hacerle el amor.

Una tarde, á la hora del paseo, rogó á la duquesita que le permitiese ser su caballero.

Sorprendióle á Herminia agradablemente la petición, pero guardóse bien de manifestar su regocijo. Al contrario, sonriendo afablemente, repuso:

—Consiento y le agradezco la deferencia, pero con tal de que no le sea á usted perjudicial.

—¿A mí? No sé por qué.

—Por nada, por nada,—repuso vivamente la de Petri;—es una advertencia que le hacía, por si acaso pudiera disgustar á alguien el que usted fuese mi caballero por esta tarde,

Sotomayor se quedó mirándola fijamente, como si quisiese leer en sus ojos la intención

que pudieran encerrar sus palabras, pero la vió tan tranquila que nada sospechó.

Durante el paseo hablaron, al principio de cosas indiferentes, después, Sotomayor le preguntó por el duque de Petri, á quien hubiera deseado conocer.

Herminia habló de su padre con entusiasmo y respeto, como corresponde á una buena hija.

Comprendió que con el conde de Sotomayor no debía emplear el lenguaje que usara en el colegio, donde hablaba de castillos con vasallos, describiéndolos al modo de Walter Scott, suponía que el conde debía conocer el drama silencioso de su familia, y habló sencillamente, dando á conocer la solitaria vida de su padre encerrado en la casa solariega, sin más servidumbre que los viejos criados por los que la duquesita tuvo conocimiento de los antiguos esplendores en que vivieran sus antepasados.

Su voz, dulce y suave, había tomado una expresión melancólica, hablando de aquellas grandezas de que jamás disfrutara.

Aseguró que sólo tenía una pena profundísima, y era la de haber perdido á su madre siendo muy niña, cuando precisamente necesitaba más del calor maternal.

Al llegar á este punto, Herminia no pudo

contener sus lágrimas, que salieron de sus ojos y resbalaron suavemente por sus mejillas sin una contracción de su lindo rostro.

Iban por una espesa alameda, y como caminaban muy despacio se habían quedado retrasados.

Sotomayor estaba conmovido con aquella historia que, sin tener nada de patética, le había llegado al corazón.

El recuerdo tiernísimo dedicado á la madre muerta, acabó por perturbarle de tal modo, que él, hombre corrido y galante, no encontraba palabras consoladoras.

—Y lo peor de todo, —agregó Herminia,—es que ahora, cuando más falta me hace mi madre, porque he llegado á la edad en que siempre se necesita de su buen consejo, me encuentro sola, absolutamente sola.

Se detuvo como si le faltasen las fuerzas y volvió á llorar silenciosamente, sin un sollozo, sin un quejido, con ese llanto de los mártires que conmueve profundamente á quien lo contempla.

Sotomayor no sabía qué decir, y lamentaba haber provocado aquella conversación que tan deplorable efecto había causado.

Le acometían deseos de abrazar á la niña y

consolarla prodigándole toda clase de caricias.

—Señorita,—dijo al fin, sin tratar de disimular la inmensa emoción de que se hallaba poseído:—me ve usted callado, estúpidamente callado, sin acertar á decirle una palabra capaz de endulzar su justísima pena. Comprendo que no estoy representando muy airoso papel; pero sepa usted, que mi silencio obedece á que en estos momentos he sentido una angustia acongojante al considerarme impotente para poderle devolver á esa madre, de quien sé que fué muy santa y muy noble, para verla contenta y feliz. De todos modos, sepa, que desde este momento consideraré sus penas como mías, y no estaré contento mientras no sepa que es usted venturosa y feliz como merece.

Herminia le dirigió una mirada llena de amor y de agradecimiento, y con voz firme, dijo:

—Gracias, amigo mío, gracias; no olvidaré un momento, que en esta ocasión, en que entregada á mis tristes recuerdos he olvidado hasta las conveniencias sociales, entristeciéndole, ha sido usted tan bueno para conmigo, que en lugar de huir de mi enojosa compañía, ha pretendido consolar mi profundo dolor.

Iba á contestar Sotomayor, pero Herminia como quien hace un soberano esfuerzo para dominarse, agregó procurando sonreír:

—Vamos, vamos; dejemos esta conversación sentimental, hábleme de viajes, de países que yo no conozca. Yo no he visto nada y eso me distraerá.

Pero el conde, que empezaba á sentir una profunda admiración por la duquesita y que le parecía cada vez más hermosa, no se sentía muy capaz de emprender una conversación que no fuese amorosa. Así es que dijo:

—Herminia, me ha hecho usted conocer esta tarde impresiones deliciosas que jamás había sentido; no ha tenido usted inconveniente en confiarse á mí, y su confianza me ha producido tan hondo bienestar que ahora me siento el más feliz de los mortales.

—Veo que no en vano pasa usted por el prototipo de la galantería, señor.

Siguieron andando; Sotomayor empezó á recrear los oídos de la duquesita con la canción suave y tierna que halaga eternamente los oídos de la diosa Venus, madre sacrosanta del amor.

La de Petri sentíase orgullosa; comprendía

que había logrado interesar el corazón del conde y se consideraba feliz.

A aumentar su felicidad venía la sarta de frases amorosas que susurraba á sus oídos Sotomayor.

Aparentaba sin embargo estar confusa, y procuraba no soltar frase por la que pudiera comprender su caballero que estaba enamorada.

Apretó el paso para reunirse con los que iban delante. El joven quiso aprovechar la circunstancia para acabar por hacerle una declaración en toda regla.

La duquesita de Petri no le dejó acabar:

—Por Dios, conde, por Dios; no haga usted méritos para que le crea el hombre más inconsecuente del mundo. ¡Qué cara pondría la señora de B. si le oyera decirme esas cosas! No quiera usted que acabe todo entre nosotros, ni que dude de una amistad que he empezado á creer verdadera y leal.

Y aprovechando que Pepita Alcover caminaba á pocos pasos de ellos en compañía de algunas muchachas, agregó alegremente.

—Con nuestra conversación, nos hemos olvidado de los demás; déjeme ir en busca de mis amiguitas.

Y echó á correr.

Sotomayor quedóse algo turbado y no supo qué decir para retener á la encantadora duquesita de Petri.

¿Cómo sabía ella sus relaciones con la señora de B.?

Esta idea le hizo temblar por su amor; indudablemente debía de haber perdido mucho á los ojos de aquella niña ingenua con sus relaciones con una mujer casada.

Tal vez Herminia más lista que los demás había descubierto por ciertas miradas, por algún furtivo apretón de manos aquellas relaciones, que el creía envueltas en el más impenetrable de los misterios.

El joven encontró desde aquel instante más encantadora á la niña y juróse que pondría en juego todos sus recursos de hombre de mundo para hacerse amar.

¡Oh, si él hubiera adivinado que la conducta de la inocente é ingenua duquesita de Petri obedecía á un plan que cuatro colegialas traviesas empezaron á trazar en el colegio...!



IV

La tarde transcurrió sin novedad; la velada fué deliciosa.

Sotomayor rondaba constantemente á Herminia sin conseguir poder hablarle á solas porque la de Petri no se separó un momento de Pepita Alcover, con la que hablaba animadamente de cosas de colegio, que al parecer debían interesarles mucho, porque reían como niñas.

En realidad, la inocente conversación, ingenua y sencilla, no era sino un lazo más, tendido hábilmente al conde que caía en él.

Sotomayor, hombre mundano y galante, no podía sospechar que aquellas niñas obrasen con doble intención, y atribuía á inocencia lo que era fruto de un plan preconcebido.

Por eso estaba cada vez más encantado y encontraba adorabilísima á la duquesita.

Pasóse la noche desvelado, pensando en la

joven, figurándosela encantadora y triste, pasando la vida oculta en la melancólica casa solitaria, olvidada de los parientes, sin amigos, obligada á alternar con campesinos, que sin duda alguna no satisfacerían las necesidades de su espíritu delicado y aristocrático.

De nuevo se repitió que no era posible que muchacha tan divina pudiese pasar su existencia fuera del mundo, y en su delirio creíase el destinado á hacer la felicidad de la joven.

Una de las cosas que más le hacían desesperar y que le mortificaban en grande era la última contestación de la duquesita de Petri, aludiendo á la señora de B. ¿Cómo sabía ella aquellas relaciones que todo el mundo ignoraba? ¿Acaso era tan lista que había adivinado lo que nadie se hubiera atrevido á sospechar?

Verdad es que había estado bastante indiscreto en una ocasión, cuando todavía no había logrado rendir á la señora B., pero entonces la duquesita de Petri estaba en el colegio y no conocía á ninguna de las personas que se encontraban en casa de Alcover.

Tan intrigado estaba Sotomayor que no podía conciliar el sueño.

¡Cómo se hubiera reído de él mismo; cómo se hubiera llamado inocente si hubiese podido es-

cuchar la conversación que sostenían las dos jóvenes encerradas en su habitación!

Pepita Alcover aseguró que nada había adelantado con Rafael, á quien encontraba distraído y absorto, como si le hubiesen ocurrido durante aquel año muchas desgracias; pero en cambio, y como para vengarse de la indiferencia del joven, había tendido sus redes hábilmente á un tontinaco, extraordinariamente rico, sobrino de un ministro y perteneciente á la carrera diplomática, donde sin duda había de ocupar altos puestos, gracias á la influencia de la familia.

Pepita Alcover, vivaracha, traviesa y de gran imaginación, comprendió que le convenía extraordinariamente para marido un hombre del calibre de Carlos Cazabán, y sin grandes dificultades logró atraérsele; sólo que una vez conseguido su propósito se reía de él y le martirizaba con desaires estudiados que le iban enamorando cada vez más.

Era conquista segura. Empleaba el procedimiento del estira y afloja que tan magníficos resultados da, y siempre detrás de un arañazo solía prodigarle una caricia.

Cuando se encontraron solas aquella noche

Pepita Alcover y la duquesita de Petri, ésta preguntó:

—¿Y qué tal Carlos?

—Admirable, amiga mía, admirable. He dado un gran paso en el arte de buscar marido; Cazabán es el hombre que más puede convenirle á una mujer como yo, y lo he toreado en forma tal que puedo asegurarte que es mío, completamente mío.

—¿De veras?

—Sí, y estoy contentísima hasta no poder más. Calcula tú que yo deliro por los viajes, que me gustaría mucho visitar países extraños y vivir en ellos. Pues bien: Carlos en su cualidad de diplomático tendrá que ir de Ceca en Meca. Cuenta con la protección de su tío que ha sido ya dos veces ministro y que hoy ocupa el ministerio de Estado, y á más contará con la gran influencia de mi padre. De este modo iremos allá á donde yo quiera, y como es muy complaciente y pienso demostrarle que tengo un carácter raro, y sostener este carácter, resultará que acabaré por hacer siempre mi santa voluntad sin que le extrañe nada.

—Hablas muy sobre seguro,—dijo la duquesita de Petri,—¿acaso se te ha declarado ya?

—En todo el día no hace otra cosa,—dijo Pe-

pita riendo;—trabajillo me ha costado hacer que se decida porque, de diplomático no tiene nada y es circunspecto con la circunspección del miedo, pero, al fin, le hice hablar y ahora siempre está con la misma canción.

—¿Le habrás contestado afirmativamente?

—¡Ca! No lo creas. Las mujeres cuando queremos tener sujeto á un hombre no debemos decirle nunca que sí, aunque no debe dársele una negativa rotunda. Conviene alimentarlos con una esperanza vaga, todo lo vaga posible, pero esperanza al fin. Así, cuando me habla muy en serio de su amor, yo le digo, que no dudo que pueda llegar á amarle locamente algún día, si veo que su amor es firme, pero que todavía soy muy joven para pensar en ciertas cosas.

Pepita Alcover reía como satisfecha de su triunfo; estaba segura de haber conseguido su propósito. Verdad es que le gustaba más Rafael, pero este joven, aunque dado á la vida galante, nada le había dicho á Pepita á quien respetaba y quería como una hermana, pero cuyo carácter bullicioso estaba muy lejos de constituir su ideal.

—¿Y Sotomayor?—preguntó de pronto la de

Alcover—¿Qué me dices de Sotomayor? Esta tarde os he visto muy amartelados.

—Calla, mujer,—repuso riendo Herminia,—he logrado interesarle hondamente, con la historia de mi vida alejada, el recuerdo de mi madre muerta y unas lagrimitas vertidas á tiempo.

—¿Y qué?

—Pues nada, que se mostró conmovido primero y apasionado después hasta el punto de pedirme por todos los santos del cielo que correspondiera á su amor, asegurándome que se desvelaría por hacerme la más feliz de las mujeres.

—¿Y tú?

—Yo empecé á caminar de prisa, temerosa de dejarme vencer por la profunda simpatía que me inspira, y confesarle que sería muy dichosa con su amor.

—¿Y le digiste eso?

—No, cuando acababa su confesión, ya me encontraba cerca de tí, que ibas con nuestras amigas. De pronto me acordé de lo que nos referistes en el colegio, y aunque no sé si sigue en relaciones con la señora de B., me fingí muy admirada de su declaración y le dije:

¡Qué pensaría la señora de B. si le oyese hablar así.

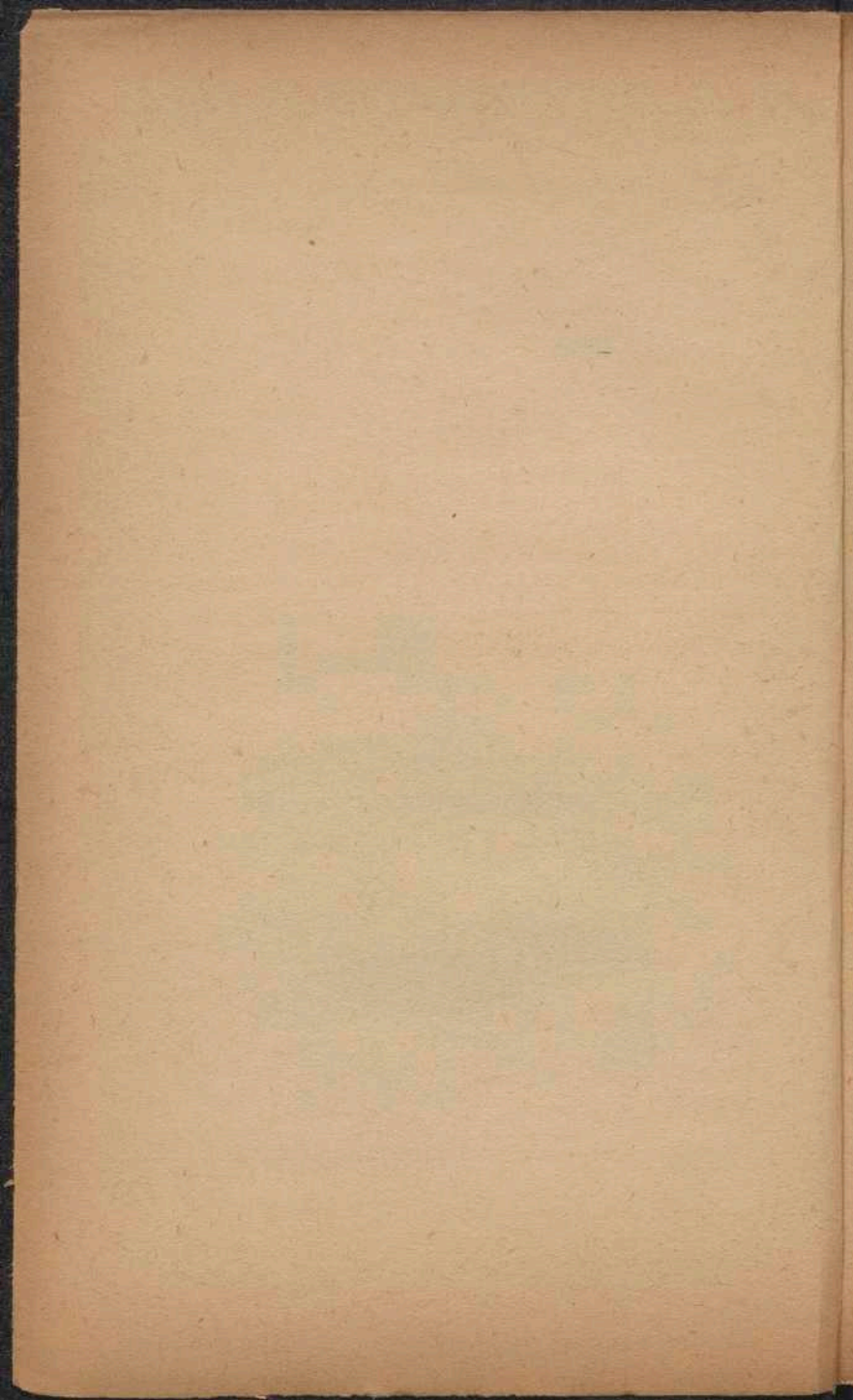
—Pepita Alcover se echó á reir palmo-teando.

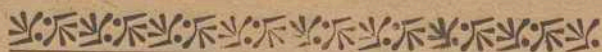
—¡Qué bien! ¡Qué bien!

—Entonces Sotomayor se quedó como cortado, sin saber lo que decir y eché á correr para reunirme con vosotras.

—Juro que te has portado como una maestra y que con seguridad que el conde está á estas horas pensando en tí: Ahora procede con tino, no te dejes vencer hasta que no lo tengas muy tuyo. Ya verás, ya verás cómo cuando vengan Carlota y Araceli nos encuentran en vísperas de casarnos.

Y con tan dulces esperanzas durmieron aquella noche, arrulladas por el canto lento y suave de los surtidores que refrescaban el ambiente del jardín.





V

Desde aquel día el conde de Sotomayor empezó á alejarse todo lo posible de la señora de B.

Aquellas relaciones misteriosas en las que ambos agotaron sabiamente todas las discreciones, haciendo que nadie sospechase su existencia empezaban á pesarle.

En primer lugar no había satisfecho las necesidades de su espíritu aquella mujer por la que tanto suspirara en otras ocasiones.

La señora B. no tenía para Sotomayor ya más que la atracción del misterio, ese dulce encanto que llega á ser en muchas ocasiones el sostén del amor.

Pero el encanto se había roto; ya debía saber todo el mundo la inteligencia que existía entre él y la señora de B., y debía saberlo, puesto

Arte buscar marido.—4

que hasta'le había hablado de ella la duquesita de Petri, una niña que apenas los conocía.

Para llegar al conocimiento de aquellos amores una muchacha como Herminia era indispensable que se hablase de ellos en todas partes.

Si la duquesita de Petri no hubiese sido tan joven, con seguridad que Sotomayor le hubiera pedido explicaciones para aclarar aquel misterio.

Mas la consideraba excesivamente inocente y no quería provocar una explicación que indudablemente le había de colocar en mal lugar.

Poco tiempo tardó, sin embargo, en tener que hablar de la misma cuestión con Herminia.

Y fué, que pasados dos días en que no había podido hablarle, porque la duquesita de Petri estaba siempre en compañía de Pepita Alcover, logró encontrarla una mañana en el jardín á hora en que nadie se había levantado todavía en la casa.

El encuentro se verificó por lo siguiente:

La noche anterior se acostaron temprano la de Alcover y Herminia, y está se despertó muy de mañana y quiso levantarse para escribir una

carta al duque de Petri, pidiéndole noticias de los Sotomayor.

Iba á ponerse á escribir, cuando creyó oír ruido en el jardín, y asomando la cabeza discretamente por el balcón vió que el conde se alejaba lentamente por una de las alamedas.

Herminia tuvo curiosidad de saber á dónde iba tan de mañana el enamorado galán; comprendía además que era afianzar su pleito hacerse la encontradiza precisamente á una hora en que nadie podría interrumpirles.

No vaciló en poner su proyecto en práctica.

Sabía por Pepita todas las entradas y salidas de la quinta, y deslizándose calladamente por corredores y pasillos logró encontrarse pronto fuera de la casa.

Dando un rodeo con paso ligero, como el vuelo de las avcillas, logró ganar la delantera á Sotomayor, que caminaba lentamente, como sumido en honda preocupación.

Herminia, vestida de blanco, linda como Diana, con la primorosa cabellera rubia suelta, se sentó en un banco, dando espaldas precisamente al camino por donde avanzaba el conde.

Apoyó el codo en el respaldo y la cabeza en la mano, adoptando una aptitud soñadora y

romántica, mirando hacia el cielo con sus ojos purísimos.

Así esperó á que llegase el conde y la encontrase en aquella actitud.

Precisamente Sotomayor no había dormido pensando en la duquesita de Petri, á quien empezaba á amar mucho más de lo que él hubiera querido.

Se ha hablado mucho de la muerte del romanticismo, pero el romanticismo subsiste. Mientras el hombre y la mujer estén dotados de buen corazón siempre habrá alguien que sueñe en el sacrificio como en un bien, cuando el sacrificio pueda consumarse en favor de una persona que nos interesa y nos apasiona.

El conde de Sotomayor era víctima de ese romanticismo tan denigrado y del cual él se había reído un poco.

Empezó por un deseo de endulzar los dolores de la duquesita de Petri y acababa en la necesidad de sacrificarle su vida y su fortuna.

Aquella mañana salió de su habitación desahogado, buscando aire para llenar sus pulmones y confortar su pecho extrañamente oprimido.

Quería estudiar también los medios de que

había de valerse para hacerle comprender á la duquesita que la amaba con toda su alma.

Absorto evocando en su imaginación la imagen de Herminia caminaba, cuando un leve grito le hizo levantar la cabeza y salir de su abstracción.

Se encontró frente á frente á la duquesita que acababa de levantarse de un banco, dando señales de gran azoramiento.

Luego sonriendo, pero con voz entrecortada como si no pudiese dominar su sobresalto, dijo:

—¡Jesús, conde, qué susto me ha dado usted! ¡No le había visto y creía encontrarme sola!

Gratamente sorprendido Sotomayor, al encontrarse delante de la que ocupaba por entero su pensamiento cuando precisamente más lo deseaba, dijo:

—Créame, duquesita, que lamento con toda el alma el susto, pero que me alegro de todo corazón de haberla encontrado; venía pensando en usted.

—Es usted la galantería personificada,—repuso Herminia inclinándose;—pero, si he de serle franca, no le creo. A más, lamento mi falta de espíritu que me ha hecho gritar. Si no, tan abstraído iba usted, que hubiese pasado por mi lado sin verme. Probablemente, pensa-

ba usted en cosas más serias que una niña como yo.

El conde se había acercado á ella quitándose el sombrero, y cogiéndole una mano, dijo con acento apasionado.

—Herminia: ¿por qué no ha de creer usted n^{to} lo que yo le diga? Hace dos días se lo juré y hoy vuelvo á jurárselo: la amo á usted sobre todas las cosas.

—Todo eso es muy bonito y muy fácil de decir, pero yo soy muy incrédula y muy rara, y necesitaría algo más que una palabra para convencerme de ese amor; por ejemplo, que usted me probase hasta la evidencia que nunca, enténdalo bien, nunca amó á nadie hasta conocerme.

—¡Herminia...!

—Sí, sí; ya sé que es un imposible lo que le pido; por eso precisamente debemos cambiar de conversación. Hablemos de la aurora hermosa que nos sonríe, de la Naturaleza esplendente que nos rodea... de cualquier cosa; pero, por Dios, no hablemos de amor.

El conde de Sotomayor, cada vez más admirado exclamó:

—¡Por Dios, Herminia! Quisiera ser su esclavo, obedecerle en todo, pero con una sola con-

dición; la de que me dejara arrullar su oído con palabras dulces y amorosas, porque así tendría la esperanza de que alguna vez, compadecida de mí, había de corresponder con una mirada ó con una sonrisa á mi amor.

—¡Bien, bien, pero ahora hablemos de otra cosa. Ante todo le ruego que, si tenía algún objeto vayase sin detenerse. Yo acostumbro á madrugar y estoy habituada á permanecer sola, así es que no vaya á sacrificarse por miramientos que no deben existir entre los buenos y leales amigos.

—Yo le pido amor y me da amistad.

—¿Le parece á usted poco? Por ahora no puedo darle más.

—¿Por qué?

—Porque dudo que sea usted el hombre con quien yo he soñado.

—¿De modo, que sueña usted?

La duquesita sonrió afablemente, y entornando los ojos y exhalando un leve suspiro, repuso:

—¿Y quién no sueña? O mejor dicho ¿Qué solitario deja de soñar? Encerrada en nuestra casa solariega ó corriendo sola por los campos he soñado siempre con un ideal.

El conde de Sotomayor, al ver que la duquesita no rechazaba su conversación iba poniéndose alegre.

Se habían sentado en el banco que antes ocupara sola la de Petri y parecían realmente dos enamorados.

—¿Sabe usted que resulta interesantísimo todo cuanto la atañe? Duquesita.

—¿Sí?

—¿Y que tendría mucho gusto en que usted me definiere su ideal?

La duquesita de Petri, disimulando el contento que le producía el ver á Sotomayor tan rendido, contestó:

—Pues si ha de proporcionarle placer, no quiero que deje de gozarlo. Deber de amistad es, ya que por mí se sacrifica, hacer que mi conversación no le resulte aburrida hasta el punto de que acabe por serle odiosa.

—¡Herminia...!

—No me mire así porque digo la verdad... ¿Conque usted quiere saber cómo es el ideal con que he soñado en mis soledades?

—Precisamente.

—Le confesaré ante todo que no conozco á los hombres más que por las novelas, y que

me parecen, hasta los más caballerescos, unos solemnes egoistas.

—Mal concepto ha formado usted de nosotros.

—¿Y sabe usted por qué me parecen egoistas? Porque me parecen todos muy celosos de su honor; pero muy poco celosos del honor de sus mujeres.

—No la entiendo bien,—dijo Sotomayor, que realmente no sabía adónde quería ir á parar la duquesita de Petri.

—Me explicaré mejor—repuso ésta,—aunque le advierto que voy á tratar de una cuestión espinosa, esa es la palabra, que no sé si estará bien en los labios de una niña como yo.

—En los labios de usted, Herminia, está á bien todo.

—Muchas gracias.

—Espero, pues, que usted se explique.

—Ante todo,—añadió la duquesita de Petri dando á sus palabras un acento infantil,—he sabido por los libros, que ustedes imponen como condición esencial á la mujer que quiera llegar á ser esposa, la castidad esto es: la absoluta virginidad de cuerpo y alma ¿no es eso?

—Efectivamente, se vió obligado á contestar el conde de Sotomayor.

—Para ustedes,—agregó Herminia,—la mujer ha de ser pura, y si no lo es resulta bochornoso llegar á ser su marido; una deshonra que no puede remediarse ni con sangre, ¿no es así?

Sotomayor estaba como en ascuas; aquella niña tomaba á sus ojos proporciones gigantescas; no era una colegiala, era una mujer que sabía razonar cuerdamente, quizá demasiado cuerdamente. Quedóse mirándola fijamente, y por fin contestó:

—En efecto, así es.

—No vaya usted á creer,—prosiguió la duquesita de Petri, que voy á echar pestes contra los hombres porque quieren una cosa muy natural y muy lógica: ser dueños únicos de la persona amada. Esto me parece digno de aplauso y lo aplaudo. Tengo un altísimo concepto del amor y del matrimonio para no encontrar bien ese deseo santo de reinar en un corazón en absoluto. Y tanto es así, que yo, pobre niña, criada fuera del mundo, que, fuera de mis amiguitas de colegio, no conozco de él más que lo que algunas novelas me han dicho, he formado un ideal parecido al que pretende y busca al hombre.

Y quedó mirando á Sotomayor que la escucha-

ba con la boca abierta para calcular el efecto que le hacían sus palabras.

Viendo que nada decía, siguió:

—Sí, amigo mío; he llegado á figurarme que la mujer debe tener los mismos derechos que el hombre; así mi ideal es el siguiente.

Hizo una ligera pausa como para reconcentrar sus ideas.

—Tal vez,—empezó diciendo,—porque no he sido nunca rica, aunque mis padres lo fueran, he descartado siempre de las cuestiones de amor, la cuestión de intereses. Creo que la riqueza no es la felicidad. Descartemos, pues, el dinero.

—Por descartado.

—Ahora viene la cuestión de nobleza; yo soy noble y por consiguiente me finjo á mi ideal noble y caballero.

Sotomayor sonrió.

—Pero no crea usted, amigo mío, que creo en la nobleza que pueda dar un título nobiliario, no; la nobleza que quiero, la que tiene mi ideal, es una nobleza de corazón por la cual pueda ser caballero entre caballeros.

El conde seguía escuchando con vivo interés.

—Tenemos solventada la cuestión de la nobleza; pasemos á otra cosa.

—Mi amado, —prosiguió la duquesita, —ha de ser también inteligente. ¡Se debe pasar muy mal la vida al lado de un tonto!

—Es verdad, —dijo el conde riendo; —los tontos son insoportables.

—Estoy dispuesta á sacrificarlo todo al objeto amado; por eso no podrá ser mi ideal aquel que no se encuentre dispuesto en toda hora y lugar, á sacrificarlo todo por mí.

—Es muy justo, —afirmó Sotomayor.

—Por último, y ya ve usted, amigo mío, soy rara; mi amado ha de exigir de mí ser único y exclusivo; no me tomaría, si supiese que he tenido otros amores, que fui débil con tal ó con cuál... en una palabra, como será hombre celoso de mi dignidad, me querrá pura... y aquí, querido conde, viene lo más difícil: tengo la ridícula pretensión de que el hombre á quien entregue el tesoro de mis primicias ha de entregarme el tesoro de las suyas. Quiero reinar en absoluto en su corazón, como él reinará en el mío. Soy celosa, muy celosa, y cuando viera á mi marido pensativo, hasta cuando le viera alegre y amoroso, creería que pensaba en una ente ó que recordaba en cualquiera de mis

gestos los gestos de una mujer que le hubiera sido muy querida.

Sotomayor estaba como encantado. Jamás había oído expresarse así á mujer alguna; parecíale admirable cuanto estaba oyendo, y cada vez más enamorado cayó de rodillas suplicando el amor de aquella niña tan extraordinaria.

La duquesita sonreía triunfante viéndole á sus piés y acabó por interrumpirle:

—Conde, casi le voy creyendo; es una verdadera lástima que no reuna usted todas las condiciones de mi ideal.

Sotomayor, que continuaba de rodillas, iba á suplicar de nuevo, tal vez en su ardoroso entusiasmo iba á mentir, á jurar y perjurar que era puro como los ángeles, cuando muy cerca del banco oyóse un grito ahogado y el ruido de un cuerpo al caer al suelo.

Herminia corrió seguida del conde para averiguar lo que era y pronto se encontraron con la señora de B. tendida en el suelo, pálida como una muerta.

Había salido á dar un paseo sola, y al ver á Sotomayor á quien amaba tiernamente, arrojado á los piés de la duquesita de Petri, se había desmayado.

Herminia se esforzó por hacerla volver en sí.

Sotomayor de pie, pálido, como quien acaba de ser sorprendido cometiendo una mala acción, no sabía lo que hacer, ni lo que decir.

Comprendía que la presencia de la señora B. y su desmayo le perjudicarían mucho en el concepto de aquella niña, que soñaba con un hombre casto y puro como ella.

Por su parte, la duquesita de Petri alegrábase de aquella circunstancia que le daba un arma nueva, quizá la más poderosa para acabar de vencer.

La señora de B. al volver en sí, dirigió una mirada de odio á Herminia y otra desolada á Sotomayor, diciendo:

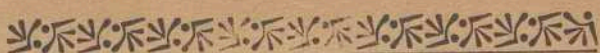
—¡Ingrato!

Y rechazó cuantos cuidados pretendían prodigarle, y marchó resuelta y orgullosa á la quinta sin tratar de volver la cabeza.

Herminia se quedó mirando al conde, y al verle confuso é indeciso, le dijo:

—Vaya, corra y ofrezca su brazo á esa señora á quien creo que sólo usted puede consolar.

Y tomando el camino que hasta allí la había conducido, esto es, atravesando por arriates y plata-bandas, volvió á la casa dejando á Sotomayor sólo y desesperado.



VI

Con gran sorpresa se supo aquella tarde que los señores de B. saldrían á la mañana siguiente de la quinta.

Los señores de Alcover hicieron esfuerzos inauditos por detenerlos, pero el señor de B. aseguró haber recibido una carta en que le llamaban urgentemente á Madrid y la señora dijo que no quería dejar solo á su esposo por encontrarse éste delicado.

La causa de aquella marcha sólo la sospechaban Sotomayor y la duquesita de Petri, y uno y otro se alegraban cada cual por su estilo de la decisión de aquellos señores. El conde se evitaba una escena patética que no era muy de su agrado: Herminia ganaba terreno y se veía libre de una rival.

En el mismo tren en que salieron los señores de B., á quienes todo el mundo despidió, incluso el conde de Sotomayor, que fué para que no

se interpretase mal su ausencia, llegaron los condes de Lrca, acompañados de su hija Araceli y de Carlota Bago.

Fueron recibidos en triunfo, y Pepita Alcover alegróse mucho de aquella circunstancia que había hecho que sus amigas recibiesen al llegar una gratísima impresión.

Después de las presentaciones, volvieron todos desde la estación á la quinta, situada á cinco minutos de la estación.

Las cuatro amiguitas iban juntas y se comunicaban alegremente sus impresiones.

Pepita Alcover habló de Carlos Cazabán, el cual estaba ya en su poder, gracias á las mañas de que se había valido.

Aun le tenía, sin embargo, sufriendo, y aunque le había hecho esperar que su amor sería correspondido jugaba con él como con un poli hinela, temerosa de que se enorgulleciese demasiado.

—¿Y Rafael?—preguntó Carlota.

—En cuanto á ese, lo confieso francamente, no he logrado nada. Tal vez me perjudica el que es un un gran amigo de la familia, y no quiere abusar del predominio que le da su amistad. Sigue cariñoso y correcto conmigo,

pero nada más; ni una palabra, ni una mirada de amor.

La duquesita de Petri refirió sus aventuras, los medios de que se valía para tener sujeto á Sotomayor y todas rieron mucho al conocer lo sucedido la mañana anterior.

—Yo creo,—dijo Carlota,—que lo alejas con tus procedimientos.

—¿Por qué?

—Porque exigirle á un hombre las condiciones que tú exiges, creo que es demasiado. A más, Sotomayor no las tiene.

—No las tiene,—repuso Herminia,—pero como he logrado hacerme desear le obligaré á que me confiese lleno de contrición sus extravíos.

—Tendría que ver.

Todas se echaron á reir.

Después Carlota y la condesa de Luca aseguraron que nada habían conseguido, porque realmente no tuvieron ocasión de tratar con hombres en su viaje á Lourdes.

En esta conversación iban cuando se acercaron á ellas Carlos Cazabán, Sotomayor, Adolfo Escosura, heredero del marqués de Valdecides, y Rafael.

Entonces se entabló un tiroteo de piropos y frases ingeniosas y así llegaron á la quinta.

Cuando se separaron, Rafael preguntó á Sotomayor si conocía á Carlota sin que éste pudiera satisfacer su curiosidad porque tampoco la conocía.

Rafael había quedado encantado; Carlota era para él su verdadero ideal; alta, esbelta, elegante, rubia, soñadora, de tez pálida y actitudes de virgen melancólica... Si correspondía la inteligencia de la joven á su exterior, con seguridad que había de resultar incomparable.

Por su parte Rafael no había hecho mala impresión á Carlota. Sin saber por qué, desde que Pepita refirió la escena entre Rafael y Sotomayor había pensado en el primero con más frecuencia de lo que hubiese deseado.

Al verle le había parecido guapo y elegante.

Rafael, aunque emparentado con toda la nobleza de la corte no ostentaba título alguno.

Aquel mismo año había terminado la carrera de ingeniero, y esperaba conseguir por el estudio un puesto más brillante que el que ocupaban aquéllos parientes que podían ostentar un blasón en las portezuelas de sus carruajes.

Como era rico habíase pasado largas tempo-

radas en Bélgica y no había dejado de asistir á cuantos congresos se celebraron en Europa desde que empezó su carrera.

En la escuela de Ingenieros había dejado un gratísimo recuerdo entre los profesores que tenían á gran honra haber sacado un tan singular discípulo.

La simpatía naciente entre Carlota y Rafael fué acentuándose rápidamente según fueron pasando los días, y se empezaron á conocer más á fondo.

Pepita Alcover no se cansaba de recomendar á Carlota prudencia y de aconsejarle que usase de gran coquetería, si quería ver rendido á Rafael; pero Carlota no le hacía gran caso, y como el joven ingeniero le parecía cada vez más adorable, estaba resuelta á no hacerle sufrir y sobre todo á no engañarle.

Así un día en que se encontraron solos, y en que Rafael se empeñó en pintarle con vivos colores su amor, Carlota repuso:

—¿Está usted seguro de no haberse equivocado?

—Segurísimo.

—¿Y sabe usted quién soy yo?

—No he necesitado pedir informes para amarla locamente. Y si he de serle franco, na-

da me importa su origen, ni quienes puedan ser sus padres. La empecé á amar porque físicamente me parece usted la mujer más encantadora; después, conforme la he ido conociendo, cuando me he convencido de que es usted capaz de entenderme y de comprender la inmensidad de mi amor, no he podido resistir más, y aquí me tiene usted resuelto á todo; dispuesto á sufrir por su amor cuanto usted quiera hacerme sufrir, á obedecerla como el pequeño lo obedece á la madre, á hacer, en fin, méritos para que me ame usted de la misma manera que yo la amo, de tal modo, que yo lo constituya todo para usted como usted lo constituye todo para mí.

Se había acercado mucho á ella, que le escuchaba con atención profunda, experimentando un gran placer al oírle hablar de aquel modo.

—Antes de contestarle,—dijo Carlota,—quiero que sepa usted con quién trata, para que no pueda llamarse nunca á engaño.

—Le he dicho,—interrumpió Rafael,—que no necesito saberlo; que sea como fuere, la amo á usted.

—Es que quiero,—repuso Carlota—que á ese amor que me pinta con tan vivos colores se

una la dulce confianza que proporciona el conocimiento exacto de la persona amada. Me ve aquí, entre gente aristocrática y es menester que sepa que no soy aristócrata; alterno con los condes de Luca y la duquesita de Petri, pero no soy rica. Mis padres son unos pobres comerciantes que se han desvivido porque yo, su hija única, recibiese buena educación.

Esta ha sido la causa de que me encuentre con compañeras superiores á mí en categoría. Araceli de Luca me ha querido siempre mucho y ha honrado siempre mi modesta casa, para tener luego el pretexto de llevarme consigo en sus viajes durante el verano; hemos sido condiscipulas y confidentes; pero de hoy en adelante cambiarán las cosas. Ha terminado para nosotras el colegio, y cada una irá á pasar al lugar que le corresponde. Araceli de Luca, que es rica y noble, á brillar en un mundo que no admirará bastante su talento y sus virtudes, y yo, al lado de mis padres, á ayudarles á pasar lo más dulcemente posible su vejez.

Carlota Bago guardó silencio durante unos instantes; luego con una franqueza y una sencillez encantadora, agregó:

—Y ahora, tal vez me juzgará mal porque voy á hablar sin falsos rubores, haciendo caso

omiso de remilgos: Usted me dice que me ama y yo le contesto que le correspondo, que me ha parecido usted el hombre soñado, que creo que á su lado podré ser la mujer más feliz del mundo... Si es verdad que su amor hacia mi es grande como asegura, mi confesión le librárá del martirio de la incertidumbre; no quiero que padezca por mí un momento; pero, si sus palabras son fingidas, si no busca en mí más que el entretenimiento, le ruego encarecidamente que me deje en paz, un amor que empiece, cuando no es correspondido, no mata y hasta puede olvidarse; pero cuando se alienta con el engaño, la hora de la disilusión debe ser terrible.

Rafael había escuchado con creciente entusiasmo á la joven; jamás pudo pensar que hubiese una muchacha que supiese explicarse tan sensatamente.

Cuando terminó Carlota de hablar estaba tan conmovido, que sólo pudo decir arrodillándose á tiempo que cogía una de sus manos y la besaba con fervor:

—Es usted adorable; la adoro y la adoraré toda mi vida.

Dos días después Rafael se despedía de Carlota con ánimo de volver no bien hiciese una visita á los señores de Bago.

Llevaba una carta de su amada.

No bien llegó á la corte y se quitó el polvo del viaje, fué á ver á los padres de Carlota. Eran unos viejecitos muy simpáticos y amables que recibieron á Rafael con la sonrisa en los labios, primero, y con grandes transportes de alegría cuando éste les dijo:

—Vengo de la quinta de Alcover, donde he tenido el honor de saludar á los condes de Luca y de conocer á Carlota.

El señor Bago, muy conmovido, dijo á su esposa:

—Mira, mujer, lo que dice este señor: ¡ha conocido á nuestra hija y viene de verla!

—En efecto,—aseguró Rafael,—y ella es la que me ha encargado que los visite á ustedes y que les traiga esta carta.

Cogió la carta la señora; sus manos temblaban.

—¿Esta buena mi hija?—preguntó ansiosamente.

—¡Ah, sí! Nunca estuvo mejor.

—Trae, mujer y leeremos lo que nos dice.

—Pero, hombre, ¡delante de éste señor!

—Precisamente,—observó Rafael,—me ha recomendado mucho que la leyera delante de mí.

El señor Bago sacó las gafas, se las puso, y empezó á leer:

«Inolvidables y muy queridísimos papás: Ante todo recibid un millón de cariñosos abrazos y una nube de besos de esta hija que tanto os quiere.

«Y ahora, vaya un notición: ¡tengo novio!»

La madre abrió mucho los ojos; el padre levantó la cabeza perplejo y volvió á leer:

«¡Tengo novio! Lamento haber tomado, sin pedirles consejo, una determinación tan seria, pero, ¡estábamos tan lejos, que no había modo de que pudiéramos entendernos! Sin embargo, antes de que nadie lo sepa, antes de que pueda llegar á vuestros oídos quiero que lo sepáis por mí.

«¿Que quién es mi novio? preguntarle al dador de ésta, que él podrá explicároslo todo mejor que vuestra dichosa hija

Carlota.

«P. D. Muchos recuerdos de los condes de Luca y besos de Araceli.»

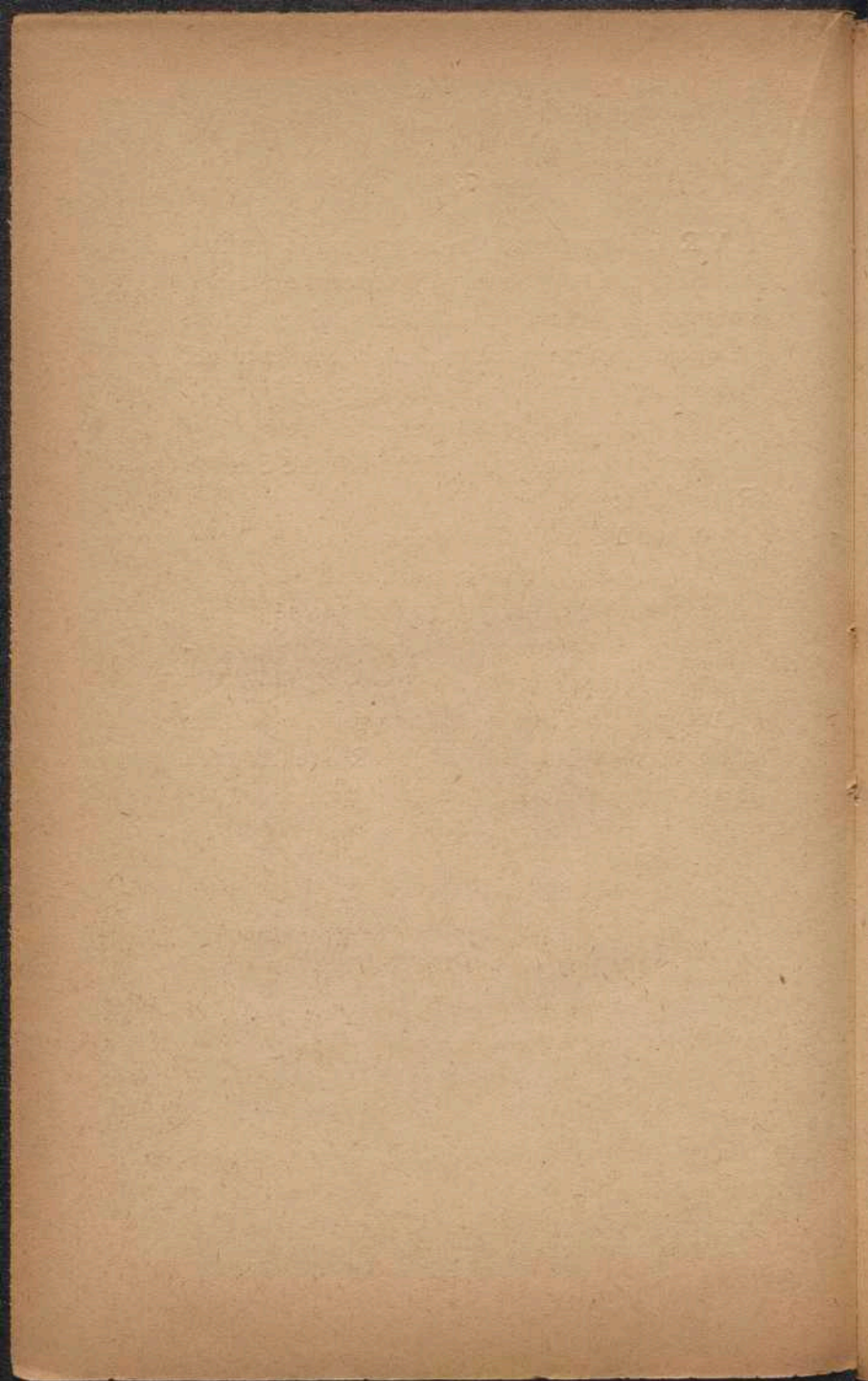
La señora de Bago no acababa de salir de su sorpresa y miraba á Rafael atentamente como esperando á que explicase aquel enigma.

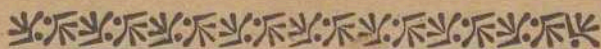
Y Rafael entonces habló, y habló tanto y tan bien, que los pobres viejos le contemplaban conmovidos, con la boca abierta, alegrándose de que un tan gran señor como debía ser aquél se enamorase tan locamente de su hija.

Pero cuando ya no pudieron resistir más y se echaron á llorar como chiquillos fué cuando Rafael dijo:

—Y por último, quiero que sepan que Carlota me ha exigido una condición; la de que no la separe de ustedes, y yo, que nada sé negarle vengo á preguntarles si tendrán inconveniente en tener dos hijos en lugar de uno.

Aquel día fué uno de los más felices para los pobres viejos, que no dejaron á Rafael hasta la hora en que salió el tren de la estación.





VII

Araceli de Luca fué una de las que más se alegraron de lo que le había ocurrido á Carlota Bago.

Rafael no tuvo inconveniente en decir á cuantos quisieron oírle que estaba resuelto á casarse con Carlota, y á partir de aquel momento, el elemento femenino que había reunido en la quinta de Alcover, hizo esfuerzos inauditos por atraerse al ingeniero.

La mujer, lo mismo que el hombre, tiene un especial placer en desbancar al que primero se presenta, pero dicho sea en honor de la constancia de Rafael, nada consiguieron en aquella ocasión.

De las cuatro amigas, tres contaban con su cortejo seguro, habían encontrado lo que buscaban, por más que lo que en Carlota era un hecho, en Pepita Alcover y en la duquesita de Petri era problemático.

Habíanse enfrascado en un juego en el que llevaban la mejor parte, pero tanto podían tirar de la cuerda que ésta podía muy bien romperse.

Sólo faltaba que la condesita de Luca consiguiera el propósito que se marcaron en el colegio.

Adolfo Escosura, heredero del marqués de Valdecides, era un muchacho muy simpático, pero caprichoso y voluble como una mariposa.

A la llegada de Araceli empezó á rondarla buscando una ocasión de acercársele.

Lo condesita de Luca, afable, dulce, angelical, que había sabido lo admirablemente que consiguió Carlota entusiasmar á Rafael, no supo resistir á la seducción, y el primer día en que Adolfo le habló apasionadamente, pintándole un amor que no podía ser más entusiasta, á juzgar por los vivos colores con que supo pintarlo, la delicada niña le contestó que le correspondía cumplidamente y que jamás pensó que se pudiera amar como ella le amaba, sin querer y sin proponérselo.

Pero no todos los hombres son iguales, y así como la franqueza y sencillez de Carlota Bago cautivó á Rafael, así esa misma sencillez y franqueza llenó de orgullo á Adolfo, que con-

siderando su conquista segura, no quiso perder la ocasión que se le presentaba de divertirse con unas y con otras en la quinta de Alcover.

Resultado de esto fué que la condesita de Luca empezó á sufrir los inmensos dolores que ocasionan los celos y la seguridad del desamor.

Aquel día Araceli se levantó muy preocupada: había pasado la noche en vela pensando en la conducta de Adolfo antes tan rendido y apasionado, y después cuando se atrevió á confesarle que le amaba y que por él sería capaz de los mayores desatinos, tan alejado como si realmente nada le importara ella que tanto le quería.

No podía comprender tan repentino cambio. Había seguido los consejos de Carlota que le dijo que si no quería ver desesperado al joven debía de contestarle en seguida afirmativamente puesto que realmente le amaba.

Por eso, con una ingenuidad encantadora le había abierto su corazón y dejándole leer hasta en el fondo de su pensamiento.

Queriéndole con toda su alma no podía consentir que sufriera la menor contrariedad. ¿Por qué no evitarle al ser amado la agonía de

la incertidumbre, cuando tan poco trabajo le costaba?

Carlota había tenido razón, asegurando que lo que menos puede hacer una mujer por el hombre amado es librarle de penosas incertidumbres.

Sin embargo, era evidente que aquel no resultaba el mejor camino para hacerse desear.

¿Tendría razón la traviesa Pepita Alcover? ¿Habría que tratar á los hombres con despego para dominarlos?

Se perdía en un mar de dudas.

Carlota había conseguido ser adorada por Rafael por el procedimiento contrario, esto es, por el de las concesiones rápidas.

No cabía dudar que lo había conquistado para siempre, porque Rafael manifestaba bien á las claras su pasión y no cabía dudar de sus intenciones, ya que había procedido correctamente y con un entusiasmo que ponía de manifiesto su amor.

El viaje que acababa de hacer á la corte para poner en conocimiento de los señores de Bago su deseo de que le concediesen á su hija, lo que batalló para conseguir que su madre, noble y orgullosa diese un paso serio en público confesando que no bien terminara el vera-

neo iría á pedir la mano de Carlota para su hijo, el alejamiento mismo de Rafael, que paseaba solo cuando no podía hacerlo con su amada, demostraba claramente que Carlota, no haciéndole sufrir los dolores de la incertidumbre había obrado bien.

Por eso, sin duda, aconsejó á Araceli que no hiciese sufrir al marqués Adolfo, y la condesita de Luca, ingenua y angelical, enamorada del arrogante muchacho desde la primera vez que le vió, no supo resistir á las primeras insinuaciones, confesó al marqués que le amaba y que se sentía atraída hacia él por fuerza irresistible.

Araceli se deslizó de la cama suavemente, se chapuzó la cara y como tenía la seguridad de no encontrar á nadie tan de mañana, atavióse sencillamente y bajó al jardín.

Tenía deseos de encontrarse sola, en medio de la Naturaleza para entregarse de lleno á sus meditaciones.

Caminaba por una de las frondosas alamedas, cuando vió que se dirigía hacia ella, corriendo como una muchacha, Pepita Alcover, que, había madrugado más que Araceli, aunque no por preocupaciones amorosas pues tenía suyo y muy suyo al diplomático Cazabán ca-

da vez más metido en una aventura que no acabaría sino en el altar.

— ¡Qué madrugadora! — exclamó la traviesa niña abrazando y besando á Araceli.

Luego, fijándose en que la condesita de Luca estaba pálida y no podía disimular su tristeza agregó:

— ¡Calla! ¿A qué adivino lo que te ha hecho madrugar?

— ¿Sí? — preguntó Araceli intentando sonreír.

— Vamos á cuentas: si adivino, ¿me confesarás la verdad?

La de Luca se puso muy encarnada temerosa de que aquel diablillo de ojos chispeantes fuese capaz de leer en su pensamiento, y lo que era peor, adivinase la causa de sus dolores.

Conocía que la de Alcover era demasiado superficial para confidente y no quería abrirle su corazón á una muchacha que indudablemente había de reírse de sus penas.

Pepita debió leer en su pensamiento porque dijo:

— Vamos á ver: ¿No me contestas?

— Pero, hija mía, si el que yó madrugue no tiene nada de particular: todas las mañanas

me levanto á la misma hora; sólo que no suelo salir de mi habitación.

La de Alcover permaneció un rato pensativa.

Luego levantó la cabeza como quien acaba de tomar una resolución, y pasando su brazo por el de su amiga, dijo:

—Paseemos; la brisa de la mañana es, sin duda, el remedio mejor para los que han pasado la noche desveladas por el amor, y los consejos de una buena amiga pueden ser mejor comprendidos cuando la soledad y el encanto de la Naturaleza nos rodea.

Se había puesto tan seria, que estaba desconocida.

Araceli la miró con sorpresa; nunca la había visto tan formal.

Caminaban lentamente como viejos que necesitan hacer economía de fuerzas.

Guardaron silencio: Araceli encerrada en su reserva; Pepita como para reconcentrar bien las ideas que quería explicar.

—¿Hablemos? —preguntó, levantando resueltamente la cabeza.

—Hablemos —,repuso la condesita de Luca como un eco.

—Pues bien; remontémonos un poco y diser-

Arte buscar marido, —6

temos detenidamente sobre nuestros tiempos de colegiala.

—Como quieras,—dijo Araceli, no adivinándole á dónde quería ir á parar su amiga.

—He de decirte, en primer lugar, que mi cariño hacia tí es mucho mayor de lo que tú puedes figurarte.

—Nunca he dudado de él,—se creyó en la obligación de contestar la condesita.

—Durante nuestra vida de colegialas, yo, que parece que en nada me fijó, he estudiado profundamente á mis compañeras y á cada una le he dado un puesto en mi corazón según sus merecimientos. De este estudio tenía que resultar necesariamente una predilección, una amiga más entrañablemente querida que las demás. uno de esos ángeles pensando en los cuales dice una: «Si algún día me encuentro en circunstancias difíciles, si las penas hacen nido en mi corazón, ya sé á quién he de acudir para que lllore conmigo, me consuele y me aconseje; ya sé quién llorará mis sinsabores, los considerará como suyos y me dará remedio para ellos.» ¿No te ha ocurrido nunca pensar que podías estar triste? Y en ese caso, ¿no buscaste en tu imaginación quién de entre tus amigas podría consolarte?

Araceli algo conmovida, pero sonriente repuso:

—Confieso que no he sido tan previsora como tú.

—Pues yo sí lo he sido, y ¿á qué no adivinas á quién me acercaría en mis aflicciones?

—No, no lo adivino.

—Pues me acercaría á ti—afirmó con ímpetu enternecedor Pepita Alcover.—Y me acercaría á ti y no á otra, porque tú eres la predilecta, la más querida, la más angelical, la más dulce de todas. Sí, sí; eres tú la que por tus merecimientos ocupas el primer lugar en mi corazón; por tí sería capaz hasta del sacrificio. Por eso, siendo tan traviesa, teniendo una fama muy poco recomendable en cuanto á sentimientos, en nuestros tiempos de colegialas me reía de todas, á todas les buscaba el flaco deseando ponerlas en ridículo, á todas les daba bromas, algunas veces excesivamente pesadas, lo confieso, pero á ti jamás te dí ninguna; vera por que estaba segura de que tú, tan buena, tan santa, tan angelical, no hubieses hecho nada por defenderte.

Araceli de Luca, conmovida en grado sumo por aquella confesión de amistad sincera, recordaba efectivamente que Pepita Alcover no

la hizo jamás objeto de sus burlas y que siempre se había portado bien con ella.

No pudo contener sus lágrimas y abrazando y besando á la locuela, apasionadamente le dijo:

—Te creo, amiga mía, te creo; pero estate segura también de lo inmensamente que te quiero y de que jamás recurrirás á mí en balde.

Permanecieron largo rato abrazadas, llenas de emoción profundísima, experimentando un placer inmenso y purísimo, como no lo habían experimentando nunca. A Araceli le hubiese costado trabajo figurarse que Pepita fuese así, tan seria, tan formal, tan amorosa; sus recelos habían desaparecido completamente y tenía ganas de confesarse con ella, de decirle sus temores y manifestarle sus congojas.

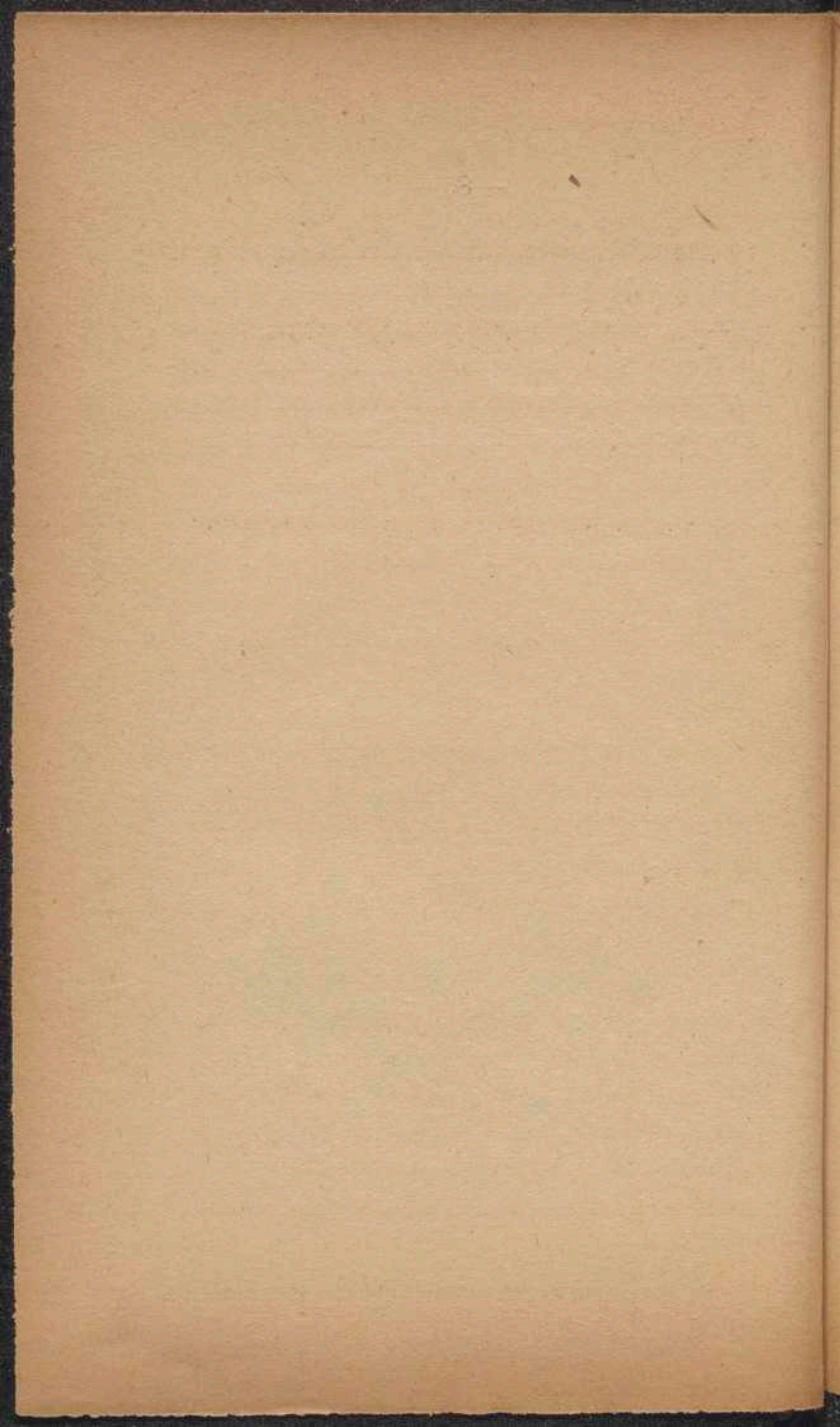
Algo repuestas de la emoción sufrida, la de Alcover empezó á hablar de nuevo y continuaron su paseo.

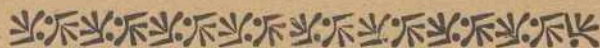
Sobre sus cebezas pasó una bandada de palomas; los gilgueros cruzaban el espacio cantando; los primeros rayos del sol herían de soslayo la copa de los árboles, dorándolos.

Las dos amigas continuaron hasta el hermo-

so estanque donde nadaban dos cisnes blancos con el cuello y la cabeza negros.

Allí se sentaron en un banco, protegido por la fresca y ligera sombra de un sauce, y prosiguieron su conversación arrullada por los gratos ruidos del despertar de la Naturaleza.





VIII

—¿Cómo he de querer cuando te amo tanto que ahora seas desgraciada? Estás en mi casa, eres mi huesped; ha y doble motivo para que yo desee verte feliz.

—Gracias, amiga mía, gracias; no puedes calcular cuanto te agradezco tus buenos deseos.

—Pues hablemos con franqueza; tú estás triste porque estás enamorada.

Araceli de Luca miró á su amiga ruborizándose, pero no tuvo fuerzas para negar.

—Es verdad,—suspiró.

—Has creído,—prosiguió Pepita,—que todos los hombres eran como Rafael, cuando precisamente Rafael constituye una verdadera excepción; y entre los consejos de Carlota, soñadora que desconoce la vida, y el resultado que ésta obtuvo con su franqueza no has hecho luchar á Adolfo; le has declarado á las primeras

de cambio, que le amabas con toda tu alma, y él, convencido de que te tendrá segura en el momento que quiera, se ríe de tí, y va detrás de las señoras casadas, que son jóvenes y bonitas, para divertirse con ellas, mientras te despedaza el corazón.

Araceli se echó á llorar y confesó. Efectivamente era verdad cuanto Pepita decía; estaba sufriendo lo indecible con la conducta de Adolfo á quien había llegado á querer con toda su alma, y á quien quería muchísimo más desde que le veía alejado y retraído.

—En mi interior,—agregó,—hago constantemente propósitos de despreciarle, de no volver á dirigirle la palabra; de demostrarle que nada me importa. Pero cuando voy á poner en práctica mi propósito, me vence con sus palabras dulces, dándome por un momento la seguridad de que sólo á mí me quiere, pero, luego, cuando le veo seguir á una y á otra como mariposa, cuando pasa por mi lado sin mirarme hablando quedamente con otra, tal vez diciéndole palabras de amor, entonces me parece que se desgarrá mi corazón y que el alma quiere salirse del cuerpo.

Lloraba al decir ésto desconsoladamente, lamentando haber puesto los ojos en aquel in-

grato que no le correspondía con la pasión que ella necesitaba.

Frente á ellas el gran lago sonreía; la brisa murmuraba en los árboles cosas deliciosas, las montañas aparecían doradas por los primeros rayos del sol.

Era un espectáculo soberbio el de aquel amanecer, poético y dulce.

Pepita Alcover, recogióse en sí misma unos momentos y después levantando la cabeza, y sonriendo como sonreía el lago, como sonreía la aurora, dijo resueltamente:

—¿Quieres que todo esto tenga un remedio?

—¿Pues, no he de quererlo si no vivo?

—Jura que harás caso de cuanto te digo.

—Lo juro.

—Pues bien; desde este momento has de tratar á Adolfo como si no lo conocieras, ó mejor dicho, como si lo odiaras, pero no has de estar triste, ni debes demostrar una alegría que muestre tu despecho.

—No sé, no sé si podré, —suspiró Araceli.

—Si podrás, porque yo te lo mando. A más, no va á ser eso sólo, es decir, no bastará con que te muestres indiferente y hasta despreciativa con él, sino que has de darle celos, si quieres verle rendido. .

—¡Darle celos! ¿Y con quién?

—Con todos y con ninguno al principio, luego con una persona de mi confianza.

—Pero...

—Estoy segura de que cuando te vea coquear se alarmará un poquito, y que cuando crea que puede llegar á perderte, lo tendrás más rendido que nunca.

—¿Sí?—preguntó Araceli contenta.

—Como lo oyes; sólo que entonces tendrás que obrar con picardía. Empieza por negarle citas, por hablarle con despego, como si nada te importase.

El procedimiento recomendado por Pepita Alcover, empezó á dar resultados aquella misma noche.

Hasta aquel día no se había bailado en la quinta, y la joven preparó un baile para después de cenar.

Se dió cuenta del programa en la mesa y antes de que sirviesen los postres, la condesita de Luca tenía comprometidos tres ó cuatro números del programa.

El futuro marqués de Valdecides, como hombre que está seguro de tener pareja no se dió prisa. Creía poder afirmar que Araceli no se

comprometería con nadie sin su consentimiento.

Por eso su sorpresa fué grande al ver que no bien preludió el primer vals, la condesita de Luca paseaba por el salón conversando animadamente apoyada en el brazo de Cazabán.

No era el momento de pedir explicaciones y no las pidió, pero no bien Araceli fué á ocupar su puesto se acercó:

—¿Bailarás conmigo el rigodón siguiente?

Araceli procurando hacer de tripas corazón, dijo con firmeza.

—Gracias, le tengo comprometido.

—¿Y el vals?

—También.

En aquel momento Pepita Alcover, temerosa de que su amiga flaquease, se acercó á ellos, hablando con volubilidad de asuntos que maldito el interés que tenían.

Adolfo se mordió los labios con coraje y de buena gana hubiese despedido con cajas destempladas á la dueña de la casa.

Sin embargo, pudo contenerse y saludó á Pepita.

Luego, con manifiesta ironía, inclinándose ante Araceli, preguntó:

—¿Y no me será permitido bailar con usted esta noche?

— Me temo que no; ha llegado demasiado tarde y tengo comprometidas hasta las piezas que toquen de plus.

Adolfo saludó profundamente á Pepita Alcover, y sin mirar siquiera á la condesita de Luca se alejó de ellas, sin poder disimular su despecho.

Y lo que más rabia le dió fué que mientras se alejaba creyó escuchar risas mal disimuladas.

Aquel golpe dado á su orgullo por Araceli, á la que creía una niña inocente y sufrida le contrarió vivamente.

Pasó un rato pensativo, pesaroso, sin querérselo confesar á sí mismo. Luego encogiéndose de hombros, dijo desdeñosamente:

—¡La estúpida! Con seguridad que ha querido darme celos... Pues se va á llevar chasco.

Hizo esfuerzos sobrehumanos para mantenerse alegre y decidior toda la noche, consiguiéndolo en parte, pero para los que conocían la causa de su excitación veían en ella el despecho mal disimulado.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!—dijo Pepita Alcover, cuando se quedaron solas; lo que es

Adolfo pensará en ti esta noche mucho más de lo que ha pensado en su vida.

—¿Lo crees así?

—Sí, hija mía, sí; estaba acostumbrado á encontrarlo todo fácil y por eso se reía de ti. De hoy en adelante lo tendrás más sumido si sigues mis consejos.

Entretanto la duquesita de Petri paseaba por el salón llevando á Sotomayor como en triunfo.

Le había concedido como un gran favor unos lanceros y un vals y continuaba envolviéndole en sus redes de tal modo que ya era imposible que se le escapase.

Herminia le dejaba hablar escuchando como adormecida sus dulces palabras y suspirando de vez en cuando, como próxima á rendirse.

—¡Ay, conde, conde; haga usted cuanto pueda por librarme de desconfianzas; á ratos, me parece que le quiero y creo que me habla con el corazón en la mano... pero en seguida me acosa la duda y pienso: «¡A cuántas mujeres le habrá dicho las mismas palabras y hecho los mismos juramentos!» Y entonces me figuro que de mí á usted no puede haber más correspondencia que la de una amistad desinteresada.

Apretándole cada vez más, logró por fin conseguir lo que se proponía.

Sotomayor confesó de plano, asegurando que estaba arrepentido de sus extravíos pasados que le alejaban de la duquesita, ya que ella tenía tan alto ideal.

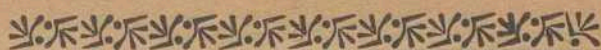
Le juró fervorosamente que le guardaría fidelidad eterna.

Herminia cediendo por cálculo poco á poco, acabó por asegurarle que le amaba, pero que en forma alguna consentiría en dar principio á unas relaciones que no hubiera autorizado el duque de Petri.

Sotomayor comprendió que estaba cogido por completo, pero había llegado á amar tanto aquella niña traviesa y orgullosa que se consideraba satisfecho con poder ser su esclavo.

Así no tuvo inconveniente en emprender un viaje para conocer al viejo duque, ir á presentarle sus respetos y á pedirle la mano de su hija.

Faltaban pocos días para terminar el verano y como los señores de Alcover habían de acompañar á Herminia á su casa solariega, convinieron que los acompañaría el conde de Sotomayor.



IX

Adolfo Escosura empezó á sufrir. Primero, herido en su amor propio, pretendió despreciar á Araceli, pero sus propósitos fueron vanos.

Desde el día en que empezó á notar que la condesita de Luca se alejaba de él, encontrá-bala más adorable, y cuando la creyó perdida por completo empezó á estar taciturno, cesó de hacer locuras y de fingir alegrías y suspiró como el más desdichado de los tenorios.

Un día, perdido el tino, deseoso de que acabasen las incertidumbres que le mataban, se acercó á Araceli, para suplicarle que le perdonase.

—¿Perdonarle? —preguntó la niña.

—Sí.

—¿Pero está usted seguro de haberme ofendido?

Guardó unos instantes de silencio como si to-

davía dudase, y al fin empezó diciendo con energía:

—Sí, Araceli, sí; la he ofendido posponiéndola á las demás; he sido orgulloso y estoy pagando bien caro mi orgullo.

—Está usted diciendo cosas que no entiendo; habla usted de haberme pospuesto y no adivino lo que quiere decir.

—Me explicaré mejor, — dijo suspirando Adolfo, — ya que usted no me entiende ó no quiere entenderme. Cuando llegó usted á la quinta sentí por usted un amor profundo.

Sonrió Araceli para responder:

—Sí, ya me lo dijo.

—Amor, — prosiguió diciendo Adolfo, — en que no ha creído nunca.

Araceli hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Después, irguiéndose con resolución, de que nadie la hubiera creído capaz agregó:

—Vamos á cuentas. Soy muy franca y quiero quitarle un trabajo: el de darme una explicación, y el de que pasemos el tiempo en di-
mes y diretes.

Le miró de arriba abajo sin desdén, pero con firmeza, y prosiguió:

—Empecemos por el principio. Cuando lle-

gué á la quinta de Alcover, usted se enamoró de mí, no por las gracias ó dones que puedan adornarme, sino por novelería.

—¡Araceli..!

—Le ruego que no me interrumpa. Mi conquista le pareció cosa nueva, algo con que podía usted engalanarse y pavonearse, y enseguida, tras los preliminares propios del caso, me habló de amor, dando á su acento todos los visos posibles de la verdad.

Adolfo Escosura la miraba fijamente, extrañado de encontrar tanta energía en tan cándida joven, á quien llegó á figurarse que podría dominar á su antojo.

—Yo,—prosiguió Araceli, —acababa de salir del colegio y no había cambiado hasta entonces cinco frases seguidas con un hombre. Me pareció usted simpático y amable, y con inocente ingenuidad se lo dije. ¿No es así?

—En efecto,—aseguró el marqués de Valdecides, que empezaba á experimentar viva inquietud.

—A más,—agregó la condesita de Luca,—usted juró y perjuró que me amaba con todas las fuerzas de su sér; me suplicó de rodillas que le amase, asegurando y jurando que sería el más

Arte buscar marido,—7

desgraciado de los hombres si no se veía correspondido por mí. ¿No es así como usted se expresaba?

—Sí, sí,—afirmó calurosamente Adolfo,—y así me expresaría ahora...

—Déjeme concluir,—interrumpió Araceli, que en vista de que los consejos de Pepita Alcover daban buen resultado representaba á maravilla su papel;—quiero que quedemos ahora entendidos para siempre, ó mejor dicho, que después de nuestra conversación no tengamos que pedirnos explicaciones.

—Hable usted; espero con ansiedad sus palabras, con la misma ansiedad con que el condenado á muerte aguarda su indulto.

Sonrió Araceli al oírle expresarse así y dijo:

—No he olvidado nada, por consiguiente, me acuerdo de que esas fueron las mismas palabras que me dijo usted el día en que me declaró su amor. Al escucharlas experimenté una conmiseración infinita. No estaba ligada á nadie; mi corazón era libre y podía disponer de mi persona sin faltar á nadie. Con ingenuidad candorosa creí que todo lo que me decía era verdad; ya le he dicho que me resultó usted simpático y amable, y para que no sufriera

quise darle la seguridad de mi amor. Empecé, pues, á amarle por lástima.

Adolfo Escosura se puso muy encarnado; no podía esperar una confesión tan humillante para él; creía haberse reído de Araceli y era Araceli la que de él se reía.

Y lo que le dejaba inconsolable, era que ni en las palabras ni en la entonación de la condesita se notaba el despecho; con la misma ingenuidad con que le había dicho que le amaba, le aseguraba que aquel amor que fué su orgullo de un momento había sido motivado por un sentimiento de compasión.

—Después,—prosiguió Araceli,—vi que me había engañado; que su pasión no era tan grande como usted la pintaba y que para que su vida fuese alegre y dichosa no necesitaba de mí para nada. Esto no me produjo gran desilusión, porque pensándolo bien no estaba enamorada de usted. Lo único que me juré fué ser más prudente en adelante y no hacer caso de lo que me dijeran por galantería. Luego, ya sabe usted lo que ha pasado; he hecho cuanto me fué posible por demostrarle que su amor no me importaba nada; que no sufría con su alejamiento. Y habrá usted notado que no le dí nunca quejas. Eso ha sido todo. Yo le perdo-

no su ligereza y espero que no por ella dejemos de ser buenos amigos, pero nada más que amigos; pues estoy convencida de que la hora del amor no ha sonado para mí y de que no es usted el ideal con que yo había soñado.

Adolfo Escosura se vió cogido como no pudo imaginarlo nunca; creyó que Araceli decía la verdad y todas sus ilusiones de conquistador cayeron al suelo.

Acababa de ser vencido por aquella niña llena de inocencia, y desde aquel momento puso todo su empeño en ganarse la voluntad que había perdido.

A partir de este día estuvo extremoso con la condesita de Luca y procuraba no separarse de ella.

Pepita Alcover estaba radiante al ver el triunfo obtenido por Araceli que seguía recibiendo y poniendo en práctica su consejo.



Algunos días antes de acabar el veraneo, los nobles condes de Luca llamaron á Araceli.

Al entrar en la habitación vió á Adolfo Escosura, y sospechando para lo que la llamaban se puro en guardia.

Cambiados los saludos de etiqueta, el conde, con voz conmovida, dijo:

—Araceli, hija mía; el caballero Adolfo de la Escosura, heredero del marquesado de Valdecides, es un hombre de honor de quien no dudo que sabrá sostener siempre como es debido, la dignidad de su casa.

La condesita se inclinó sonriendo al ver la actitud correcta y respetuosa con que Adolfo escuchaba las palabras del conde.

Este prosiguió:

—Pues bien, hija mía; este caballero acaba de dispensarnos el honor de pedir tu mano.

Araceli fué á colocarse al lado de su mamá á quien abrazó y besó tiernamente. Después, con un desparpajo encantador, dijo:

—Siempre acataré la voluntad de mis padres como corresponde á una hija amorosa y obediente, pero antes de contestar, deseo saber lo que ustedes responden.

—He contestado, que, siendo nuestra única hija, no queremos en modo alguno imponerte nuestra voluntad; así es que tú eres la que debes contestar.

La condesa contemplaba á su hija con los ojos muy abiertos y todos parecían pendientes de sus labios.

Araceli, después de unos momentos en que pareció meditar, dijo:

—Pues bien, caballero Adolfo; puesto que á mí metoca decidir, le diré: Me parece usted simpático y amable (creo que ésto ya se lo he dicho en una ocasión) estoy en la seguridad de que puede usted hacer la felicidad de la más exigente, porque es noble, inteligente, elegante, joven y rico. Ahora no necesita usted más que demostrar con hechos que podrá hacer mi felicidad. Yo he de verlo y le prometo, que hasta que no le dé una contestación definitiva, que dependerá de su conducta para conmigo, me consideraré comprometida con usted y no daré oídos á palabras de amor que no me dirija usted.

Tendió la mano, que Adolfo estrechó vivamente diciendo:

—Gracias, Araceli, por la esperanza que me da; procuraré hacerme digno de su amor.

—Y yo le agradeceré sus esfuerzos como le agradezco con toda el alma el paso que acaba de dar.

Con emoción profunda, Adolfo Escosura sacó un estuche y de él una primorosa y artística sortija de brillantes, que ofreció á Araceli diciéndole:

—Esta, entre todas las alhajas del mundo es la que más quiero, porque perteneció á mi santa madre. Se la ofrezco como prenda y en recuerdo de esta fecha memorable.

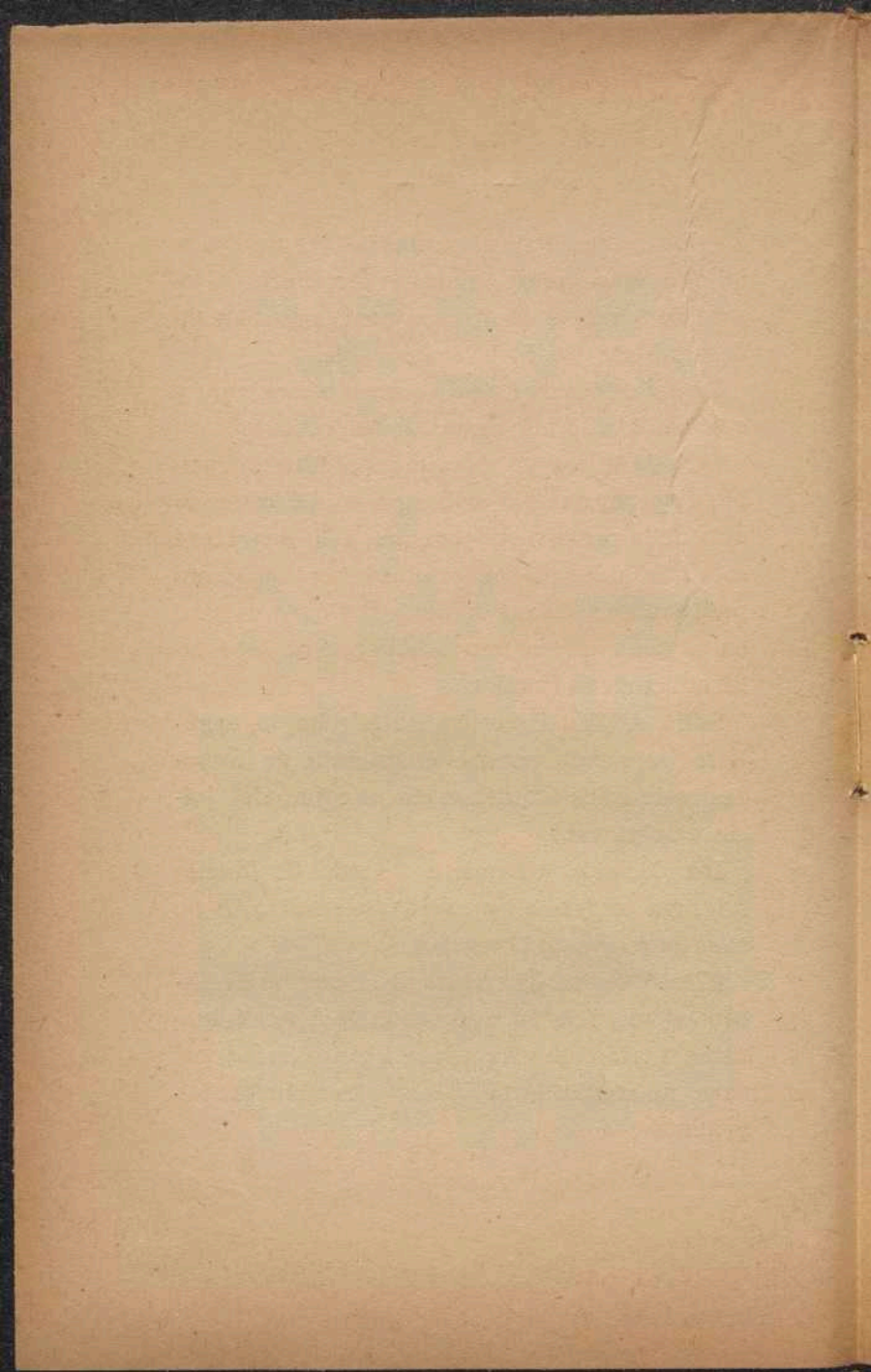
La condesita de Luca la aceptó sonriente y colocándola en uno de sus dedos, repuso:

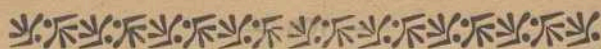
—Nada le doy yo, porque no es esto un cambio de promesas! sin embargo, en los primeros días de la primavera próxima ó le devolveré está haciendo mi emisario al señor conde, [mi padre, ó le mandaré la mía, esta que ve usted en mi dedo, que es una alhaja que no debe salir nunca de la familia.

Salió Adolfo Escosura satisfecho, no orgulloso, pero cada vez más enamorado de la condesita de Luca á quien creía el colmo del juicio y del talento.

Iba decidido á ganarse el amor de aquella criatura angelical y divina y resuelto á no caer de nuevo en las andadas.

¡Cómo se hubiera reído de sí mismo de haber podido leer en el corazón de Araceli, que había tenido que hacer soberanos esfuerzos para no arrodillarse á sus piés dándole las gracias!





X

En la casa solariega del duque de Petri notábase bullicio desusado.

El duque, de mal humor, como viejo á quien sacan del carril de sus costumbres sedentarias, daba órdenes y contraórdenes, pero como eran pocos á obedecerle, las cosas se hacían con lentitud tal que al duque le parecía irritante.

Eran los primeros días de Octubre.

El destartelado caserón tenía un aspecto sombrío, y por más reformas que pretendían hacer en él dejaba mucho que desear.

Por fin, á fuerza de mucho trabajo y de revolver viejos arcones, logróse arreglar medianamente el comedor, un salón y las habitaciones que habían de ocupar los señores de Alcover.

Porque el ajetreo desusado que se notaba en

casa del duque de Petri habíalo producido una carta de Herminia en que anunciaba la llegada á aquel apartado rincón del reino, de los señores de Alcover que iban á acompañar á Herminia según lo convenido en Biarritz.

Lo que más intrigaba al viejo duque de Petri era una postdata en que su hija le decía:

«Es probable, que durante los días en que deben permanecer con nosotros los señores de Alcover y su hija, recibas la visita de un noble, el conde de Sotomayor, que va á solicitar de ti un favor. Espero lo arregles todo de la mejor manera para que la estancia en nuestra casa les resulte lo más agradable posible.»

Por más que daba vueltas en su cabeza, no podía acordarse del conde de Sotomayor.

Creía medio recordar que en Venecia, allá en la época de sus mocedades, le habían presentado al conde. Después habían pasado muchos años y no podía figurarse qué favor había de solicitar de él un señor que según todas sus cualidades, ya debía ser un viejo como él, achacoso é inútil. Ni siquiera pensó en que el de Sotomayor pudiera ser un joven que solicitase de él la mano de su hija.

Uno de los pensamientos que más turbaban al viejo duque era el de que Herminia iba á

encerrarse allí con él, perdida toda esperanza de porvenir y destinada á morir entre aquellas viejas paredes, sin disfrutar nada del mundo, cohibida por las exigencias de su clase y del noble abolengo de su familia y agoviada por la miseria.

Al pensar en la penuria en que se encontraba y en la miseria á que había condenado á su hija, lloraba experimentando horribles remordimientos que, le desvelaban por la noche torturándole sin piedad.

Hubiera vendido de buena gana su alma al demonio, si éste no la tuviese por muy suya, para no dejar á Herminia en tan horrorosa situación.

* * *

Cuando llegaron los señores de Alcover acompañando á Herminia, encontraron bastante que desear, pero, á fuer de gente discreta, manifestaron gran alegría siempre, y gracias á sus bondades, y al espíritu de tolerancia, lograron tranquilizar al duque, que algo cohibido y avergonzado se volvía todo disculpas, achacando á caprichos de viejo chiflado lo que en realidad no era otra cosa que falta de recursos.

Pepita Alcover y Herminia estaban alegres como pajarillos al sol y hacían proyectos para la nueva vida que, sin duda, había de empezar para ellas á partir del año próximo á lo más tardar.

La de Alcover había hecho á Carlos Caza-bán, más que su novio, su juguete y, ya le había hecho dar el paso de pedirla á sus padres, á cuya petición accedieron con mil amores los señores de Alcover que veían en el joven un gran partido para Pepita.

Las jóvenes recordaban que también estaban seriamente comprometidas la condesita de Luca y Carlota Bago, de quien se mostraba cada vez más enamorado Rafael, que quería casarse aquel mismo invierno.

La despedida de las cuatro amigas en la quinta de Alcover fué de lo más tierno y conmovedor que puede imaginarse. Todas prometieron escribirse con frecuencia para ponerse al tanto de los sucesos.

La condesita de Luca, profundamente agradecida á Pepita Alcover, la abrazó con entusiasmo rogándole que no permaneciese mucho tiempo con los duques de Petri, pues en aquella ocasión más que nunca necesitaba de los consejos de su traviesa amiga para acabar de

reinar por completo y exclusivamente en el corazón de Escosura.

El duque de Petri encontró tan amables á los señores de Alcover, que no hubiera querido separarse de ellos, pero los gastos que estaba realizando para portarse dignamente le quitaban la alegría, pues no dejaba de comprender que á semejante paso se vería obligado á gastar en muy pocos días lo que había de servirle para vivir un año.

Un día, impaciente al ver que tardaba en llegar el conde de Sotomayor, llamó á su hija.

—En tu última carta,—le dijo,—me anunciabas la visita de un señor de cuyo nombre apenas guardo memoria.

—La visita del conde de Sotomayor.

—En efecto.

—Pues bien; hoy precisamente pensaba hablarte de ello, porque vendrá á tomar el té con nosotros.

—¿Se quedará?—preguntó algo alarmado el duque, temeroso de que se aumentasen los gastos ya excesivos de su casa.

—No, papá; en todo caso, y por si llegais á un acuerdo, lo único que te ruego es que le demos hospedaje y cena esta noche, porque mañana volverá á Madrid con los señores de Alcover.

—Pero ¿dónde podremos hospedarle dignamente?

Es muy sencillo. Cédele tu habitación, que una noche se pasa de cualquier modo.

—¿Y qué quiere el conde de mí?

—Desea conocerte, ofrecerte sus respetos y pedirte mi mano.

—¿Pero si no recuerdo mal, el conde era mayor que yo?

—Sería su padre, que ya ha muerto; éste es un caballero, joven, gallardo y gentil.

El duque quedó pensativo; veía llegada la hora de una confesión franca y leal. Para todos podía escudarse en su orgullo, cubrir su miseria con la altanería más acabada; asegurar que su retraimiento era una chochez de viejo, pero para el que pretendía ser su hijo había que usar con una franqueza que realmente le aterrorizaba.

De repente le asaltó un temor tan grande que se puso pálido como un muerto.

Tal vez el conde había creído al enamorar á una duquesa, que de ella iba á redondear su fortuna, y si era así, veía deshecho el porvenir de su hija, porque si el de Sotomayor se había hecho ilusiones de encontrar riquezas ocultas

no querría casarse con una duquesa que casi se encontraba en el caso de pedir una limosna.

Herminia al ver á su padre tan preocupado preguntó:

—¿Qué te pasa, papá? ¿Es que no te alegra mi suerte?

¿Acaso no crees digno de mí al conde de Sotomayor?

—No es eso, hija mía, no es eso.

—Pues entonces...

—Es que pensaba.. en que cuando te cases, me quedará solo, es verdad, pero tendré el grandísimo y bienhechor alivio de saber que eres feliz.

El duque no se atrevió á decir nada y ocultó sus temores para no afligir á su pobre hija.

Mas la noticia que acababa de recibir le llenaba de miedo, y estaba angustiado.

¿Cómo era posible consentir en el casamiento de su hija sin dar á conocer á su futuro su ruina?

¿Y dónde tenía él fuerzas, viejo degenerado, para hacer una confesión vergonzosa y humillante delante de un extraño?

Prócuró tranquilizar á su hija y tranquilizarse él mismo.

—¿Dónde has conocido al conde de Sotomayor?—preguntó.

—En la quinta de Alcover.

—¿Y le amas?

—Sería gran hipocresía decirte que no.

* * *

La sencilla contestación de Herminia, que en otra ocasión le hubiese llenado de regocijo acabó por perturbar su espíritu.

El asunto se presentaba más grave de lo que él mismo hubiera deseado.

Por fortuna para él entró en aquel momento en el salón Pepita Alcover, que al sospechar que pudiera haber sido indiscreta, se puso muy encarnada y pidió perdón asegurando que iba en busca de Herminia y que no sospechaba que pudiera estar acompañada.

El duque aprovechó la ocasión para alejarse; dió un beso á la traviesa niña de Alcover, otro á su hija, y pretextando que tenía mucho que hacer, las dejó, encerrándose en sus habitaciones.

Quería estar solo, entregarse á sus tristes pensamientos, idear un modo de conjurar un peligro que veía próximo.

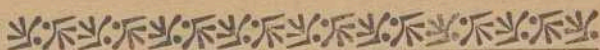
Lo que lamentaba más y le producía más dolor era el saber que Herminia amaba al conde, pues así suponía que caso de una ruptura de relaciones la duquesita había de sufrir horriblemente.

Permaneció encerrado hasta la hora de comer. A esa hora salió taciturno y vacilante como reo que espera su sentencia.

Sin embargo, en aquellas horas de soledad se había trazado una línea de conducta, que estaba resuelto á seguir, ocurriese lo que ocurriese.

Al pasar por la galería donde estaban los retratos de sus antepasados, una pléyade de Petri á quienes no faltó nunca el valor ni la riqueza, creyó angustiado que todos le increpaban duramente, por la vida miserable á que él mismo se había condenado, por la pobreza de su corazón, indigno de albergarse en un pecho noble y generoso.

Y el duque de Petri no tuvo valor para levantar los ojos durante su paso por aquella galería que encerraba el honor y el poderío de una raza que iba á morir cobardemente en él.



XI

Durante la comida esforzóse el duque en aparecêr tranquilo, y con la distinción que le era característica, hizo los honores de la mesa.

Alcover anunció que á la mañana siguiente marcharía á la corte donde le llamaban deberes políticos.

—Si la vida en esta casa,—dijo el duque de Petri,—fuese más divertida yo les rogaría que permaneciesen en ella durante el otoño; más esto es un desierto; aquí falta todo aquello que puede hacer la vida agradable, y por consiguiente sería sacrificarles exigirles que permaneciesen aquí haciendo compañía á un viejo que chochea y á una muchacha que desconoce la vida.

Alcover aseguró que allí se estaba muy bien y que había pensado siempre en un asilo tan

alejado de todo bullicio como el del duque para pasar tranquila y apaciblemente los últimos años de su vida. Invitó al duque y á su hija para que fuesen cuando lo desearan á Madrid, donde se esforzarían en que nada les faltasen y procurarían que les fuese grata su estancia en él.

—Agradezco con toda mi alma, —agregó el duque,—la hospitalidad que han dispensado á mi hija y las deferencias de que la hicieron objeto y les juro que estaré siempre agradecido á ellas.



Herminia entretanto esperaba con gran impaciencia la hora en que había de llegar Sotomayor.

Nunca había atravesado por trance tan crítico y temía que el duque su padre, echase á perder en un momento lo que ella había preparado con tanto trabajo.

Por fin, á las cinco, la bocina de un automóvil vino á turbar el silencio que reinaba en los alrededores de la casa.

Herminia y Pepita Alcover asomaronse vivamente al balcón y fueron las primeras en ver y saludar al conde de Sotomayor.

Este bajó ágilmente del automóvil y entró en la casa saludando cortésmente con la sonrisa en los labios.

En la primer antecámara se encontró con el duque de Petri acompañado de los señores de Alcover que le esperaban y que le hicieron la presentación.

Pepita y Herminia tardaron poco en llegar, saludándole como antiguo amigo, la duquesita le agradeció con una mirada cariñosa y con un fuerte apretón de manos el que hubiese cumplido su palabra.

Estaba muy contenta y agradecida, pero no pudo evitar ponerse muy encarnada.

Pasaron todos á un saloncito, donde les sirvieron un té con pastas.

El duque miraba fijamente á Sotomayor, encontrándole joven, hermoso y gallardo, y figurándosele capaz de hacer la felicidad de una mujer.

Sin embargo, y quizá por eso mismo, temblaba.

El conde, como quien lleva prisa, no tardó en hacer su petición.

—No tengo á nadie que me represente,—dijo,—pero estoy seguro de que mis buenos y antiguos amigos los señores de Alcover á quie-

nes tantas atenciones debo me abonarán. Por eso no tengo inconveniente en decirle á usted, señor duque, delante de ellos, á qué se debe mi presencia aquí.

Todos guardaron religioso silencio y se dispusieron á escuchar.

El duque, sin poder disimular su emoción, dijo:

—Hable usted, querido conde, y esté seguro de que mi deseo es el de complacerle lo más cumplidamente posible.

—Mi petición es bien sencilla, aunque aparezca grave. Desde que tuve la fortuna de conocer á la duquesita de Petri, quedé locamente enamorado de ella. A fuerza de constancia creo haber logrado no serle indiferente y me propongo hacerme amar. Yo sé que el paso que doy está muy fuera de las costumbres establecidas entra la antigua nobleza. Antes el amor se consideraba como algo secundario, se hacía una alianza entre dos familias y los padres solían disponer á su antojo de la suerte futura de sus hijos. Pero los tiempos cambian; el amor, que rinde y avasalla los corazones, ha llegado á ocupar el primer lugar y en nombre del amor vengo humildemente, señor duque, á pedirle la mano de su hija Herminia, con la

que quisiera llegar á la alta y noble dignidad de esposo y padre.

Todos estaban conmovidos oyendo las palabras de Sotomayor, cariñosas, francas y sencillas.

El duque de Petri se había puesto pálido; guardó silencio durante un gran rato, y acabó por decir con voz solemne:

—Conde: creo en la nobleza de su corazón y encuentro intachable su modo de conducirse en una cuestión que, no obstante su sencillez, es delicadísima. Sé que en estos tiempos poco puede la voluntad de un padre para oponerse al amor de sus hijos; las cosas han cambiado mucho efectivamente, en beneficio de la felicidad humana... No le agradeceré nunca bastante el paso que acaba de dar, y con el cual, tanto mi hija como yo nos consideramos honrados en grado sumo, pero me permitirá usted que le pida un poco tiempo para contestarle y que retrase usted mismo su petición para más adelante. No voy hacerle esperar mucho, pues soy amigo de dilucidar las cuestiones con rapidez. Esta noche mismo quedará todo resuelto cuando le haya dicho á usted muchas cosas que tengo que decirle. Ahora, permítame que demos el paseo acostumbrado con estos seño-

res; espero que honre nuestra mesa y nuestra casa esta noche.

El tono con que había hablado el duque de Petri era tal, que no había lugar á replica; así es que todo se hizo según él lo deseaba.

* * *

Durante el paseo hablaron de cosas indiferentes; pero tanto Sotomayor como Herminia estaban intranquilos y sentían como si una desgracia se cerniese sobre sus cabezas.

El paseo fué corto porque el tiempo amenazaba lluvia.

A la vuelta, mientras Herminia y las señoras de Alcover pasaban al salón, el duque, con pretexto de enseñar al conde de Sotomayor sus habitaciones, entró con él en su despacho.

Tomaron asiento, y colocados uno enfrente del otro permanecieron silenciosos largo rato.

El duque de Petri parecía sumido en una meditación dolorosa y Sotomayor le contemplaba sintiendo por él una conmiseración infinita.

Hasta ellos no llegaba ningún ruido; les hubiera costado poco trabajo figurarse que se encontraban en un caserón abandonado.

Por fin el duque, levantando la cabeza con cierta resolución, empezó diciendo:

—No hay más remedio; la confesión se impone.

El conde de Sotomayor le miró con extrañeza.

Aquella afirmación, que realmente no iba dirigida á él y que parecía que el duque se la dirigía á sí mismo, no dejó de proporcionarle á la vez que zozobra una viva curiosidad.

El duque de Petri agregó con voz temblorosa, que fué debilitándose á medida que hablaba:

—Soy un hombre verdaderamente indigno del nombre y de la posición brillante que me legaron unos antepasados nobles y cubiertos de gloria.

Suspiró como si le costara trabajo proseguir. El conde le miró fijamente; nunca pudo figurarse que el duque le hiciese tal confesión.

—Sí, señor; soy indigno y miserable. He consumido toda mi fortuna en una vida de orgía completa: en mi desenfreno tuve noches en que dejé entre la mesa de juego y las manos de mis queridas más de cuarenta mil duros.

«Así, en mi juventud, consumí mi patrimonio y adquirí deudas de consideración.

»En aquel tiempo no respetaba nada ni á na

die; por eso, viéndome arruinado decidí utilizar mi nombre y mi título y me vendí.

»Un caballero, digo mal, un hombre criminal, ruin y bajo, que había adquirido una fortuna más que considerable, comerciando con carne humana, que de negrero pasó á ser un fullero de la banca y de la bolsa, que había quebrado varias veces, logrando librarse del código, tenía una hija angelical y divina en la que había puesto todo su orgullo y su cariño todo.

»La joven no parecía hija de tal padre; era fresca y fragante como una flor primaveral, delicada como una sensitiva y buena y santa como los ángeles del cielo.

»No conocía la historia de su padre, á quien amaba entrañablemente.

»—Pues bien, éste bandido que no hubiera pagado con cien muertes ignominiosas lo que debía á la sociedad, dió en la extraña manía de casar á su hija con un noble.

»Husneaba por todas partes, buscaba ávidamente al que había de ser su yerno; procuraba frecuentar el trato de las personas jóvenes pertenecientes á la nobleza, sin conseguir nada; porque nadie le hacía caso.

»Alguien debió decirle quién era yo y qué vi-

da hacía, y desde entonces buscó los medios de acercarse á mí: era rico y yo un libertino que necesitaba dinero.

»En nuestras primeras entrevistas debió comprender que siendo tan canallas el uno como el otro podía tratar sin ambages la cuestión.

»Precisamente me encontraba yo á dos pasos de resolver el problema de mi vida, levantándome la tapa de los sesos.

»Estaba completamente arruinado; no podía vivir dignamente ni un mes más, ó mejor dicho, debía haberme castigado yo mismo hacía mucho tiempo.

»Pero me había encanallado y el egoismo podía en mí más que la dignidad.

»No hacía caso de lo mancillante de mi vida; á mí lo que me importaba era vivir y divertirme.

»Como digo, el negrero conoció á fondo, no sólo mi situación, sino el rebajamiento moral en que me encontraba sepultado y no tuvo inconveniente en abordarme con un cinismo que no tiene ejemplo en el mundo.

»—Duque,—me dijo un día,—usted está tan arruinado y tan lleno de deudas, que el día menos pensado va usted á dar pasto á los imbéciles.

les de los periodistas para que llenen un par de columnas hablando del suicidio del noble duque de Petri.

»Esta brutalidad que algunos años antes me hubiese hecho darle de puñetazos, me hizo gracia entonces y me eché á reir.

»—Ría usted cuanto quiera, pero le aseguro que lo que le digo es la verdad pura. El día menos pensado va usted á verse en la necesidad de pegarse un tiro.

»—Por lo visto,—repuse sin dejar de reir,—es una cosa que le interesa á usted mucho.

»—Efectivamente, pero lo que me interesa no es precisamente que usted se lo pegue, sino que deje de pegárselo.

»—Amigo mío; eso es lo que yo quisiera, pero me parece eso tan imposible como que resucite Colón.

»—¿Por qué?

»—Usted lo ha dicho: porque á más de estar arruinado, estoy de deudas que no hay por donde cogerme.

»—Todo tiene remedio.

»—Pues no lo veo; mi último disparate ha sido firmar una escritura de depósito y poner en circulación un puñado de letras. El día de su vencimiento vendrá irremisiblemente la ban-

carrota, y como usted comprendera no soy hombre que consienta en ir á la cárcel. La muerte todo lo arregla cuando llega con oportunidad,

»—Ya le he dicho,—repuso mi interlocutor,—que todo tiene arreglo en el mundo.

»—Veamos cómo.

»—Yo tengo una hija, una verdadera flor de juventud y de belleza. Si usted la hace duquesa, yo le salvaré.

»—¿Me propone usted una venta de mi persona?

»—Precisamente: he notado que somos casi iguales en carácter y podemos entendernos. Yo he hecho una gran fortuna siendo un bandido, según dice la gente, y si le he de ser franco, con fundamento, pero el dinero, á más de rendir y avasallar, lo dóra todo; usted ha deshecho su patrimonio. Yo quiero ser el padre de un duque, y usted que es joven, no quiere morir. Ya ve usted si estamos en vías de entendernos.

»Si yo me hubiera enamorado,—añadió el duque de Petri,—de la hija de aquel miserable sin conocerle á él; si le hubiese dado mi nombre, mi acción sería la más disculpable del mundo, porque ya en mis tiempos iba cayendo

algo en desuso la costumbre antigua y empezaba á dársele preferencia al amor, si bien se procuraba siempre que los matrimonios se efectuasen entre personas de la misma educación y del mismo rango.

»Pero, tolerar las palabras de aquel hombre, y sobre todo entrar en tratos con él fué, la acción más vituperable que pude cometer en mi vida.

»Sobre todo, lo más indisculpable de todo fué que no me di tiempo para pensarlo sino que accedí á todo con tal de tener dinero.

»La gente vió en mi conducta una locura más; Ernestina, que así se llamaba la que llegó á ser mi esposa, era de una belleza angelical y de un carácter superior á su belleza.

»El padre tuvo más delicadezas para con ella que para conmigo; me presentó en su casa y me obligó á hacerle el amor. Así la pobre niña creyó que me había enamorado locamente de ella y me amó con todos los amores, como nadie ha amado en la vida.

»Al recordar á Ernestina siento una gran pesadumbre y un remordimiento torturador.

»Poco tiempo después de nuestro matrimonio, murió el padre, que aunque mantenía mi

casa con todo el esplendor que correspondía á mi clase, no me dejaba hacer disparates.

»Pero la muerte de aquel hombre fué el principio de las angustias de su hija á quien hice una mártir, tratándola sin consideración, como si quisiera cobardemente, hacerle pagar á ella que ninguna culpa tenía, las humillaciones que me hizo sufrir su padre.

»Ella, resignada y sufrida, no supo nunca protestar ni jamás sus labios exhalaban una queja.

»Tuvimos varios hijos que murieron siendo muy niños. A la pobre Ernestina parecía no quererle conceder el cielo la compañía consoladora de la inocencia.

»Yo entretanto seguía tal vida de vilipendio, que llegué hasta albergar en mi casa y hacer sentar en la misma mesa de Ernestina á mis amantes.

»Viendo mi depravación, me aconsejaba suplicándome con lágrimas en los ojos que volviese en mí y que viera que yo mismo me estaba deshonrando.

»Lejos de hacerme mella, sus súplicas me fastidiaban.

»Hace diecinueve años llegué una noche á casa borracho y colérico. Había perdido al

juego una gran suma, y pocos momentos después supe que una bailarina á la cual tenía puesta casa, se había marchado aquel mismo día al extranjero con un pelagatos después de vender hasta los clavos de su habitación.

»Para mayor afrenta se despedía de mí en una carta en la cual me llamaba viejo verde y erédulo estúpido.

»Llegué á casa frenético y aquella noche cometí la mayor de las ignominias.

»Al verme Ernestina en tan deplorable estado se echó á llorar, y yo, sin consideración de ninguna clase la reñí, llamándola imbécil y estúpida y no contento con maltratarla de palabra, la maltraté de obra, bárbaramente, salvajemente.

»Ella, santa y magnífica, con un heroísmo de que no la hubiera creído nunca capaz, se hincó de rodillas, no para pedirme perdón, que no había pecado y de nada tenía que perdonarla, sino para rogarme que no escandalizase, que la maltratase cuanto quisiera si así era mi gusto, pero que no arrastrase por Dios mi dignidad de marido y de caballero, que no diera un escándalo.

»—Yo,—agregó, cruzando las manos en actitud de mártir resignada,—lo prefiero todo á

verte deshonorado, á tener que oír que le pegas á tu esposa, que está débil y enferma y que ningún daño te ha hecho.

»En aquel momento, me invadió una ola de ternura inmensa, y sentí el primer remordimiento de mi vida.

»Al verla arrodillada ante mí, se operó en mi espíritu un cambio brusco; se disipó mi borrachera y vi claramente la enormidad de mi conducta.

»Mis piés vacilaron y caí sobre un sofá sollozando amargamente y diciendo:

—¡Ernestina! ¡Ernestina! ¡Soy un miserable! Merezco mil veces la muerte.

»Ella entonces corrió á consolarme, me colmó de caricias y aseguró, que si yo la quería, no necesitaba otra cosa y que era feliz y lo olvidaba y perdonaba todo.

»Fué una crisis sentimental por la que atravesé que estuvo á pique de ser mi salvación.

»Empecé hacer una vida morigerada; me di cuenta de que la desgraciada Ernestina se estaba muriendo y la colmé de cuidadosos y de cariño, no cansándome de pedirle perdón por el desorden de mi vida.

»Le juraba no volver á separarme de ella, y

Arte buscar marido.—9

hacer cuanto en mi mano estuviera para resarcirla de su martirio.

»Ernestina sonreía y me abrazaba asegurándome siempre que para su felicidad no necesitaba más que mi cariño.

»Y fué aquella una época feliz cuyo encanto vino á romper la muerte llenando mi corazón de angustia.»



El duque de Petri prorrumpió en sollozos afflictivos.

El conde de Sotomayor le miraba atentamente, sin atreverse á interrumpirle.

Le había escuchado sin perder una palabra de su relato, asombrándose cada vez más de que pudiese arrastrarse tan miserablemente la dignidad humana.

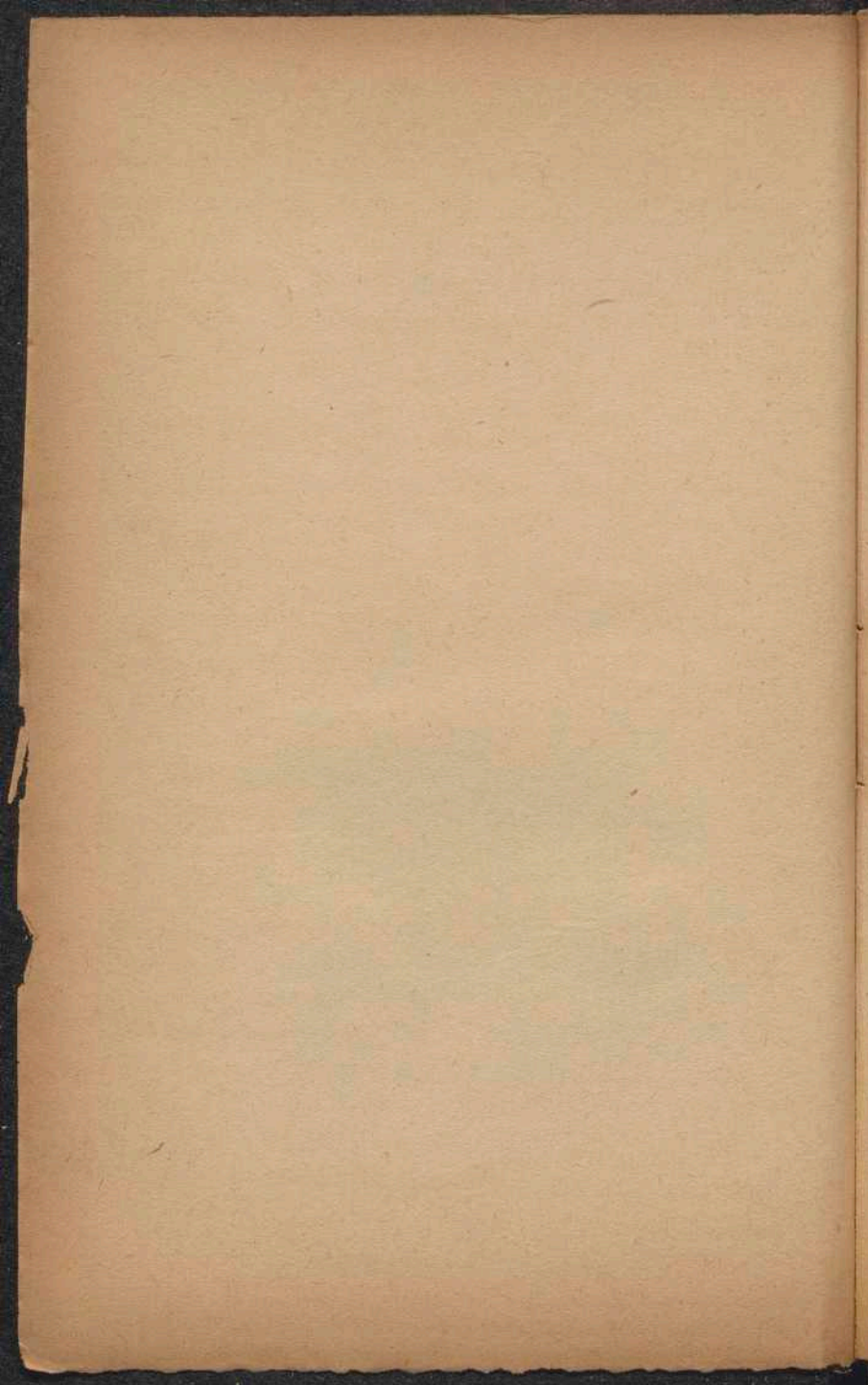
En su interior se juraba no dejarse dominar por pasión alguna.

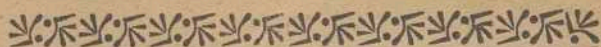
El ejemplo del viejo duque, á quien veía empequeñecido y humillado tendría para él una consecuencia moral y santa.

Pensaba seriamente alejarse de todo devaneo y hacer la vida más pura que pudiera ima-

ginarse para no caer en la locura que llevan consigo las malas pasiones.

En el amplio despacho, sólo se oía el ronco sollozar del duque que levantaba un eco tético y frío.





XII

Hizo el duque de Petri grandes esfuerzos para serenarse y empezó diciendo:

—Perdone, señor conde, que me haya dejado vencer por la pena horrible que constantemente me acongoja, y présteme atención, pues ya me queda muy poco que decir.

»En aquel período de ternura, fué engendrada nuestra hija Herminia; tanto mi esposa como yo, consideramos el fausto acontecimiento como una bendición de Dios, satisfecho de mi arrepentimiento.

»Sin embargo, yo veía con zozobra que Ernestina estaba cada vez más débil y esperaba con verdadera angustia la hora del parto.

»Tenía el presentimiento de que éste había de sernos fatal y ¡no me engañé!

»Habían pasado nueve meses de la escena

brutal que he descrito, cuando una noche me despertó Ernestina diciéndome que se sentía mal y que creía llegada la hora en que había de dar á luz.

»En un minuto se puso toda la casa en pie y un cuarto de hora más tarde se encontraban á la cabecera de la cama el médico y la comadrona.

»El médico, un señor viejo y venerable, de cuya ciencia y buen acierto disfrutaron mis antepasados, aseguró que no había nada que temer y que si no nos sorprendía ninguna complicación, todo iría á pedir de boca.

»El parto fué feliz; pero desgraciadamente, Ernestina quedó muy débil, y fué empeorando.

»Cualquier cosa la sobresaltaba; un grito de la niña le hacía sufrir horriblemente y pasarse horas enteras llorando, temiendo siempre que Herminia, como nuestros anteriores hijos, se iba á morir.

»Mis esfuerzos por consolarla resultaban inútiles.

»Fué una temporada en que el médico, nuestro viejo amigo, no pudo moverse de casa, y por más que éste afirmaba que la niña crecía y se desarrollaba bien y que la que necesitaba

de los auxilios de la ciencia era Ernestina, ésta no hacía caso y decía que nada sentía y que para ella todo estaba bien con tal de que su hija creciese saludable.

»Por fin ocurrió lo que fatalmente tenía que ocurrir. Ernestina no pudo levantarse de la cama y el sabio doctor me aseguró que tardaría muy poco en morir, sin que pudiera especificarse qué causa contribuía directamente.

»—Es una mujer muy sensible,—dijo;—sufre por todo y esos sufrimientos la matan.

»—Pero ¿no habrá un remedio?—pregunté angustiado.

»—Amigo mío,—repuso el sabio médico.—las ciencias han adelantado mucho, pero todavía no sabemos de qué medios puede valerse un especialista para hacer un corazón nuevo; así, en la inmensa mayoría de los casos, hablando en conciencia, no sabemos más que el nombre de la enfermedad de que muere el enfermo, más ignoramos cómo se cura.

Me aconsejó que como los hombres eran fallibles quería que buscase otros médicos, los más modestos y los más famosos, para ver si ellos acertaban con una medicina eficaz.

»Todo fué inútil. Ernestina empeoraba. Afortunadamente para ella, no tenía concien-

cia de su gravedad, y el último día de su vida, al verme triste y adivinar por mi tristeza la causa de mi aflicción, me cogió una mano y con voz dulce me dijo:

—No te aflijas, amor mío; los médicos tal vez te han dicho que me voy á morir, pero esos señores no saben que una madre no puede morir mientras la necesite su hija. Alégrate, que yo viviré, pues todavía me quedan que disfrutar muchas horas felices en la vida.

Después mandó que le llevásemos la niña, se incorporó, la cogió en sus brazos y empezó á mecerla suavemente, entonando una canción dulce y sencilla.

De pronto extendió los brazos y dobló la cabeza.

La niña envuelta en sus pañales rodó por la cama y ella murió, sin exhalar un suspiro, como un ángel que se duerme.

»Mi dolor no es comparable á nada; creía estar bajo la atroz impresión de una pesadilla, y permanecí como loco durante unos meses.

»El despertar de mi locura fué terrible para mí y para mi hija que crecía entregada á manos mercenarias.

»Sin guardar consideraciones de ninguna

clase me entregué de nuevo á mi vida de disipación y consumí febrilmente toda la fortuna que pertenecía á mi hija, hasta que vencido y pobre, viejo y enfermo, me encerré en este último refugio, sacrificando á Herminia á una vida espantosa de soledad y de aislamiento.

»Estoy, pues, en la ruina. Mi hija carece de dote por completo.

»Por lo que le he dicho, puede comprender hasta qué grado de perversión lleva el vicio mal refrenado.

»Ahora bien, si mi hija, ó el que haya de ser su marido, quiere un día pedirme cuenta ante los hombres del capital, que sin pertenecerme he derrochado en insensatas francachelas, podrá hacerlo. He disipado lo que no era mío, y sólo la miseria y la impotencia que se apodera del hombre con los años, me han hecho volver en mí.

»Seis años hace que permanezco encerrado en esta casa, seis años de verdadero infierno.

»Al principio me martirizaba la idea de la pobreza, que me ataba de piés y manos; luego el tierno cariño de mi hija, su resignación, acabaron por ser una tortura horrible para mi corazón.

»Comprendí la enormidad de mi culpa, y des-

de entonces no he dormido una noche tranquilo.

»Quise hacer un esfuerzo para evitar en cuanto me fuera dable el mal que había hecho, y en resumen, no se me ocurrió ni pude hacer otra cosa que mandar á mi hija á un colegio donde la educaran medianamente y donde no se muriera del dolor que debía ocasionarle vivir con un viejo acosado constantemente por los remordimientos, y paseando constantemente su desesperación por estas ruinas, mirando á todas partes con recelo, como un traidor de melodrama.

»Y ahora, conde.—agregó el duque de Petri levantándose tembloroso y vacilante, con un encogimiento que daba lástima;—ya sabe usted con quién trata. Soy un miserable que no merece la consideración de la gente. Ya ve, pues, que no soy yo el llamado á pactar una boda ni á figurar entre los nobles.

»He querido hacerle esta confesión porque á ello me ha obligado un resto de nobleza; no quiero que un día pueda llamarse á engaño, el que como usted viene á mí con el propósito de honrarme.

»Sólo quiero añadirle una suplica,—prosiguió cayendo de rodillas,—que mi hija inocente y

mártir como su desgraciada madre, no sufra el castigo que á mí sólo me corresponde. Si usted la quiere, hágala su esposa, hágala feliz; olvide y perdone á este viejo encanallado, y no haga nunca que maldiga como debe el nombre de su padre...»

»Se echó á llorar desoladamente, cayendo de bruces contra el suelo, sin fuerzas para sostener su débil y miserable carne.

El conde de Sotomayor, muy conmovido, corrió á levantarle y le hizo sentar en el viejo sillón.

—Duque, —dijo con voz llena y sonora,—hay una cosa que no le he perdonado jamás á los hombres: la hipocresía. Ha sido sincero, franco y leal para conmigo; en eso conozco que no ha muerto en usted el noble, aunque á veces haya estado adormecido. La confesión que acaba de hacerme no la conocerá nadie más.

—Gracias, conde, gracias,—balbuceó el duque sin dejar de llorar.

Entonces Sotomayor, con voz majestuosa y gentil ademán, dijo, extendiendo la mano y levantando los ojos al cielo:

—Juro por la sagrada memoria de Ernestina, que amo á Herminia con todas las fuerzas de mi corazón; juro poner cuanto esté de mi

parte en hacerla tan feliz como ella fué desgraciada; juro hacerle respetar y querer el nombre de su padre, y hacerle olvidar la vida triste que ha llevado á su lado.

El conde calló; el duque le contemplaba con los ojos muy abiertos, admirándole.

Le parecía en su gallarda actitud uno de los antiguos nobles de alma generosa y corazón ardiente en el momento de hacer una promesa sagrada á la memoria de sus antepasados. Su voz, llena y clara, vibraba en el despacho y parecía darle una grandeza y una solemnidad que no había tenido nunca.

Permanecieron un momento callados y pensativos.

Un viejo criado llamó sigilosamente á la puerta:

— ¿Qué hay?— preguntó el duque saliendo de su ensimismamiento.

El criado entró, y haciendo una inclinación reverente, dijo:

—Perdone V. E., señor duque, pero la señorita me manda que le diga que el señor está servido.

— Está bien, está bien; ya vamos.

Salió el criado.

El duque, de pie, encogido y temeroso, parecía mudo.

Sotomayor dijo:

— Duque; tiene usted huéspedes á los que no es dable hacer esperar sin faltar á las reglas más elementales de la etiqueta. Vamos.

Avanzó hasta la puerta, donde se detuvo para dejar pasar al dueño de la casa.

El duque pasó con la cabeza inclinada cohibido y triste.

Al llegar al comedor con el conde hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo y procuró hacer los honores de la mesa con toda dignidad.

Pepita Alcover y Herminia miraban alternativamente al duque de Petri y al conde, como tratando de adivinar lo que entre ellos había ocurrido. Herminia, sobre todo, tenía una ansiedad grande de saber.

Indudablemente, luchaba el conde con algún pensamiento recóndito; estaba como preocupado y aunque quería aparecer jovial y alegre, á ratos caía en una meditación seria y profunda.

¿Qué meditaba?

¿Habríale recibido el duque hostilmente y le habría dado una negativa?

Sólo de pensarlo, temblaba, porque veía des-

trozada su labor de todo el verano para conquistar al conde y llevarle al terreno del matrimonio.

Y lo que más le hacía temer este funesto resultado era la actitud del duque, el profundo disgusto en que parecía sumido y los grandes esfuerzos á que se veía obligado para disimularlo.

La incertidumbre de la duquesita duró poco,

A los postres, el conde de Sotomayor, se levantó resueltamente, como hombre que después de una gran lucha consigo mismo acaba de tomar una resolución firme, y dijo:

—Habrán tomado ustedes nuestro alejamiento, cuando tan pocas horas vamos á estar juntos, por una desatención; pero culpa es del señor duque de Petri, que concediéndome de buen grado la mano de su hija Herminia; estando conforme con cuantas exigencias he tenido, se empeña en no concederme una cosa que le he pedido encarecidamente.

Está obstinado en permanecer encerrado en esta triste casa solariega (donde dentro de un mes se celebrará la boda de su hija conmigo), y no salir de ella en la vida, por comprender que su misión está cumplida en el mundo. Al fin de mucho hablar y mucho discutir, he de-

cidido de darle gusto, por no violentar sus naturales inclinaciones de alejamiento y de soledad, si bien tendrá que verse su soledad interrumpida de vez en cuando por nuestra presencia.

Todos le escuchaban atentamente.

Herminia temblaba de emoción; el duque, al ver la delicadeza conque el conde de Sotomayor declaraba que no quería vivir con él salvando sus palabras las malas interpretaciones que para la gente pudiera tener en lo sucesivo su conducta, estaba enternecido y juraba entregarse á una vida de meditación y de penitencia, hasta conseguir ser perdonado por Dios.

Se levantó con lágrimas en los ojos y abrazando á Herminia y besándola en la frente con ternura infinita, le dijo:

—Hija mía: vas á ser la esposa del hombre más noble y más generoso que puede concebirse. Te ruego que le respetes y le ames con locura siempre, porque es merecedor de la felicidad más completa.

Los señores de Alcover estaban conmovidos.

Aquella noche fué feliz para los enamorados, que estuvieron cambiando impresiones y ha-

ciendo proyectos venturosos para el porvenir.

Muy de mañana volvió Sotomayor á avisarse con el duque de Petri, al cual le dijo:

—Por su honor, que en lo sucesivo ha de ser el mío y el de Herminia, quiero que pase usted por un viejo excéntrico y algo maniático. Así, no quiero que perdone gasto; deseo que el acto de nuestra unión revista toda la solemnidad del mundo. Al mismo tiempo, como usted tiene que entregarle á su hija un dote, dentro de algunos días volveré para dejarle á usted la cantidad que debe darle ante notario y constituir su dote. Será el capital de su madre. En cuanto usted, se lo reservará para sostener su casa dignamente. A más recibirá de mi parte una cantidad anual para que sostenga su rango y pueda resarcirse de los gastos que nuestras visitas le ocasionen.

El duque de Petri, avergonzado, pero lleno de agradecimiento, cogió la mano del conde, y sin que pudiera éste evitarlo, se la besó repetidas veces.

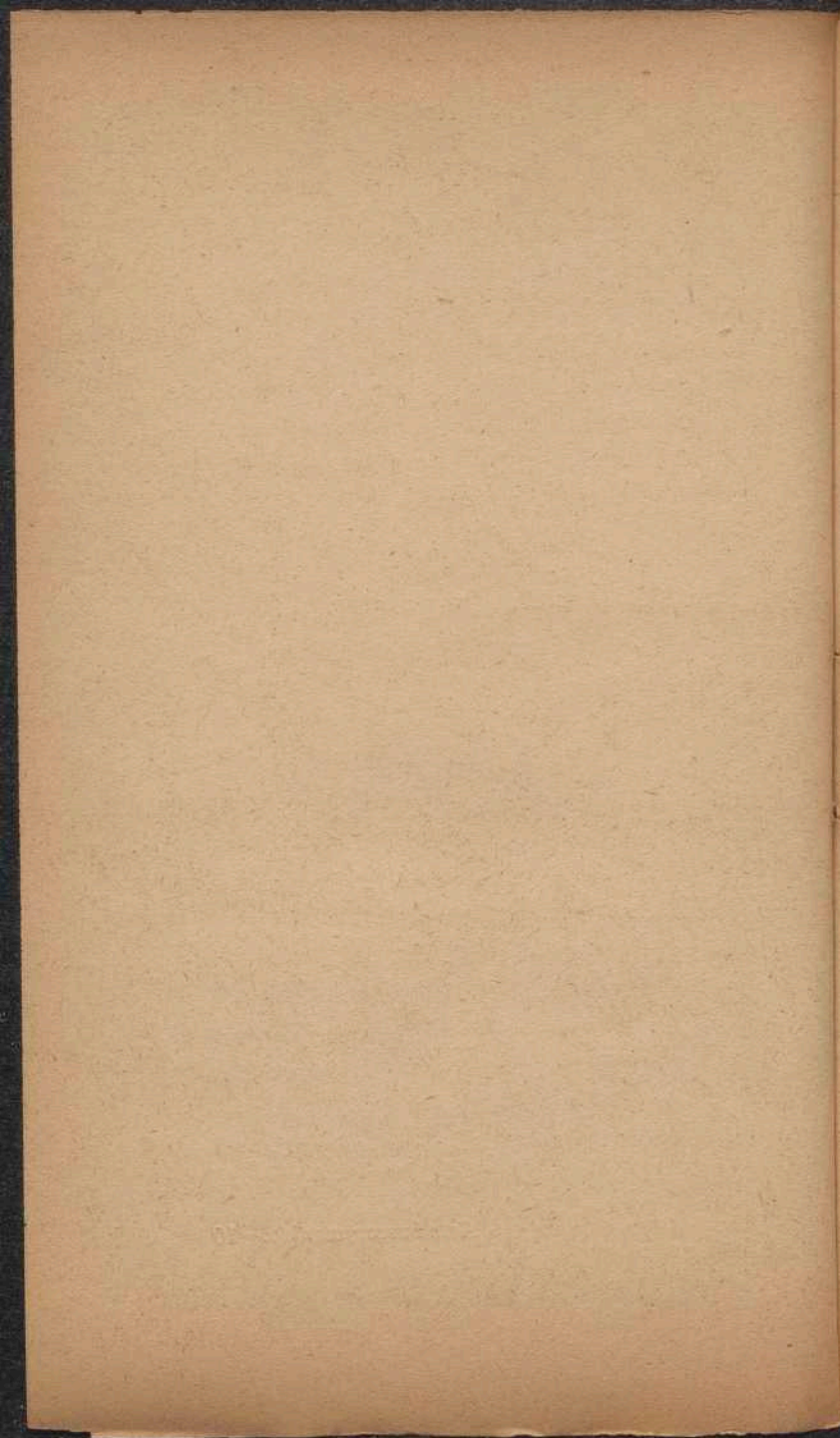
Y no pudo hablar.

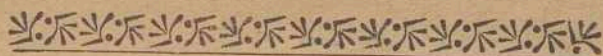
La emoción le anudaba la garganta impidiéndole manifestar sus pensamientos.

La despedida de las dos amigas fué tierna y conmovedora.

Los señores de Alcover prometieron asistir á la boda y enviar regalos valiosos.

Cuando quedaron solos, el duque abrazó á su hija y prorrumpió en sollozos; pero en medio de su tristeza, ocasionada por el recuerdo de sus infamias, sentíase orgulloso por haber tenido valor suficiente para confesar al conde los extravíos de su vida pasada.





XIII

Entre tanto desarrollábase en Madrid el más tierno y poético de los idilios.

Rafael y Carlota Bago, arreglaban el nido que había de albergar su felicidad.

Los señores de Bago lo habían dejado todo á elección de la enamorada pareja, que vagaba por la corte en busca de lo más raro, lo mejor y lo de más alto gusto.

Rafael, rico é independiente, no quería escatimar detalle alguno.

Su primera operación al llegar á Madrid fué vender todos los muebles que alhajaban un hotel, propiedad suya.

Quería que Carlota lo dispusiese todo á su gusto, que no hubiese un detalle que no fuese ideado por ella.

Rió mucho cuando los señores de Bago le calificaron de loco por lo que había hecho.

Carlota Bago, muy satisfecha y cada vez más enamorada y feliz, dirigió el decorado de las habitaciones interiores, de los salones y gabinetes, de la alcoba y del comedor.

Asegurando que no entendía nada de gustos masculinos, cedió á Rafael el despacho para el cual habían elegido un gran salón situado cerca de la puerta de entrada.

Las escenas tiernas se repetían á cada nuevo detalle, que discutían rebosantes de felicidad.

Los condes de Luca, recibieron con alegre sorpresa la noticia y se ofrecieron á apadrinar la boda que había de efectuarse el 24 de Octubre, día del novio.

Al mismo tiempo se anunciaban en Madrid para aquel invierno, tres bodas más: la de Pepita Alcover, con Cazabán, la de la condesita de Luca, con el conde de Valdecides y la de la duquesita de Petri, con el conde de Sotomayor.

Todos se extrañaban de que las cuatro jóvenes secasasen no bien salidas del colegio y que las bodas se hubiesen concertado antes de ser presentadas en sociedad.

Había muchas personas descontentas como

ocurre con todas las felicidades humanas que inspiran envidias.

En los salones se cuchicheaba de la boda de Rafael con una *tendera*, que de tal calificaban á Carlota, y de la del conde de Sotomayor con aquella duquesita de Petri desconocida, hija de un duque arruinado.

Empezaron á circular mentiras y calumnias relacionadas con la duquesita y Carlota Bago.

Esto se debía á que no eran pocas las que se habían hecho la ilusión de casarse con Sotomayor ó con Rafael y no podían resignarse á perderlos.

—¿Conque se nos casa el conde de Sotomayor? —preguntábanse algunas.

—¡Oh, sí! —contestaban otras con guasa, — ha encontrado una gran proporción, se casa con una hija del perdulario del duque de Petri y de su cocinera.

—¡Qué asco de hombres!

Y salían á relucir historias que dejaban mal parado el nombre del duque.

A ciencia cierta, no se recordaban sus travesuras pasadas, pero inventábanse los más donosos disparates, y el *rumrúm* creciente, parecía amenazar con dar al traste con los proyectos de felicidad de los enamorados.

El conde de Sotomayor se cansó de recibir anónimos despreciables en que le consideraban como un infeliz que se había dejado coger, por una duquesita que estaba muy lejos de ser la persona que le convenía á un tan alto caballero como el conde.

Al principio creyó adivinar la procedencia de los anónimos; se figuró que eran fruto del despecho de la señora de B., justamente ofendida, por su conducta, al romper con ella, conducta que el mismo conde comprendía que no había sido muy recomendable.

Por eso disculpaba hasta las infamias que se propalaban en aquellos papeles sin firma; y probablemente los envidiosos hubieran logrado deshacer la boda, si el duque de Petri no hubiese hecho al conde de Sotomayor la confesión que le hizo.

El conde acabó por convencerse de que la señora de B. no tenía participación alguna en aquellas infamias.

Siempre se había resistido á creerlo, y al tener la seguridad de que la buena señora no se metía en nada experimentó gran alegría.

La escena se desarrolló del siguiente modo:

Un día encontrábase Sotomayor en su des-

pacho, cuando entró su ayuda de cámara con una carta.

—Señor conde,—dijo,—la doncella de la señora de B. acaba de venir; ha preguntado por mí y me ha rogado que le entregase á usted esta carta. Espera contestación.

—Bien; sal y espera.

Sotomayor abrió la carta lentamente, con emoción profunda.

Acordábase de las dichosas horas de amor que había pasado junto á la señora de B., y experimentaba algún remordimiento por su conducta, la mañana en que, su Josefita, como la llamaba dulcemente, se desmayó en el Parque de los señores de Alcover.

En aquellos días había pensado repetidas veces ir á pedirle perdón por su mal comportamiento y hacer lo posible por quedar con ella lo más decentemente que fuese dable, aunque sin reanudar las relaciones.

Y no había dado el difícil paso, porque dudaba si Josefita era la autora de los calumniosos anónimos que recibía á diario.

Por eso le alegraba la carta de la señora de B. á la par que le emocionaba profundamente.

Si hubiera tenido poder bastante para deshacer lo hecho, no hubiera vacilado. Verdad

es que no quería dejar sus relaciones con la duquesita de Petri, amores que le llenaban de felicidad; pero hubiera deseado que no hubieran existido nunca sus amores con Josefita.

Después de mucho reflexionar y de vacilaciones sin cuento, decidió leer la carta que tenía entre sus manos.

«Señor Conde: Me ha hecho usted sufrir mucho; pero de todo corazón le perdono.

»Pasado mañana marchó con mi esposo que ha sido nombrado embajador de España en... P.

»He puesto en juego cuantas influencias tenía para conseguir este destino que me alejara de los lugares en que puedo encontrarle.

»Deseo poder despedirme de usted. ¿Me concederá una última entrevista?

»Si su contestación es afirmativa, le esperaré esta tarde en el sitio en que acostumbrábamos á vernos cuando usted me amaba.

»La hora, la de costumbre también.

»Hasta luego, pues, ó hasta que la casualidad haga que nos veamos.

J.»

Permaneció el conde un momento pensativo y después decidió ir á ver á aquella mujer que tanto le había amado y le amaba todavía.

Quería hacerse perdonar por ella; decirle que algún día había de llegar el rompimiento siempre temido, puesto que no era legal la situación en que se encontraban.

Llamó, pues, al ayuda de cámara:

—¿Está ahí la doncella?

—Sí, señor. Espera á que el señor conde le mande.

—Dile que entre.

Entró la doncella.

Sotomayor le preguntó con interés por la salud de su señora y le aseguró:

—Dile que haré cuanto desea.

La doncella sonrió picarescamente.

—¿Me manda algo más el señor conde?

Sotomayor sacó de su cartera un billete de veinticinco pesetas y se lo dió diciéndole:

—Toma, para que te acuerdes de mí.

* * *

Entretanto la señora de B., esperaba á la doncella con ansiedad infinita.

Desde su salida de la quinta de Alcover, había sufrido y llorado en silencio sus perdidas ilusiones.

No había perdido el pudor, como otras muchas, y se resignaba á sufrir sin quejarse, su desgracia, porque desgracia y grande había sido para ella que la casaran sus padres con un hombre rico y de talento, pero demasiado y excesivamente distraído para poder llenar de amor el corazón de una mujer como ella, joven y apasionada.

No le hubiera faltado sin duda á su marido, si el conde de Sotomayor atraído por su hermosura no hubiese puesto todo su empeño en enamorarla y en vencerla.

Al principio, resistió algo escandalizada; después tomó á broma las palabras ardientes del conde y coqueteó con él sin darse cuenta de que se iba enamorando más profundamente de lo que ella misma hubiera querido.

Sotomayor se desesperaba; no acababa de

entender á aquella mujer de la cual estaba cada vez más enamorado.

Y un día habló con Rafael contándole sus cuitas y tuvo con él la conversación que sirvió de base á Pepita Alcover para trazar las líneas generales que había de adiestrarlas en el arte de buscar marido.

Rafael, hombre de talento y desapasionado entonces, le dió un consejo y aquel consejo puesto en práctica tuvo los resultados apetecidos.

Empezó Sotomayor por prodigar sus finezas á otra señora muy amiga de Josefita, y ésta empezó á darse cuenta de que su amor hacia el conde era mucho mayor de lo que creyera al principio.

Y tuvo celos y miedo de que acabase por huir de ella aquel joven tan apasionado, tan elegante, tan gentil, tan capaz de hacer la felicidad de cualquier mujer.

Y en un bosquecillo de la quinta de Alcover, una tarde en que se encontraron solos, la señora de B. dijo, mal disimulando su despecho.

—Conde, ¿cómo van sus amores?

—¿Mis amores?

—Sí; le veo muy cerca de conseguir un triunfo completo.

—¿A mí?

— No lo niegue usted; Aurora no hace otra cosa que reírle sus gracias.

Adivinó Sotomayor su despecho, y por él también, que Josefita estaba celosa y que por consiguiente su triunfo estaba próximo.

Por eso procedió al principio con cautela, deseoso de arrancar una declaración á aquella mujer á quien tanto amaba.

—Amiga mía, —dijo, —el amor es cosa tan rara que me parece que ha huído de todos los corazones; no le negaré á usted, sin embargo que Aurora se manifiesta conmigo cariñosísima y que me resulta amable.

Esto no era verdad. Sotomayor se había limitado á decir á Aurora cuatro tonterías y aunque ella las aceptaba, encontrándolas graciosas y tal vez esperando ver más apasionado que hasta entonces á su frío cortejo, no había pasado nada entre ellos ni podía pasar, porque en aquella época Sotomayor solo tenía ojos para mirar y admirar á la señora de B., siquiera no fuese más que á hurtadillas.

Pero el conde gozábbase pensando que la señora Josefita caía en la emboscada y en su interior daba gracias á Rafael por su acertado consejo.

—¿Conque dice usted, —preguntó Josefita,— que el amor ha huído de los corazones?

—Así es, señora.

—¿Está usted seguro?

—Sin duda.

—¡Ah!—suspiró ella envolviendo al conde en una mirada que era una dulce caricia.

—Y para que vea,—continuó Sotomayor,— hasta que punto tengo razón al afirmar lo que afirmo, sepa usted que yo estaba locamente enamorado; buscaba un corazón que pudiera compartir con el mío las dulzuras de este amor, grande y santo, y cuando me creía seguro de haberlo encontrado, la mujer motivo de mis suspiros, la que ocasiona mis desvelos y me hace vivir en constante ansiedad, lejos de corresponderme escucha mis palabras sonriendo, dudando de ellas primero y burlándose de mí, después. Esto ha llegado á hacerme sufrir tanto, que desengañado hoy procuro olvidar mi amor y entregarme á una vida disipada y alegre que sin duda produce mejores y más positivos resultados. Y lo más extraordinario de esto es que desde que tal cosa me propuse, vivo, si no tan feliz como esperaba serlo rindiendo culto al amor,—pasión verdad, bas-

tante tranquilo y alegre para alegrarme de mi determinación de no amar á nadie más.

Estaba muy serio hablando así; parecíale que Josefita se conmovía y siguió dando razones y diciendo friamente que era una tontería, una verdadera estupidez poner todo el corazón y estar resuelto á dar la sangre y la vida por una mujer que jugaba con lo que debiera serle más amado, como juegan los niños con el infeliz pájaro que cae bajo su dominio.

Josefita empezó á notar que amaba demasiado á aquel hombre, y sin poderlo disimular se puso triste al verle tan voluble y tan diferente de como le había visto durante el verano.

Sotomayor, comprendiendo que había llegado el momento, se insinuó más claramente, asegurando que sólo un milagro podía hacerle feliz, obligándole á desistir de sus ideas de entregarse á una vida alegre de disipación.

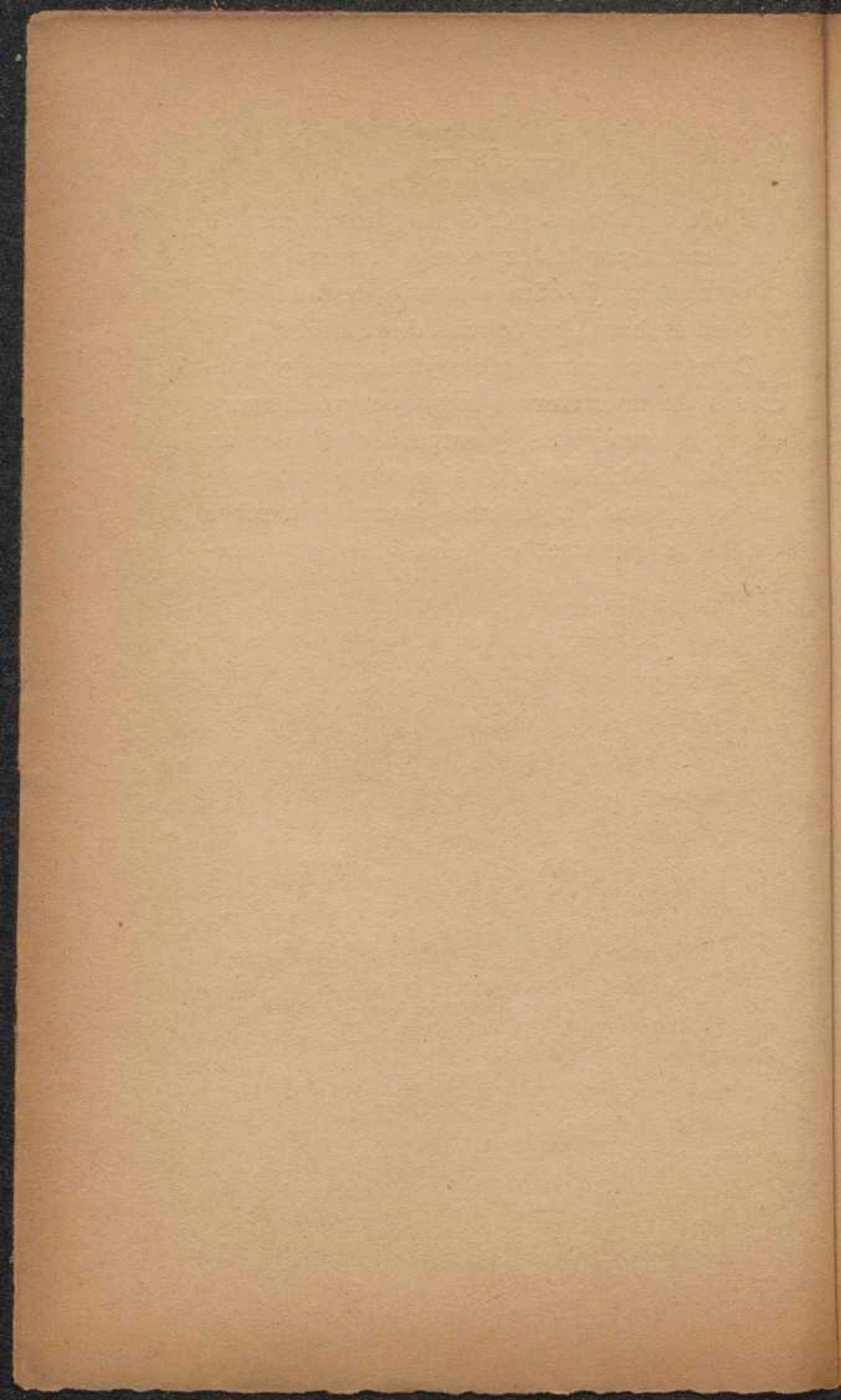
—¿Y en qué consistiría ese milagro?

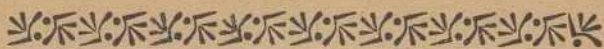
—En que me dieran la seguridad de que me había engañado y de que la persona por la cual tanto he penado y sufrido me ama.

Josefita temblaba de emoción. Sotomayor comprendiendo el estado de su ánimo, empezó á hablarle de amor, variando de tono, dando á su voz inflexiones dulces y suaves.

Y allí, arrullados por el grandioso himno de los campos, por la voz potente é imperativa de la naturaleza, Josefita se sintió desfallecer y el conde saboreó las delicias de su triunfo.

Cruzáronse entre ambos juramentos y promesas de amor eterno, como ocurre siempre en casos semejantes, y empezó el idillio, un idillio que había de durar bien poco, porque todo lo humano, á pesar de cuanto el hombre quiera proponerse, es deleznable y perecedero.





XIV

Un poeta de estos tiempos, mal apreciado hasta ahora, como ocurre con todo lo que tenemos demasiado cerca, ha dicho:

«Hay amores eternos en la vida
que vienen á durar un mes entero».

Los amores de Sotomayor y la señora de B., gracias al misterio que los rodeaba, duraron más de un mes, pero no alcanzaron el aniversario.

Sotomayor encontraba muy agradables las horas que pasaba al lado de su adorada Josefitá, porque éstas tenían que ser brevísimas y jamás se veía satisfecho su deseo de una manera completa.

Cuando hay que satisfacer el amor á salto de mata, siempre ocurre lo mismo.

Arte buscar marido.—11

La señora de B. amaba á Sotomayor con mucha más intensidad que él á ella.

Esta desigualdad existe comunmente entre el amor del hombre y la mujer; la mayor suma de pasión por parte de la segunda también tiene una explicación lógica.

Lo que en la mujer es rendimiento y vergüenza, en el hombre es triunfo y orgullo.

Por eso la mujer cuando ha pasado por la vergüenza de rendirse, ama más que el hombre cuando pudo conseguir el orgullo del triunfo.

Perdido un amor, para conseguir otro, la mujer tiene que pasar por una nueva vergüenza; el hombre por el contrario, busca un nuevo triunfo.

De aquí que la mujer sea más constante que el hombre en la generalidad de los casos.

Por eso en el que nos ocupa, mientras la señora de B. empezaba á cobrar afición al conde, éste iba sintiéndose fatalmente alejado de ella.

Hubo una circunstancia que contribuyó á precipitar la ruina de aquellos amores.

Al principiar aquel verano el señor de B. tuvo que salir de la quinta de Alcover y dejar libre á su señora.

Y tanto aprovecharon los apasionados amantes aquella circunstancia, que Sotomayor tardó

poco en sentir el empalago de aquella mujer que no le dejaba á sol ni sombra.

Con la llegada del señor de B. coincidió la de la duquesita de Petri y ya sabe.nos los funestos resultados que tuvo para la señora de B. la aparición en escena de Herminia.

Josefina, desde el primer día, lejos de manifestarse indiferente empezó á mostrarse celosa, y sabido es que nada hay que aleje tanto á un hombre de una mujer que los celos de ésta.

Ocurrió que cuando Sotomayor se acercaba á la señora de B. ésta, lejos de mostrarse amable y rendida, lejos de pretender reconquistar al conde con sus encantos, le daba muy mal rato lloriqueando y mostrándose esquivia, hasta el punto de que muchas veces, el conde se arrepentía de haber procurado verla á solas.

Los funestos resultados de esta conducta los tocó bien pronto Josefina, y un día como hemos visto en capítulos anteriores, pudo ver perdido para siempre á su amante, lo que le proporcionó un desmayo, y un disgusto horrible.

Josefita trató de huir cansada de aflicciones. Creyó que lo que le ocurría era un verdadero castigo del cielo.

Lo que más daño le hizo fué el desvío que

mostró el conde en aquella ocasión en que hasta un extraño hubiera corrido á socorrerla.

Herida en su orgullo salió de la quinta de Alcover. Pero al corazón no se le engaña fácilmente, y el corazón de la señora de B. se sentía cada vez más enamorado de aquel ingrato amante al que creía perdido para siempre.

Cuando supo pue el conde de Sotomayor se casaba, noticia que, por ser para ella mala, no tardó en llegar á sus oídos, lloró con desconsuelo infinito.

Acordábase de las horas felices que habían pasado juntos y el recuerdo de aquella felicidad perdida para siempre le acongojaba.

Desde luego, comprendió que le sería imposible vivir en Madrid expuesta siempre á encontrarse al conde de Sotomayor paseando por teatros y salones á su duquesita, y con una habilidad de que sólo son dueñas las mujeres, logró un destino para su marido fuera de España.

Y cuando hubo conseguido lo que se proponía empezó á sentir grandísimos deseos de ver por última vez á su ingrato amado, siquiera no fuera más que para decirle adiós y asegurarle que aunque la había despreciado y desatendi-

do de tan inicuo modo, ella le querría siempre con alma y vida.

Y después de mucho cavilar decidió escribirle la carta que conocen nuestros lectores.

*
* *

La señora de B. esperaba ansiosamente á su doncella deseosa de saber la contestación que tanto le interesaba.

Temía, sí; que el conde se negase á verla por última vez y este temor la martirizaba hasta el punto que llegó á arrepentirse del paso que acababa de dar escribiéndole.

Comprendía que el amor la había empujado á cometer una imprudencia que siempre resulta imperdonable.

Hasta aquel momento no se había atrevido á servirse de nadie en sus relaciones y ahora había puesto en antecedentes á su doncella, y si no precisamente en antecedentes, le había dado motivo para que dudase de ella.

Cuando llegó la muchacha, la señora de B. se encontraba en su gabinete queriendo en balde distraerse con la lectura de un libro.

—¿Viste al conde?—preguntó con mal disimulada ansiedad.

—Sí, señorita.

—¿Y qué?

—Que me ha dicho que la señora será complacida y que hará cuanto usted desea.

Fué tal la alegría que recibió al saber que no tenía inconveniente su amado en volver á verla, que de buena gana hubiera abrazado á la doncella que tal noticia le llevaba.

Pero su alegría fué rápida, porque en seguida se acordó de lo que la motivaba.

Aquella debía ser la última entrevista. A partir del momento en que dijese adiós al conde, su vida carecería de aliciente y no tendría más objeto que el de suspirar con amargura infinita por el bien perdido.

Para ir á aquella última cita se vistió de negro, pero pronto cambió de idea y en un periquete cambio de traje poniéndose aquél que ella creía que mejor le sentaba

Quería dejar á Sotomayor una última impresión agradable y no luctuosa, y se proponía estar alegre y no dar á conocer la enormidad de la pena que torturaba su corazón.

A las cuatro, temblorosa y acobardada, como el primer día que asistiera, á aquellas citas peligrosas en los que se jugaba la reputación y la tranquilidad de su vida toda, se dirigió al lugar convenido.

Mas cuando llegó á la linda casita donde acostumbraban á verse y de la cual había conservado la llave, cuando se encontró libre de las miradas de los transeúntes, se tranquilizó un tanto y subió la escalera rápidamente con el corazón palpitante.

Habiase anticipado á la hora y contaba con tener que esperar, pero no bien se encontró en el rellano, la puerta se abrió, y el conde se adelantó á recibirla.

—¡Josefita!

Quiso abrazarla, pero ella poniéndole suavemente la mano en el pecho le contuvo, y con voz dulce le dijo:

—Ambrosio, no es esta la hora de empezar con caricias que no mereces. Quise verte, porque no me resignaba á una ausencia que puede durar lo que la vida sin decirte adiós y sin asegurarte que has sido el único hombre que ha reinado, reina y reinará en mi corazón.

Habían adelantado hasta el gabinetito coquetón, testigo de sus delirios amorosos y de sus abandonos carnales, y Josefita, se sentó en un canapé, aunque sin quitarse el sombrero como en otro tiempo.

Durante los primeros momentos, y á pesar de las dulces palabras pronunciadas por la se-

hora de B. permanecieron silenciosos, como dos extraños, pensativos y tristes los dos, como sabedores de que había entre ellos una fuerza poderosa que los separaba, lanzándolos á cada cual por un camino distinto.

Sotomayor fué el primero en hablar, su acento fué dulce y apasionado; confesó que se alegraba mucho de verla resignada y fuerte, sin darse á la desesperación como una mujer vulgar. Le dijo, y en aquel momento lo sentía, que era una verdadera lástima que no se hubieran conocido antes, cuando aun el señor B. no se había cruzado en el camino de Jose fita.

—Casándome contigo,—agregó triste y tiernamente,—¡hubiera sido tan feliz!

—No mientas, no mientas,—dijo ella con voz ahogada;—no agraves con la mentira el daño que me has hecho... Ya que no feliz por completo, yo hubiera llevado una vida tranquila y llena de serenidad, sin tí, porque yo no habría faltado jamás á mis deberes. Hoy... ya no soy lo que debo ser; mi marido tendría perfectísimo derecho para humillarme y despreciarme, y todo el mundo, si conociera mi liviandad me escupiría á la cara.

Pretendía haberse mantenido alegre y risue-

ña durante aquella entrevista, pero no pudo contenerse y se echó á llorar con desconsuelo infinito.

Entonces Sotomayor intentó consolarla, pues se sentía enternecido é inclinado á aquella mujer á quien había hecho desgraciada por un capricho.

Las frases más tiernas y más apasionadas salieron de sus labios á borbotones, ardientes y fáciles como salidas de un corazón amoroso.

Josefita acabó por dominarse y enjugó sus lágrimas.

—He sido una tonta dejándome vencer por la aflicción. No venía á representar una escena de lágrimas y de recriminaciones, porque no creo que haya nada más enojoso que eso. Quería sólo despedirme de tí.

Guardó silencio para suspirar y tomar aliento, y como Sotomayor pretendiese hablar, le atajó con un ademán y después dijo:

—No me interrumpas, no; quiero manifestarte hasta el fin mi pensamiento, aunque me tomes por la mujer más liviana del mundo. No quería volverte á ver y voy á explicarte el por qué te he escrito. Hace unos días leía yo á Becquer, ese poeta á quien las mujeres tanto amamos. Cien veces he leído sus versos, y no obs-

tante nunca me había fijado en la verdad que encierra una de sus rimas.

—¿De modo,—preguntó Sotomayor,—que te ha empujado de nuevo hacia mi, mi poeta favorito?

—En efecto.

—Cuéntame, cuéntame; esto, á más de ser muy interesante, es muy adorable. ¿Qué rima es esa que encierra tan profunda verdad?

—Pues la siguiente:

Y Josefita, recitando lentamente, agregó:

¿Quieres que conservemos una grata
memoria de este amor?

Amémonos un poco, y en seguida
digámonos adiós.

—En verdad que es bella,—dijo Sotomayor,—y que comprendo perfectamente tu pensamiento.

—He pensado,—prosiguió diciendo Josefita,—que el poeta tiene razón, que es inútil querer empeñarse en hacer que los amores sean eternos, ya que en nosotros no existe la eternidad y somos, como todo lo creado, deleznable y perecedero. Por eso no quiero que te lleves de mí un recuerdo de disgusto, ni que te acose la sombra de un remordimiento, porque estoy se-

gura de que el día que pienses lo que conmigo has hecho te arrepentirás. Nuestra entrevista te evitará ese remordimiento; quiero que sigamos el consejo del poeta, que esta última entrevista sea para nosotros agradable y feliz como ninguna y que guardemos de ella un recuerdo imborrable.

Sotomayor estaba encantado oyendo hablar á Josefita. Encontrábala adorable con su cara divina y el brillo cegante de sus ojos.

Cayó de rodillas besándole las manos, y después le quitó el sombrero como en tiempos más felices y la abrazó apasionadamente.

Fue una tarde de delirante pasión. El conde se esforzaba en manifestarse amoroso y tierno y juraba con todo su corazón que jamás había amado ni amaría á una mujer como la amaba á ella.

—Sé que es verdad lo que dices,—aseguró Josefita mientras le arrollaba mimosamente los brazos al cuello con abandono felino;—en estos momentos sientes por mí lo que no has sentido nunca y estás bajo mi voluntad hasta tal punto, que si yo ahora te pidiese que lo olvidases todo por mí, lo olvidarías.

—No tienes que decírmelo,—dijo ardorosa-

mente Sotomayor, —porque todo lo he olvidado y estoy resuelto á obrar como tú me mandes.

Orgullosa y feliz al ver su triunfo, Josefita besó aquellos labios y aquellos ojos que tantas veces había besado, en un delirio sublime.

—Voy á pedirte una cosa que es muy sencilla. Mi marido está mal con mi hermana y yo le he dicho que esta noche cenaré con ella para despedirme, de modo es, que tenemos tiempo hasta las doce de la noche en que ella me esperará en un coche, ahí abajo, para llevarme á mi casa si no voy yo antes á la suya. ¿Quieres que cenemos juntos?

Fué grande la alegría de Sotomayor que se puso á saltar y á dar voces como un chiquillo.

Luego, acordándose de que en la casa no había nada que comer se puso triste.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella.

—Hija mía, que nada hay en la casa y que tendré que salir y abandonarte unos momentos.

—Pues bien, sal y compra lo que quieras: un pollo, una perdiz, una botella de buen vino y otra de champaña. El café lo haremos aquí como otras veces.

Con alegría inmensa acogió la proposición.

—¡Oh! eres encantadora, encantadora y sin

igual; ¡no sé cómo fui tan injusto contigo! Sin duda, la única disculpa que tenía es la de que no he sabido conocerte ni apreciarte bien.

Salió y á poco volvió con las manos llenas de paquetes; detrás de él iba un mozo cargado con una cesta al cual despidió en la puerta del piso dándole una buena propina.

Josefita al ir descubriendo los paquetes saltaba de contenta.

La cena fué espléndida y alegre. Uno y otro se habían olvidado de todo y se entregaban á una alegría loca.

Sotomayor, no recordaba haber sido nunca tan feliz.

Se repitió la eterna escena de dos amantes que se reconcilian y se esfuerzan en aprovechar el tiempo perdido, queriendo gozar en un momento por lo que han padecido en días de angustiosa aflicción.

Dieron las doce, hora fatal de despedida, cuando ellos creían que no habían dado todavía las ocho.

¡Oh! las horas de placer son breves como el eco de un canto dulce.

Josefita fué la primera en salir del éxtasis en que se hallaban sumidos.

Hay —que separarse,—dijo.

Sotomayor, borracho de placer la abrazó estrechamente.

—¡Oh, no, no te vayas!—suplicó!—La felicidad nos sonríe, el mundo es nuestro. ¿Por qué hemos de dejar escapar la dicha en el momento en que la saboreamos con gran placer?

—Pues por eso precisamente,—repuso aquella mujer extraordinaria.—Una vez en la vida me he propuesto ser fuerte y quiero serlo.

Trató de convencerla con palabras dulces y suaves como caricias, con promesas halagadoras.

—No, no; déjame.

—¿Es que no me quieres?

Josefita le apretó nerviosamente las manos y envolviéndole en una mirada ardiente, repuso:

—Te quiero tanto, que si en este momento me dijeras que tu felicidad consistía en mi muerte me arrojaría por ese balcón de cabeza.

—Pues oye,—dijo con acento suplicante,—el conde—es mucho más fácil lo que yo quiero pedirte, infinitamente más fácil y más dulce que la muerte, porque es la felicidad. Huyamos juntos, vivamos el uno para el otro y no dejará de sonreírnos el amor, este amor inmenso que

nos abrasa y funde nuestros corazones en uno solo.

Dulcemente, suavemente le echó los brazos al cuello y besándole con pasión infinita en los ojos le dijo la señora B.

—Loco, más que loco: ¿crees que toda nuestra vida sería igual á esta noche? Separémonos, amigo mío. Cumplamos cada cual con nuestros compromisos y guardemos el recuerdo de esta noche como una reliquia santa que hará siempre latir amorosamente nuestros corazones.

Arregló rápidamente el desorden de su vestido, su puso el sombrero y al disponerse á salir dijo:

—Nada te recomiendo ni nada te digo. Bésame, y hasta que el destino nos reuna otra vez.

Bajaron silenciosamente la escalera, muy juntos, muy apretados, experimentando una melancolía que iba trocándose rápidamente en pena profunda.

Al llegar á la puerta aun tuvo Josefita fuerza para decir:

—Seamos sensatos y sigamos á Becquer.

Y con voz melodiosa y dulce como un suspiro recitó:

¿Quieres que conservemos una grata,
memoria de este amor?
Amémonos un poco y en seguida,
digámonos adiós.

El coche la esperaba, y al encerrarse en él
con su hermana, no pudo resistir más y se echó
á llorar copiosamente.



XV

Fué la primera boda la de Rafael, que se verificó el día 24 de Octubre con gran solemnidad.

Pepita Alcover y la condesita de Luca, en cumplimiento á la apuesta que hicieron en el colegio de la Trinidad, avisaron á Herminia para ponerse de acuerdo sobre lo que habían de regalar á Carlota, que á pesar de su sencillo procedimiento era la que se había dado más maña para buscar marido, toda vez que era la primera en casarse.

Decidieron regalarle un magnífico aderezo y encargarse de formar la corte de honor de la novia en el dichoso día de sus nupcias.

Herminia manifestó al duque de Petri su deseo de ir á Madrid á la boda para la cual había

sido invitada y éste consultó con el conde de Sotomayor, que no puso reparo alguno, prometiendo ir á buscarles para acompañarles en su viaje á Madrid, con tanto más motivo cuanto que debía él apadrinar á su entrañable amigo Rafael.

Fué una boda llena de alegría. Carlota Bago estaba divina con su vestido blanco de desposada y su corona de azahar, que le hacía parecerse más que nunca á una de esas vírgenes que parecen no haber tenido vida más que en la imaginación de los poetas.

Rafael contemplándola y al considerar que aquella divinidad era suya, se sentía el hombre más feliz del Universo, y no se hubiera cambiado por el rey más dichoso de un cuento de hadas. A la boda de Rafael y Carlota, siguió la de Pepita Alcover, que animada al ver el espectáculo brillante de aquella fiesta, puso en juego toda su travesura, para anticipar los acontecimientos.

A decir verdad, á ésta más que á ninguna correspondía el premio en el arte de buscar marido, porque su procedimiento es sin duda el más infalible, y lo ocurrido con Rafael y Carlota no deja de ser una excepción y sabido es que las excepciones afirman la regla.

La condesita de Luca no olvidó los consejos de Pepita Alcover y también se casó, continuando después de casada con los mismos procedimientos empleados para atraer al marqués de Valdecides.

El ángel de la felicidad parecía empeñado en distribuir sus dones sobre aquellas parejas, que crecían en hermosura y contento.

Cuanto á Sotomayor, también cumplió su palabra casándose con la duquesita de Petri.

El mismo día de su boda recibió de manos de Rafael una primorosa sortija, y al preguntarle que á que venía aquel segundo regalo, pues ya le había hecho uno, repuso:

—Es de Josefita, que me escribe mandándome esta alhaja y rogándome que te recuerde cierta rima de Becquer.

Sotomayor suspiró dedicando á su amiga el más dulce de los recuerdos.

—Me encarga también que te diga, que por fin va á conseguir el deseo de toda su vida y que si Dios no dispone otra cosa, dentro de unos meses será madre, y será la más feliz de las mujeres.

El conde tembloroso y conmovido abrazó á Rafael dándole las gracias por la noticia.

Y la duquesita de Petri fué la única de las

cuatro amigas que vió suspirar algunas veces á su marido.

Pero no se alarmaba por eso y se esforzaba en ser complaciente y amable con él, porque sabía que sólo así podía hacer la felicidad del conde.

FIN

Simpática lectora, si por tu edad estás en estado de merecer, te aconseja el autor de esta mal pergeñada novelita que acabas de leer, no tomes por norma el sistema empleado por las protagonistas de mi relato. Sigue los impulsos de tu corazón, y que la ficción y el egoismo, no sean los inductores que te hagan elegir marido.

EL AUTOR

CAZAR Á LAZO

NOVELA ORIGINAL

== Por D. CASTO ==

STATE A 91340

1920-1921



CAZAR Á LAZO

Paulina de Montemar, era una mujer enloquecedora.

Decimos enloquecedora porque más de cuatro infortunados galanes, habíanse visto aprehendidos en las redes de sus encantos, sin lograr de la despiadada hermosa ni una leve esperanza que les dejara traslucir el logro de sus amantes deseos, causándoles con ello perturbaciones de alma y de cerebro.

Con esto parecía gozar la gentil muchacha y ponía de su parte los más arteros recursos de la coquetería más refinada, al objeto de ir sumando víctimas de su hermosura, espléndida y provocadora más que otra alguna.

Paulina, había quedado huérfana de padre y madre cuando á penas contaba diez años, y

desde esta fecha hasta los veinte, permaneció encerrada en el colegio, hasta que sus tíos y tutores, acordaron llevarla á su lado.

Eran estos señores dos benditos de Dios, según opinión de todos cuantos les conocían.

Dos perfectísimos imbéciles según expresión gráfica de Paulina, que veía en ellos dos seres mezquinos y rutinarios, que hubieran hecho un papel magnífico en la edad media, encerrados en un castillo del más apartado de los lugares, sin más esparcimiento, que constantes prácticas religiosas, con profusión de ayunos y disciplinazos.

Eran, en suma, un matrimonio del tiempo de Isabel la Católica en pleno siglo xx.

Para ellos no existía otra cosa que la religión y los pergaminos. ¡Oh, los pergaminos!, como decía su sobrina mirando sus cetrinos y arrugados semblantes.

Con estos antecedentes, no extrañarán nuestros lectores que la vida que pasó Paulina al lado de sus tíos los Duques de la Fé, le hicieran perder la poca que ella hubiera tenido en el amor familiar.

Así, que, el mismo día que cumplió la mayoría de edad, convocó solemnemente á una grave conferencia, á los místicos viejos, y despoján-

dose de la máscara de humildad y apocamiento que hasta entonces había tenido, les dijo con la mayor claridad y en un tono asaz burlón y decidido:

—Queridos tíos y tutores: hasta hoy no declaré á ustedes con la franqueza que hoy lo hago, la verdad de lo que pienso y de lo que deseo...

—Explicarte hija mía; explicarte claramente, pues, me alarma ese aspecto y ese lenguaje revolucionario, que creo notar en tí.

—Y no se equivoca usted tío, me siento rebelde, sino contra ustedes á quienes profeso un amor y un respeto profundos, contra el ambiente en que me han hecho vivir...

—¿De qué puedes quejarte, ingrata?—dijo la Duquesa.

—De la fatalidad que hizo, naciera hembra, y quedara desde niña sin el calor de mis padres...

Hubo una ligera pausa, tras de la cual prosiguió Paulina.

—Hasta hoy, mi vida, ha sido una constante reclusión: de niña, hasta los veinte años, encerrada, sin salir una vez, en aquel convento de Francia, que más que una casa Santa y un centro de enseñanza, es un lugar donde anidan

malas pasiones, vicios repugnantes, y todos los instintos de rencor; la envidia y la venganza...

—¡Señor Todopoderoso!... ¿Qué dice esta hereje?...—exclamó la tía.

—Califíqueme usted como quiera. Tengo el convencimiento de ser una buena cristiana, de adorar á Dios sin ofenderle, y de practicar siempre que puedo las máximas de Jesús...

Y como viera que iban á interrumpirla, impuso silencio con un gesto y prosiguió:

—Salí del colegio á los veinte años: edad en que la mayoría de mis compañeras ya eran casadas, cuando no, madres de familia...

—¡Qué desvergüenza!—dijo la vieja tapándose el rostro con ambas manos.

—¡La perversión del siglo!—añadió su marido persignándose con exageración.

Paulina, envolviendo á sus tíos en una mirada mezcla de piedad y de desprecio, prosiguió, sin hacerles caso.

—...Desde los veinte años hasta hoy, me han llenado ustedes de atenciones, de potajes, de ayunos y de rezos; de consejos y de consejas... pero me han hecho pasar una vida desesperante, por lo monótona, lo aburrida, y... *lo santa.*

—¿Y bien?—preguntó el Duque todo atufado.

—Y bien,—contestó Paulina.—Como no estoy dispuesta á conquistar el cielo á este precio, tengo la satisfacción de anunciar á ustedes, que he cumplido mi mayoría de edad y que me emancipo...

—¿Cómo?...

—Que me marcho con la prima de mi padre, la Marquesa del Bosque Frondoso; que vive más á la moderna y á cuyo lado podré hallar un marido de mi agrado y de mis ideas.

—¡Ingrata! ¡Más que ingrata! ¿Cuántos candidatos á esposos no te hemos presentado nosotros?...

¡Bonitas proporciones!... ¡Viejos gotosos é hipocritones que me hubieran transportado con su odiosa compañía á los tiempos inquisitoriales.

—¡Infame! ¡Desagradecida!... ¡Y yo que te dejaba mi fortuna á nuestra muerte...

—Gracias, tío, me basta con que sin pérdida de tiempo me ponga usted en posesión de la mía... Tresmillones, que con los intereses de trece años, vendrán á ser, unos cuatro... con novecientas cincuenta mil pesetas...

Los duques se mordieron los labios y cambiaron una mirada de terror.

—Con esta suma,—siguió Paulina,—no dudo

que podré disfrutar un par de años, y encontrar, después, un marido joven, guapo y libre de los alifafes que *adornaban* á los pretendientes que ustedes me proporcionaban.

—Está, muy bien, señorita,—dijo el duque aparentando dignidad. —Se cumplirán sus deseos, pero nosotros habremos muerto para usted.... Le entregaré su fortuna... deduciendo como es consiguiente, los gastos...

—Perfectamente; y autorizo á usted querido tío, para que no se inspire en las máximas cristianas de que tanto blasona... ¡Póngame las cuentas del *Gran Capitán*!...

Y lanzando una sonora carcajada, salió de la estancia, encerrándose en su gabinete.

Una hora después, sin pedir permiso á nadie, ordenó á un criado que fuera por un coche, y en él se trasladó al Hotel de la marquesa del Bosque Frondoso.



Desde que Paulina de Montemar se instaló al lado de la marquesa del Bosque Frondoso, comenzó para ella una vida de la que sólo tenía ligera idea, por lo que había oído referir á sus amigas de colegio.

La primera vez que apareció en sociedad, libre de la fiscalización de sus tíos, los duques; luciendo su resplandeciente belleza y haciendo gala de su clarísimo ingenio, alcanzó un triunfo indiscutible.

Inmediatamente formóse á su alrededor una numerosa corte de adoradores de todas clases y tipos, edades y fortunas.

Paulina, sonreía á todos sin distinguir á ninguno, y los hacía moverse á su lado con esa maravillosa habilidad que funcionan los fantoches á voluntad de su dueño.

En diferentes ocasiones, su parienta, la de Bosque Frondoso, habíale reprochado, su ligereza, puesto que hacía, á veces, concebir espe-

ranzas que más tarde se veían defraudadas, y en una ocasión dieron lugar á un lance entre dos conocidos aristócratas.

Paulina se reía de estas cosas y contestaba á su parienta:

— Querida Obdulia: he pasado mi vida en la mayor austeridad, justo es que procure resarcirme de mis tiempos de mogigata...

— Eres una locuela; una encantadora locuela que conseguirá tener muchos adoradores y ningún marido.

— Estás en un error, queridita mía. Me casaré tan pronto como quiera; pero para casarme necesito encontrar mi tipo; el hombre que he soñado, sea noble ó plebeyo: me bastará conque sea hermoso y me ame. Soy, rica y por tanto no estoy obligada á sacrificar mi albedrío á una fortuna.

— Todo eso está muy bien, pero has de tener en cuenta que yo estoy próxima á dejar de ser viuda y que tu ya tienes veinticuatro años... seis menos que yo...

— Seis y bastantes meses... — dijo Paulina riendo con intención.

— No seas indiscreta. Tengo treinta y cinco, pero ya sabes que las mujeres no pasan de los treinta mientras conservan su belleza, y me

parece que la mía aun es capaz de tener muchos solicitadores...

—Eso sí que es innegable; eres hermosa como un angel, tanto que serías la única rival que pudiera causarme recelo.

—¡Aduladora!... ¡Tú sí que eres linda, como la diosa del amor... Pasemos á otro asunto: ya sabes que mi futuro esposo está para llegar de un momento á otro...

—Lo sé.

—Pero lo que no sabes, es que viene acompañado de su hermano, un guapo mocetón, que se ha educado en Londres y que tiene una fortunita de dos millones de pesos, en fincas, en ganados y en otras ordinarieces por el estilo.

—¡Uf, qué ascol! ¡Será un labriego!

—Es uno de los más fuertes capitalistas de la Argentina, en donde está avecindado.

—¡Ah, vamos, un *gauchol*...

—¡Que te convendría mucho para marido!...

—Y tu futuro, ¿es también algún ricacho de las Pampas?

—También, pero se ha dedicado á la diplomacia y siempre ha vivido en el Extranjero.

—Del mal el menos. ¿Y dónde le conociste?

—En París, de donde me siguió á la Corte, y una vez aquí, puso casa: un hotel que le cuesta

setecientas mil pesetas, y que ha decorado con el gusto más exquisito.

—Y en el cua! viviréis una vez casados...

—Precisamente. Así pues, Paulinita, véte preparando á la conquista del *gaucho* como tú le llamas..

—Me parece que volverá solterito á sus potreros, á menos que me cace á lazo como á un *mustang*...

—Ya veremos...

Y ambas hermosas, se dispusieron á salir en carruaje, según costumbre, para pasear por el Retiro y la Castellana.



—Mira, mira, Paulina,—decía la marquesa entrando en la alcoba de nuestra protagonista, que aun no había abandonado el lecho, y se desperezaba con gracia encantadora.

—¿Qué es ello?

—Esta carta que acaba de llegar.

—¿De tu diplomático?

—De él.

—¿Y qué dice?

—Que acaba de desembarcar en Barcelona con su hermano, y dentro de tres días saldrá para aquí.

—¡Ay pobre Obdulia!... ¿Estás enamorada de verdad?

—Por primera vez en mi vida.

—Y tu primer marido ¿no supo inspirarte amor?

—¡Calla, por Dios!... Cómo quieres que inspire amor un hombre que duplica la edad á su mujer y no puede hablar más que del *amortizable*, del *interior*, del *alza*, de la *baja*... ¡Horror! Mi marido no sabía decir una flor: cuando quería lisonjearme me compraba una joya y me mostraba la factura, para demostrarme con la cifra la intensidad de su amor. ¡Qué vida tan horrible!... ¡si no hubiera venido en mi ayuda aquella bendita congestión cerebral que lo mandó al *otro barrio*, hubiera huído de él...

—Eres muy poco piadosa con quien te dejó un título y un millón de duros.

—¡Bien me lo gané!... Vamos á nuestro asunto: se me ha ocurrido una idea peregrina.

—Veamos.

—Tomar mañana el expreso y marcharnos á Barcelona.

—No estaría bien visto.....

—¡Qué sabes tú!... ¡Par : tí, no, porque eres soltera, pero en mí, nada tiene de particular, soy viuda y mi estado te ampara.....! Nada, está decidido!

—¡Cúmplase tu voluntad!

Y cuando Obdulia hubo salido, Paulina deslizó las piernas hasta la alfombra, y puesta de pie, arqueó los brazos tras su despeinada cabeza y volvió á desperezar con lentitud su cuerpo encantador, haciendo tremolar nerviosamente el robusto seno y dejando lucir el enortijado vello de la axila que hacía adivinar otras preciosidades más recónditas, vírgenes todavía de miradas profanas.

Tocó un timbre y apareció al punto su camarera, una deliciosa chiquilla de dieciseis abri-les, con más expresión picaresca en su rostro que pudiera presumirse en sus pocos años y en su carita de querube.

—¿Qué manda la señorita?—dijo al entrar.

—Que me peines.

Y mientras la doncella ponía á su ama una elegantísima bata de batista y calzaba sus piés con minúsculas zapatillas, preguntó Paulina:

—¿Qué hay de nuevo hoy, Consuelito?

—Lo de todos los días. Hasta ahora han traído tres ramos y dos cartas.....

—Decididamente hay que confesar que el número de imbéciles es interminable..... Veamos qué dicen estos zánganos, — y cogió las cartas que le ofrecía la doncella.

Leyó la primera, que como presumía, no era otra cosa que una apasionada declaración de amor suscrita por un baroncito, escrofuloso y corto de talla; uno de esos mequetrefes que amparados por un título y unos millones, arrastran por los salones una naturaleza raquítica, y hacen gala de gallardías ilusorias y cínicos desplantes.

Paulina comentó la misiva con la gracia que tan peculiar le era, y rompiéndola en menudos pedacitos, arrojó éstos á un delicado recipiente de porcelana que había en la mesa de noche.

—Veamos quién es el otro galán.

Comenzó á leer la segunda carta, y no bien hubo recorrido las primeras líneas, arrugó el entrecejo, y murmuró:

—¡Esto sí, que es singular!...

Consuelito seguía con la mirada los gestos de su señorita, y si bien nada preguntó, por no

juzgarlo respetuoso, estaba muerta de curiosidad.

Así que, cuando Paulina dió fin á la lectura y quedó cabizbaja contemplando aquel misterioso escrito, no pudo por menos la doncellita que preguntar á su ama con un interés verdaderamente sincero:

—¿Es algo que desagrada á la señorita?

—No, hija mía, no; al contrario, es una cosa bien extraña... Verás...

Y empezó á leer en voz alta.

«Sin duda alguna, adorable Paulina, cuando sus hermosos ojos, se fijen en este escrito, creerrán hallar en él uno de esos mensajes almibarados, lleno de lugares comunes y exomado con todos los primores retóricos que requiere una declaración de amor»...

«Nada de esto hallará en esta carta, que le dirige un hombre que adora á usted con locura, y que por lo mismo, no está dispuesto á servir, como otros muchos, de blanco de sus coquetearías y veleidades. Es usted hermosa como un querube, posee un clarísimo ingenio que la separa de ese grupo de mujeres insulsas, que sólo tienen un barniz de educación más ó menos acabadas; pero con todo ésto; que es mucho,

no me resulta usted, por ser la reina de las coquetas.

«Yo la adoro y estoy dispuesto á que usted sea mía; mía eternamente; la hermosa compañera de mi vida, que endulce mi existencia»...

«Para ello, esperaré á que usted se rinda, nunca sabrá usted quién es el autor de esta carta, hasta que llegue el momento para mí dichoso, en que deponiendo sus veleidades, llegue á mí, palpitante de amor.»

«Si ese momento llega, como espero, seré el más feliz de los mortales y mi vida será corta para hacer la suya tan feliz como no pueda ambicionar mujer alguna».

«Está usted avisada».

—Será pedante,—dijo la doncella.

—Pero no me negarás, que al menos es original.—Y después de pensar un poco, añadió, —Esta carta se libra del naufragio; ¡quién sabe si algún día me será útil...

Paulina, entregó su linda cabeza á Consuelito, quien en pocos momentos la dejó artísticamente peinada.

Después salió á reunirse con Obdulia, y mostrándole la extraña declaración de guerra, hizo los mas deliciosos comentarios, sobre el anónimo galán.

No obstante, aunque procuraba demostrar lo contrario, una tenaz preocupación se había apoderado de su espíritu.



Conforme á lo convenido, al siguiente día la marquesa de Bosque Frondoso y Paulina, ocuparon un departamento de primera clase en el expreso de Barcelona.

Nada digno de mención ocurrió hasta llegar á Zaragoza, en cuya estación, subió un nuevo viajero al departamento en que iban nuestras damas.

Este personaje era un joven como de treinta años, alto, moreno, de ensortijado bigote, elegante, sin afectación, de maneras distinguidas y revestido de ese aire de despreocupación que delata al hombre de mundo.

Hizo un ligero saludo, y prescindiendo de los demás viajeros, atravesó el departamento y fué

á sentarse frente á frente de Paulina y la Marquesa, á las que saludó con indiferencia.

El joven caballero había comprado en el kiosco de la estación una novela titulada «Malditas sean las mujeres», (1) y sin ocuparse más de sus compañeras de viaje, se dispuso á matar el tiempo leyendo.

Paulina y Obdulia, con esa curiosidad ingénita en las mujeres, dirigieron una mirada al volumen, y al reparar en el título cambiaron una sonrisa.

Pasaron algunos minutos, durante los cuales el tren avanzaba en su vertiginosa marcha, rompiendo el silencio de la noche con los estridentes silbidos de la locomotora.

Obdulia entornó los ojos como disponiéndose á dormir, y Paulina dejaba vagar la mirada tras los vidrios del vagón, viendo cruzar rápidas las siluetas de los árboles, que semejabán gigantes en precipitada fuga.

De cuando en cuando dirigía una mirada al joven caballero, que á pesar de la vacilante luz, parecía muy interesado en la lectura, detalle que empezaba á mortificar á Paulina,

(1) Editada por la casa LEZCANO de Barcelona.

quien en su fuero interno, calificó de grosera la actitud de su vecino.

Obdulia, se había dormido en realidad, y Paulina cerró sus hermosos ojos y fingió dormir.

El viajero dirigió una rápida mirada al hermoso rostro de su vecina y en sus labios se dibujó una ligera sonrisa.

Pasó un buen rato.

De pronto, Paulina, que parecía dormitar, dejó escurrir su saco de manos que fue á parar á los piés del viajero.

Simultáneamente, se inclinaron Paulina y el caballero á recogerlo, y los rizos perfumados de la joven rozaron el rostro de su vecino, haciéndole sentir un estremecimiento extraordinario, que procuró no revelar.

—¡Dispense usted, caballero!..

—¿De qué, señorita? usted es la que ha de ser indulgente con mi torpeza.....

Y ambos callaron.

Y como Paulina viera que su vecino se disponía á reanudar la lectura, le interrumpió en su propósito con las siguientes palabras:

—¡Qué noche tan clara!... Se pueden observar los detalles de la campiña como si fuera de día...

—En efecto, la noche es espléndida, propia para ser cantada por la musa del poeta.

En este instante, despertó Obdulia, y la conversación se hizo común entre los tres.

El viajero, abandonó su libro dejando la cubierta á la vista de las señoras.

Paulina, cuyo ingenio y travesura la hacía tan temible, dijo al caballero.

—Si no hubiéramos tenido ocasión de comprobar su exquisita galantería, no nos hubiéramos atrevido á dirigirle la palabra.

—¿Y por qué motivo, hubiera sido semejante desgracia la mía?

—Por ese libro...

—¿Este libro?...

—Sí; no me negará usted que el título es bien poco benevolo con el sexo bello.

—La verdad es que no resulta muy grato para las damas, pero....

—¡Ah! tenemos un *pero*.

—Diré á ustedes.

—Veamos, —dijo entonces Obdulia,—veamos qué opinión tiene usted de la mujer.

—La mujer no constituye para mí, dentro de la Humanidad; mas que un defecto *hermosísimo*, un peligro atrayente é inevitable para el hombre que no puede dominar su corazón, un

veneno en fin, que da la vida, tomándolo en pequeña dosis, y en diferentes veces, ó mata sin remisión si se toma de una vez.

—¡Bravo!—No salimos muy bien libradas...

—No obstante; yo soy el más entusiasta de la mujer; la admiro como se admiran esas obras de arte que causan la admiración del mundo, me deleito contemplando su belleza, su gracia exquisita, su ingenio.... pero todo esto, con admiración de artista, sin penetrar en los abismos del corazón femenino, y sin que el mío experimente ningún quebranto.

—Es usted muy joven, para opinar así,—dijo Paulina algo picada.—Parece usted uno de esos excépticos entregados á las crudezas de la filosofía del desengaño.

—Nada de eso; no puedo ser un desengañado por la sencilla razón de que nunca me he dejado engañar....,

—¡Vaya! ¡vaya!—exclamó Obdulia.

Hubo una pequeña pausa durante la cual, Paulina y el caballero se miraron atentamente como si quisieran profundizar sus mutuos pensamientos.

—Y... ¿vive usted en Barcelona?

—No, señora; mi casa, que es muy suya la tienen ustedes en Madrid; pero viajo mucho. Tan

pronto estoy en América, como en cualquier capital de Europa, y de cuando en cuando lle-
go á Madrid, á visitar el solar de mis mayores.

—¡Vamos!—dijo Paulina.—Es usted una es-
pecie de judío errante.

—Paso por lo de errante, pero protesto de lo
judío, señorita.

—En hora buena. Y ahora ¿emigra usted de
nuevo?

—No, señorita; voy á Barcelona á recibir á
un íntimo amigo mío que acaba de llegar de
América.

Paulina y Obdulia cambiaron una mirada de
inteligencia.

—Si no me juzgara usted indiscreta me per-
mitiría preguntarle el nombre de ese amigo...

—Nada de eso; mi amigo se llama...

—¿Raul de Céspedes?—preguntó Obdulia.

—En efecto,—dijo el joven mostrando una
gran admiración.

—Y ¿sabe usted el objeto de su viaje?

—Desgraciadamente, sí.

—¿Cómo desgraciadamente?

—Por que viene para casarse.

—¿Y eso es una desgracia?

—Para mí, sí. No obstante, del mal al menos.
Tengo referencias de que su futura es una mu-

jer encantadora, de noble alcurnia y que le ama verdaderamente... ¡Con tal de que le ame siempre!

—¿Y por qué no ha de amarle?

—El corazón de la mujer es tan inseguro...

—Caballero, si llega usted á hablar mal de la futura del Señor de Céspedes, me hubiera inferido un agravio.

—Yo no hablo mal de ninguna mujer. Lo que hago es defenderme de ellas.

—¿Conoce usted el nombre de la dama en cuestión?

—La marquesa de Bosque Frondoso.

—Que en este momento le da á usted las gracias por la opinión que de ella tiene y se complace en presentarle á su sobrina, la señorita de Montemar...

—Cómo, señora; ¿usted es la marquesa?

—Y servidora suya...

—Veo que mi amigo Céspedes es una autoridad innegable en apreciar la belleza de la mujer. Si yo fuera capaz de transigir con el matrimonio, vería en el de mi amigo la conquista más completa de la felicidad.

—Vamos. Siquiera es usted un amigo muy galante...

La conversación duró aun buen rato, tras el

cual nuestros viajeros se dispusieron á tomar algún descanso.

* * *

El expreso acababa de entrar en el amplio andén de la Estación de Francia.

Infinidad de personas se hallaban esperando la llegada de los viajeros, formándose al entrar el convoy en agujas, un concierto de voces, exclamaciones, gritos de alegría, saludos, preguntas, el vocear de los vendedores de periódicos, y el rodar de las carretillas...

Nuestro caballero, á quien desde ahora conoceremos con el nombre de Ernesto, se ofreció galantemente á las damas y, dando instrucciones á un mozo de estación para que condujera los equipajes, salieron del andén y se dirigieron á un lujoso landó que aguardaba en el Paseo, detalle que causó alguna sorpresa á Paulina y que Ernesto justificó diciendo que había teleografiado desde Zaragoza á la cochería de que acostumbraba á servirse.

Una vez instalados en el Hotel, Ernesto, se

ofreció á la marquesa á ir en persona á dar la noticia de la llegada al Señor de Céspedes, lo que Obdulia agradeció sin reservas.

Cuando las dos mujeres se encontraron solas en el lujoso salón que habían tomado, preguntó la marquesa á Paulina.

—¿Qué te parece nuestro hombre, el amigo de mi futuro?

—Un buen mozo, con talento y mundo, pero cargado de fatuidad, y á quien habrá que meter en cintura.

—Lo veo difícil.

—No me conoces.

Sigamos nosotros ahora á Ernesto.

Cuando salió del salón se dirigió á un cuarto del piso principal, cuya puerta empujó sin pedir permiso, yendo á caer en los brazos de un caballero que le aguardaba con ansiedad.

—¡Querido Raul!

—¡Hola, tarambana!... ¿qué tal? ¿vienes satisfecho?

—¡Loco; enamorado hasta la médula!... ¡Es preciosa! ¡Ingeniosísima!... pero ¡temible!

—Cuenta, cuenta—dijo el Sr. de Céspedes, cogiendo el brazo de Ernesto y conduciéndole á una *chaise longue*.—Sé breve, pues ardo en deseos de ver á mi Obdulia.

—Es celestial. Te felicito.

—Vamos, cuenta.

—Conforme á lo convenido,—empezó Ernesto—tan pronto llegué á Madrid, me puse en campaña, empezando por captarme la estimación de la doncellita de Paulina, previa entrega de quinientas pesetas. Por ella supe la impresión que mi carta le hizo. Me llama el *gaucho* y dice que no la conseguiré si no la cazo como á un *mustang*.

—Tiene gracia.

—¡Maldita la que á mí me hacel... La he visto en la Castellana, en el Real, en la embajada francesa, y en todas partes hallé una turba de adoradores, de los que ella se burla despiadadamente.

—Eso es un buen síntoma.

—Así lo creo. Su hermosura me ha cautivado y sin ella no podría vivir; pero está montaráz y necesito que acepte el freno... Hasta tanto, siga la comedia: yo no soy tu hermano; tu hermano ha salido para París. Le enseñaremos un retrato cualquiera, diciendo que es del señor de Céspedes y veremos lo que sale...

—Bueno, bueno; pero procura que la farsa termine pronto, porque si no, te descubro.

—Dejarías de ser un buen diplomático.

—Vamos, vamos á ver á nuestras hermosas.

Y ambos, cogidos cariñosamente del brazo, se dirigieron en busca de Paulina y la marquesa, que ya estaban algo impacientes por verlos.

* * *

Estamos en Madrid.

Han transcurrido quince días desde que dejamos á nuestros personajes en Barcelona, de donde salieron una semana después.

A la marquesa le había dicho el Sr. de Céspedes que su hermano se hallaba en París, arreglando unos asuntos, y que Ernesto, era un amigo de su mayor intimidad y aprecio.

Con objeto de no dar nada á sospechar, á Paulina y Obdulia se les había dicho que Ernesto se llamaba Emilio Cifuentes.

Como todo se hallaba dispuesto para la boda del Sr. de Céspedes con Obdulia, se celebró ésta al fin, siendo el tema de todas las

conversaciones entre el gran mundo, por la suntuosidad del acto, las simpatías de los contrayentes, y el amor conque ambos habían ido al altar.

Obdulia no quiso que Paulina se separara de su lado y por su parte el Sr. de Céspedes ofreció hospitalidad en su palacio á su *íntimo amigo Don Emilio Cifuentes*.

Con este motivo los jóvenes tenían ocasión de verse y hablarse á cada momento. Ernesto, haciendo gala de una despreocupación que estaba muy lejos de sentir, y Paulina tratando de cautivar á Ernesto, para vengarse de él.

Bueno sera que advirtamos á nuestros lectores que Obdulia, puesta en antecedentes de todo por su esposo, había engrosado el número de conspiradores contra la invencible Paulina.

El Hotel del Sr. de Céspedes, situado en el barrio de Argüelles, era un verdadero palacio, por su riqueza, por su extensión y por el gusto artístico que en todo él presidía. Circundado de un parterre, lleno de grandes árboles que había hecho trasplantar exprofeso, y de toda clase de arbustos y plantas de las más delicadas; con un pequeño lago, en el que se mecía levemente una esbelta canoa y por el que na-

daban, perezosos, patos y cisnes; rodeado de grandes jaulas, que encerraban infinitas aves de todas clases y tamaños, desde el avestruz al colibrí, desde el orgulloso pavo real, de larga y tornasolada cola, á la enamorada tortolilla de lánguidos arrullos; con una estufa que guardaba en su interior las plantas exóticas de más precio y rareza, bien podía decirse, que aquella mansión había sido construída para morada de dos enamorados, como en realidad lo eran Obdulia y su marido...

Empezaba á declinar la tarde.

Paulina se encontraba sentada junto al lago, leyendo á Campoamor, el poeta de las mujeres, el maestro de las dulces filosofías, cuando Consuelito se presentó corriendo como un cervatillo hasta donde estaba la joven.

—¡Señorita, señorita! — llegó diciendo. — ¿Quiere usted ver una cosa?

—¿Qué es ello?

Y después de cerciorarse de que nadie la vería, comenzó á desabrochar su blusa, y sacó del pecho una fotografía.

—¿Qué es eso?

—Un retrato de mujer. ¡Mire usted que hermosa es!...

Paulina cogió el retrato, y tan pronto sus

ojos se fijaron en él, una gran palidez cubrió su rostro.

Era la imagen de una de esas bellezas deslumbradoras, que no se pueden mirar sin declarar su hermosura.

Al pie de la fotografía veíase una expresiva dedicatoria, de esas que sólo inspira la pasión.

Paulina procuró sonreírse, y haciendo ver que le era indiferente, preguntó á la doncellita:

—¿De dónde has cogido esto?

—Se lo diré, pero no me descubra. Estaba debajo de la almohada del señorito Emilio, que sin duda la dejó olvidada. Yo la he cogido para traérselo á usted y que la vea.

—Y ¿á mí qué se me importa? — dijo la señorita de Montemar arrojando con desprecio el retrato. —Has hecho muy mal en ser tan atrevida; cógelo y llévalo en seguida á donde estaba.

—Perdone usted, señorita; pero yo creí...

—¿Qué creíste?...

—Nada, nada, señorita.

Consuelito cogió el retrato, y ocultándolo bajo su delantal, salió corriendo al interior de la casa.

No bien hubo desaparecido, dejando á Pauli-

na en un estado febril, por el lado opuesto se dejaron sentir pasos, á tiempo que una voz varonil y bien timbrada cantaba á me lia voz un trozo de *Boheme*...

Un minuto después el pseudo Emillo se presentó a los ojos de Paulina, a quien saludó con gracia exquisita, en tanto la joven procuraba dar á su semblante un aspecto de jovialidad, que estaba muy lejos de sentir en aquellos momentos.

—Dios guarde al hada encantadora de esta mansión, — dijo el caballero estrechando la mano de Paulina.

—Usted siempre tan bromista...

—Y usted tan linda...

—Cuidadito... que cualquiera diría me iba usted á hacer el amor.

—Cosa de todo punto imposible para mí.

Paulina se mordió los labios y objetó:

—¡Ya, ya! Ya sé que abomina usted de las mujeres... feas. ¿No es verdad?

—No abomino de ninguna; las temo. Pasemos á otro asunto: tengo que dar á usted dos noticias; una que le será indiferente y otra que la llenará de satisfacción.

—Veamos:

—La primera, la que sin duda le será indife-

rente, es participarle que dentro de un par de días salgo de Madrid, á donde quizá no vuelva en muchos años...

— Me ofende usted al creer que miraré con indiferencia la marcha de un amigo tan estimable como usted...

— Gracias, señorita. La segunda noticia, la que con seguridad la llenará de júbilo, es poner en su conocimiento que dentro de un par de días llegará á esta casa, Ernesto de Céspedes, su presunto marido.

— ¡Caballero! — dijo Paulina; — con la primera noticia, me ha hecho una ofensa; pero suponer que me ha de causar júbilo la llegada de una persona á quien ni siquiera conozco, es aún mayor agravio. Ruego á usted que rectifique su creencia.

— Perdón, Paulina; pero como en la casa se dice...

— Pueden decir lo que quieran; lo que yo le aseguro á usted, es que el Sr. de Céspedes, á quien creo un perfecto caballero, no será nunca mi esposo, y que para evitar ulteriores consecuencias mañana saldré de esta casa.

— Pero usted no lo conoce. Usted puede llegar á amar á Ernesto.

— ¡Imposible!

—¿Imposible?... ¿Por qué?...

Paulina no contestó á esta pregunta.

La obscuridad se iba haciendo completa y el joven, aprovechando aquel momento de emoción que experimentaba la muchacha, se aproximó á ella y, cogiéndola cariñosamente de una mano, repitió la pregunta:

—¿Imposible?... ¿Por qué?

Paulina levantó los ojos y, al fijarse en su compañero, creyó ver en él una completa transformación, que le hacía aparecer otra persona distinta.

Tal destello de pasión brillaba en sus ojos, tanta emoción revelaba su semblante y tan trémulo era su acento al insistir en la pregunta, que Paulina creyó adivinar la causa de aquel cambio, y sintió afuir toda su sangre al corazón.

—¿Por qué?—insistió el galán. —¿Acaso ama usted á otro?

—¡Quién sabe!—contestó Paulina, envolviendo al joven en una mirada magnética que le dejó galvanizado.

Insensiblemente se habían aproximado á la estufa y, penetrando en ella, se encontraron, sentados en un banco, con las manos enlazadas, y amparados por las tintas de la noche,

que lo envolvían todo en esa obscuridad tan querida de los amantes que buscan la soledad y el misterio...

—¡Paulinal... ¡Si usted no fuera tan coqueta!...

—¡Emilio, si usted supiera amar!...

Y como si estas palabras hubieran sido una señal de ataque, el chasquido de un beso apasionado que el joven imprimió en la mano de Paulina, interrumpió el silencio de aquella morada de las flores.

—¡Emiliol... ¿qué es esto?

—Paulina: ¿renunciaría usted á los millones del Sr. de Céspedes?...

—Yo soy rica, y aunque no lo fuera, desprecio el dinero...

—¿Me amaría usted?...

—Sería ofender al original de cierto retrato...

—Eso son celos.

—¿Celos?

—Celos, sí; celos y amor, ¡luz de mis ojos!...

Y viendo el joven que Paulina se hallaba en ese momento psicológico, en que la hembra precisa ser atacada por el macho, rodeó su cintura, y besando aquellos labios ardientes por la emoción y rojos como el terebinto,

la declaró su amor con las más dulces, las más vehementes de las expresiones.

Panlina se sintió feliz, como nunca lo había sido.

—Alma mía, mi tesoro; — le decía el galán, sin cesar en sus acometidas — dame, dame una prueba de que no soy para ti un juguete, como lo han sido todos.

—¿Qué prueba puedo darle?

—Una que haga imposible tu matrimonio con otro hombre más que conmigo.

—Eso no es posible.

—Sí lo es, bien mío; verás...

Y como la noche había cerrado por completo, y el lugar en que se hallaban, los ponía á cubierto de indiscretas miradas, se inició una ligera lucha, tenaz por parte de él, cada vez más débil por la de ella, hasta que un grito ahogado, seguido de dos fatigosas respiraciones, dieron á entender que las alas de la virgen habían quedado tronchadas.

.

—¡Así te quiero, vida mía! —le decía Ernesto, media hora después, mientras la conducía del brazo al interior del Hotel.—¡Mía! ¡Solamente mía; para siempre!...

—Si me engañaras, me quitaría la vida—le contestó Paulina, dirigiéndole una mirada de pasión, que hizo fulgurar sus encendidos ojos.

* * *

Acababan de servir los postres, y cuando se disponía á paladear el sabrosísimo moka, el Sr. de Céspedes, revistiéndose de una gravedad exagerada, que hizo sonreír maliciosamente á la encantadora Obdulia, dirigió la palabra á Paulina de Montemar, en la siguiente forma:

—Queridita Paulina: desde el momento que la muerte arrebató á usted á sus amantes padres, sería para mí una honra y un placer inmensos que aceptara mi protección.

—La acepto con toda mi alma y con la mayor gratitud.

—En hora buena. Entendiéndolo así, creo que no dudaré usted que mi mayor alegría será asegurar su posición en el porvenir. Us-

ted es rica, pero es sola, joven y hermosa como pocas.

—Adulación...

—Necesita usted casarse.

Paulina se estremeció y dirigió una mirada de terror á su amante.

—Por ahora, no he pensado,—objetó débilmente.

—Yo, sí;—dijo el Sr. de Céspedes, — y á este fin, tengo el honor de pedirla su mano para mi hermano Ernesto, que creo será un marido que en nada desmerecerá de usted.

—Así lo creo, seguramente, Sr. Don Raul: su hermano es un esposo que hará la felicidad de la mujer á quien ame; pero el matrimonio que con él me propone, es de todo punto imposible; entiéndalo bien ¡imposible!

Y dijo esta frase con suma energía y levantándose de la mesa, con los ojos llenos de lágrimas.

—Está bien, hija mía; no hablemos más de ello. Tranquilícese, y dígame, si es que puede, en qué consiste esa imposibilidad.

Paulina guardó silencio, y en vista de ello, su amante se aproximó á ella, y cogiéndola una mano, la dijo:

—Paulina: ¡ha llegado el momento de las

aclaraciones. Yo la ruego que declare sin ningún embozo lo que sienta.

Paulina le dirigió una mirada interrogadora, y al ver un signo afirmativo en los ojos del joven, dijo dirigiéndose á la marquesa y á su marido:

—Mis queridos amigos: no puedo aceptar la proposición conque me honran, porque mi mano y mi amor pertenecen á este caballero.

Una carcajada general acogió las palabras de Paulina, que quedó asombrada y encendida de rubor.

La marquesa, compadecida del aturdimiento de su sobrina, rodeó su cuello y la colmó de besos y frases de cariño.

—Queridita niña: Raul y yo te felicitamos con toda el alma por la hermosa elección que tu corazón ha sabido hacer; pero tú, á tu vez nos tienes que perdonar una traición que todos te hemos hecho en bien de tu dicha. Tu futuro esposo, este caballero tan galán, que tan bien ha sabido domeñar ese carácter rebelde, no es como tú supones: el *Sr. Don Emilio Cifuentes*, sino Don Ernesto de Céspedes, mi cuñado y futuro sobrino.

—Luego ¿tú?... ¿usted?...

—Sí, vida de mi vida; yo soy el *gaucho*, el

que te ha cazado á lazo, pero con los lazos del más grande de los amores.

—¡Ah! ¡Traidor!... Pero, en fin, te perdono y ¡hasta creo que te amo más!...

—¿Lo ves?... ¿Lo ves como tuve razón cuando te escribí aquella carta anónima?...

—¡También eras!... ¡Estaba por no perdonarte!...

Ernesto hincó la rodilla en tierra y, cogiendo una mano de su adorada, la besó respetuosamente, y la dijo:

—De aquí no me levantaré hasta que tus hermosos ojos no me digan que no guardas rencor á ese pobre *gaucho*.

* * *

Para qué decir, queridísimos lectores que la boda de Ernesto y Paulina, se llevó á paso de carga ante el temor de los resultados de aquella noche en la estufa. En pocos días, los amantes se vieron convertidos en marido y mujer, pero tanta impaciencia demostraron hasta que llegó tan ansiado instante, que Ernesto buscó ocasión diariamente, ó nocturnamente, de explicar á su amada, en forma práctica, los medios de que se valen los *gauchos* para derribar un *mustang*.

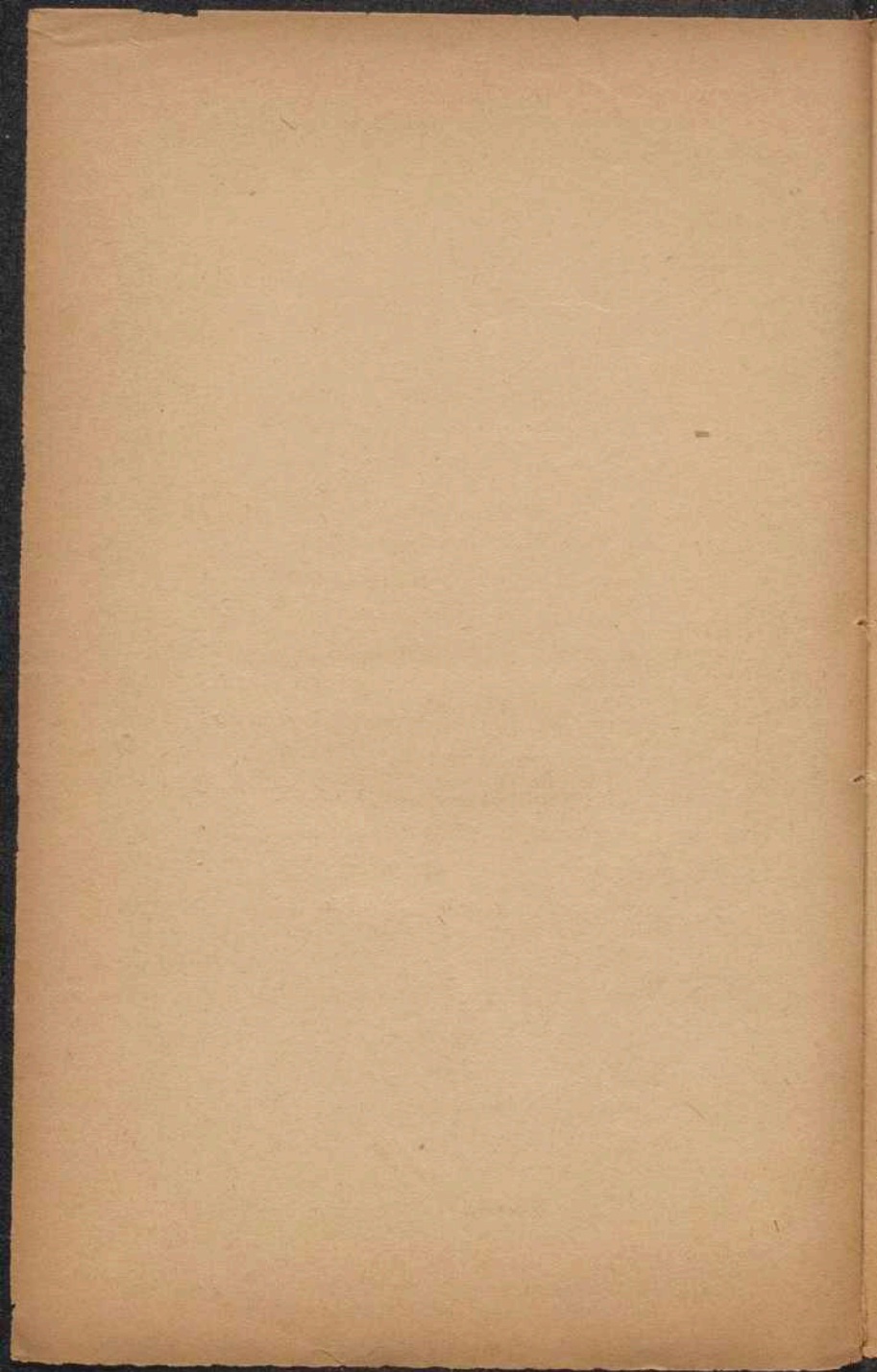
Y según personas que están bien informadas, tanto le gustaron á Paulina estas operaciones, que nunca puso el menor reparo cuando Ernesto le proponía *repetir la suerte*.

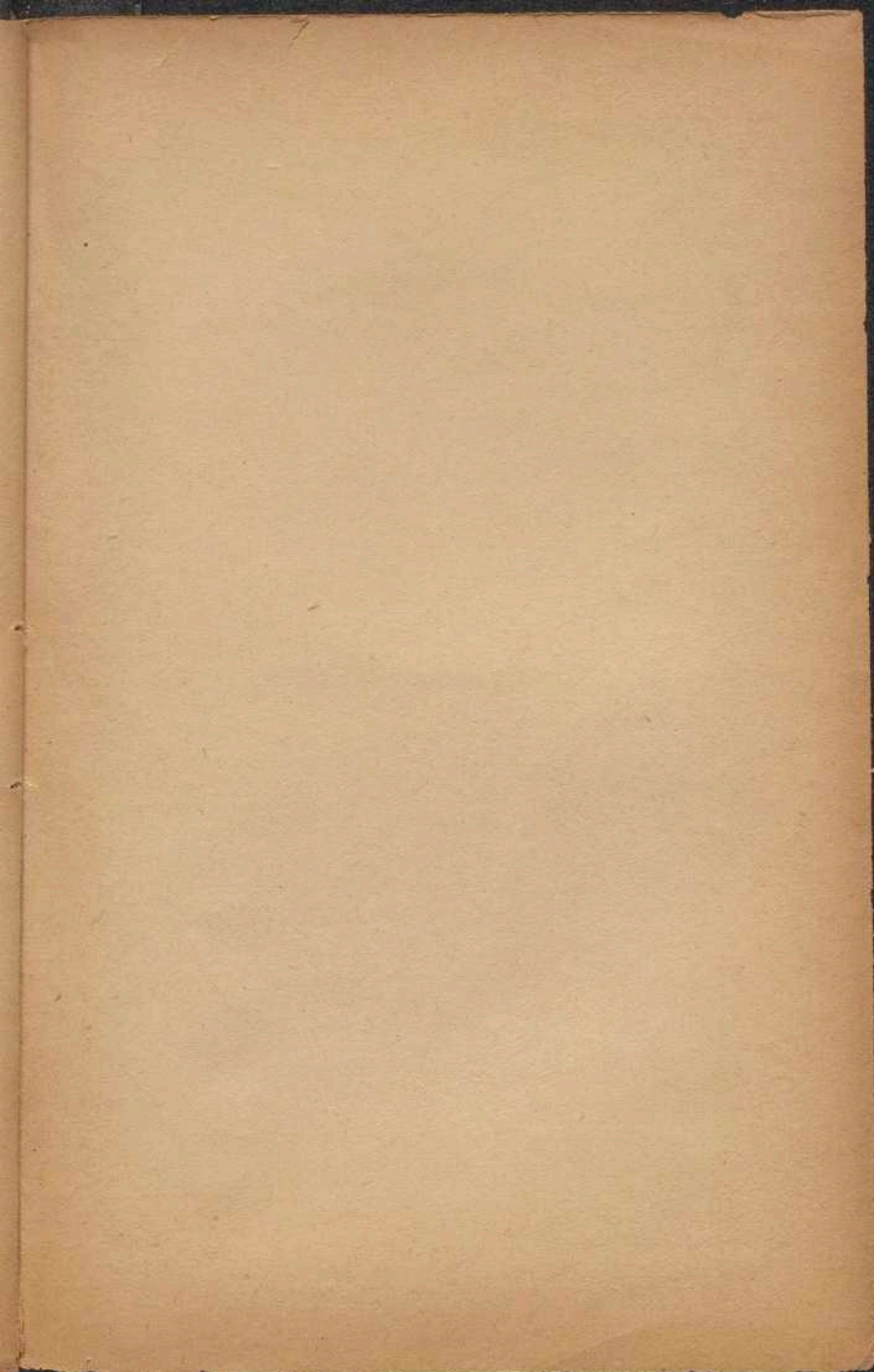
FIN

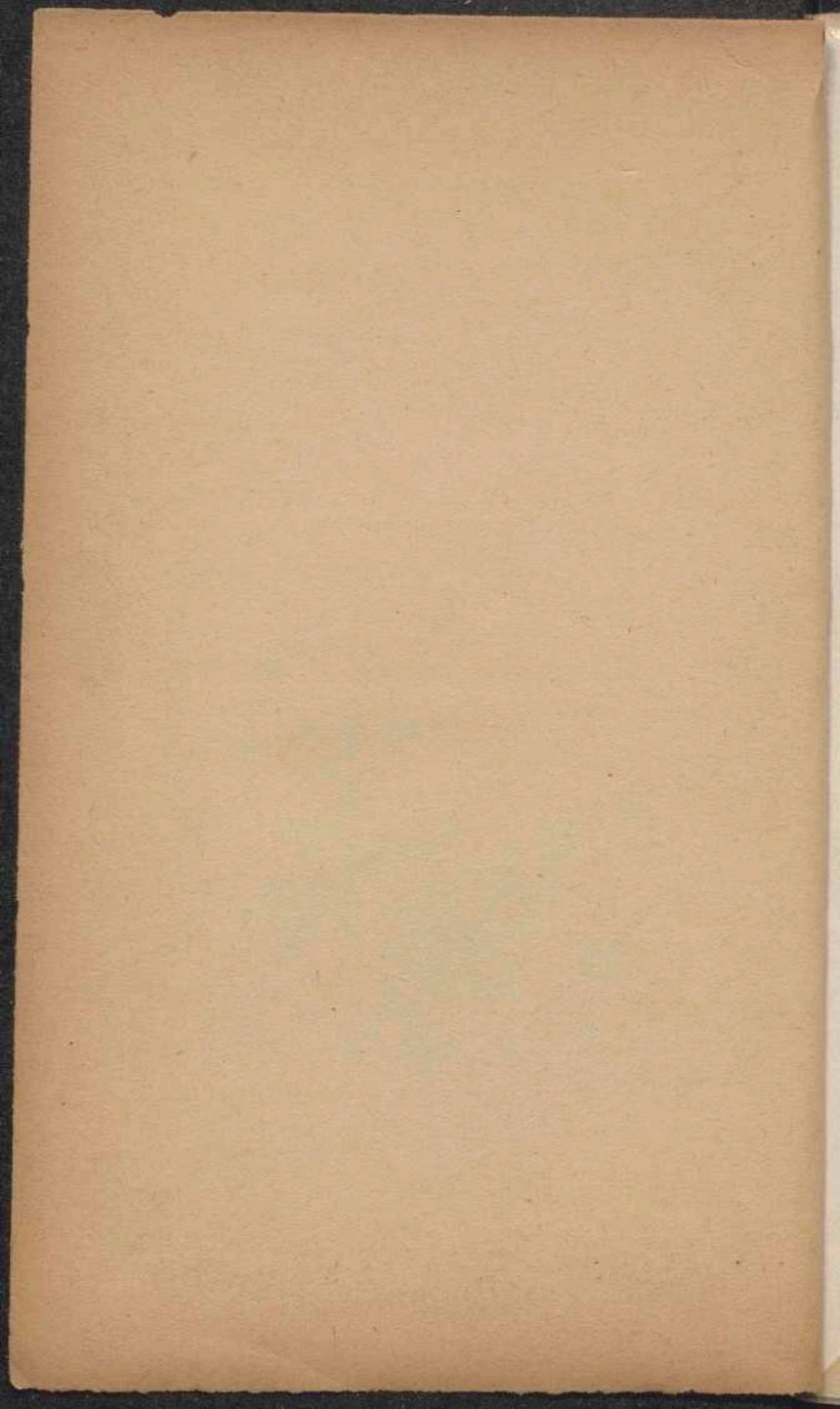


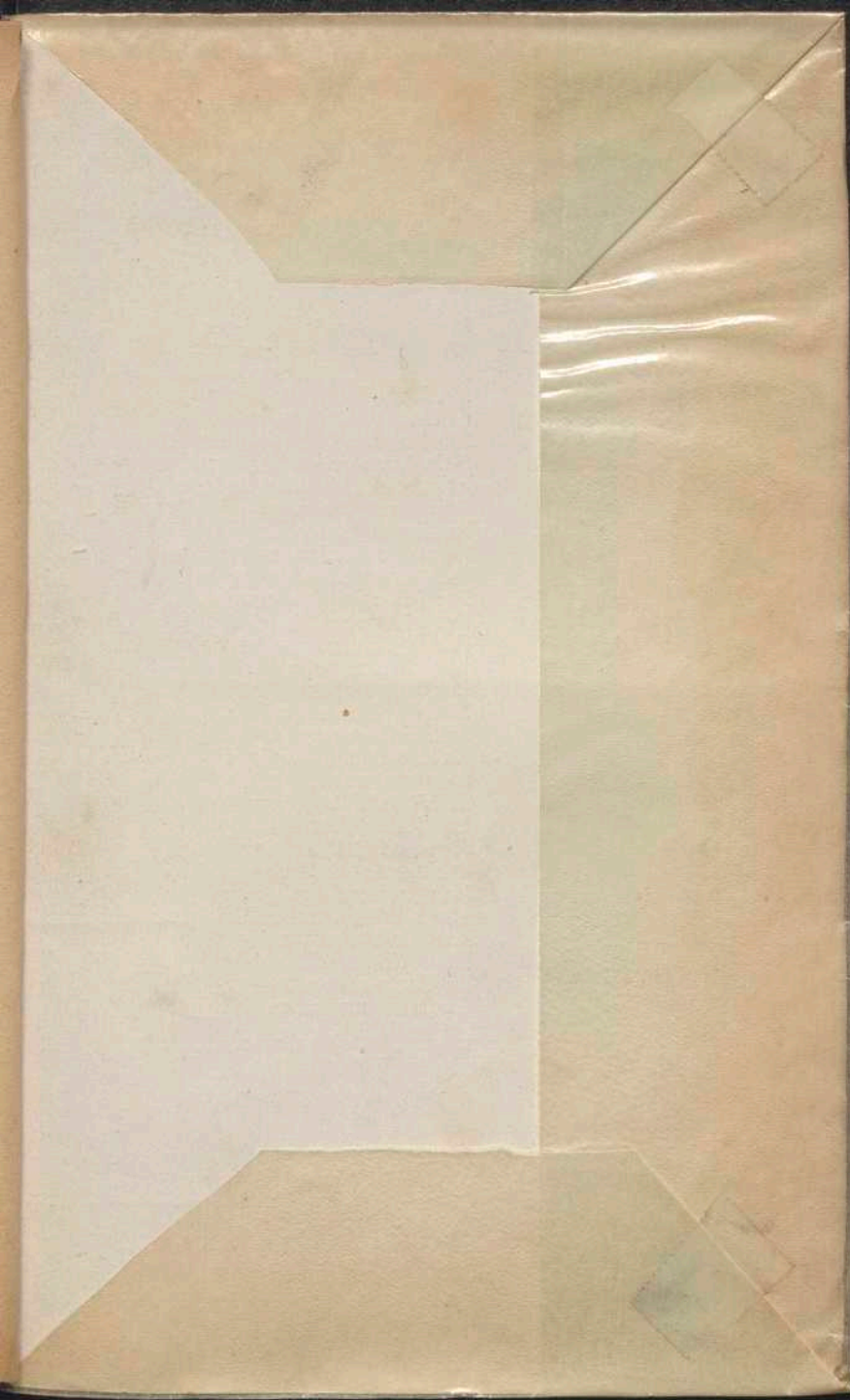
INSTITUTO DE ESTUDIOS REALES

BIBLIOTECA









Biblioteca Traji-Romántica

- M. IBO ALFARO.—Malditas sean las mujeres
I. A. Malditos sean los hombres
" Malditas sean las suegras
" Marina ó la hija de las olas
" El Hada de los mares
" El paraíso de las mujeres
" El infierno de los hombres
" El purgatorio de las solteras
" Su majestad el amor
" La hija de las flores
" Por qué se casan los hombres
" Por qué se casan las mujeres
" Por qué reinciden las viudas
" Por qué pecan las mujeres
" Por qué murmuran las viejas
" Las obreras del amor
" Las hijas del champagne
" El collar de esmeraldas
" Malito sea el amor
" La niña de los jazmines
" ¡Viva mi novia!
" El Nido de Ruiseñores
" La hija de Venus
" Amor y Martirio
" Pasionarias de Amor
" La decadencia del Amor
" Las vendedoras de Caricias
" Arte de buscar marido
" El Novio prestado
" La Corte del amor
" Las Evás modernas

Casa Editorial Lezcano

JESÚS, 10

BARCELONA

N. TOMMA

Casa Editora

Lavalle 1127-BUENOS AIRES

860-3

ALF

art